

3780

Para Ricardo: N° 3780

En afino
E. S. M. S.

Abre - 31

3780

E 861

mp 599

B 968 2

EFIMERA

1910

Bienvenue

Cven ad.

0044



EFIMERA

I

PRESENTIMIENTO

Recostado en una silla,
de mi cuarto en el umbral,
la una mano sobre el pecho,
la otra caída al azar;
rememorando una vida
quedada distante ya
y sintiendo dentro el alma
una terrible ansiedad;
me encontraba así una noche
fría, negra, sepulcral.

Tristes, inquietos los ojos
en doloroso mirar,
algo buscando en los cielos
con la inquietud del afán,
algo que busca la pena
siempre arriba ¿por qué allá
llevaremos las miradas
cuando una triste ansiedad
nos humedece los ojos
y no queremos llorar?

Así sentía esa noche,
de mis recuerdos fatal,
una oleada de pena
que del llanto en el afán
brotar quería del pecho
y en los ojos estallar:
que me contuvo, Dios mío,
en ese impulso tenaz,
que lanzar no pude al cielo
del llanto la tempestad!
Yo no sé en aquella noche
por qué no quise llorar!

Nada turbaba el silencio
de la noche sepulcral:
qué tristes pasan las horas
de penosa soledad,
cuando el recuerdo amoroso
más con nosotros se está
Y á una pena, á una honda pena,
fría cual brisa glacial,
se estremecía mi cuerpo
cual no he sentido jamás:
algo el corazón me hería
con espantosa crueldad;
algo temblaba en mis labios
que, sin poder murmurar,
lo expresaba con más pena
en un suspiro fugaz
Y aun el llanto contenía
en inexplicable afán
de no velar las pupilas
fijas en la inmensidad

¡Ah! hice mal, ojos míos;
de contener el caudal
de vuestro llanto, esa noche
que me podíais llorar.
Si no esa vez, no sé cuando
vuestras lágrimas serán
sangre del corazón mío

por un amor que se va!...
Bien presentísteis vosotros,
por algo vuestra ansiedad
de humedeceros con llanto
que yo pude sujetar....!
.....

Ensueño mío, tu pena
removía el manantial
de mis ojos, los primeros
en sentir tu ausencia!... Ya
ellos te veían lejos,
camino á la eternidad!...
por eso al cielo miraban
en su doloroso afán,
pidiéndome incontenibles
que les dejara llorar....

Perdona si así no lo hice,
después, tú me has visto ya
llorarte con honda pena,
cual no lo hiciera jamás;
con más pena que esa noche
en que te buscaba allá
en la luz de las estrellas,
las manos en mi ansiedad,
oprimiendo la una al pecho,
la otra caída al azar!.....





II

ANSIEDAD

Yo estreché su mano
como mi alma fría;
comprimí su pecho
para darle vida;
entreabrí sus ojos
con ansia infinita,
por ver si al tocarlos
moverse podían....
Mas, todo fue en vano,
y a las ansias mías
de darle mi aliento
por sentirla viva,
su quietud de muerte
sólo respondía.....
Toméla de nuevo,
creyendo mentira;
sacudí su cuerpo
que, libre de heridas,
yo no sé por dónde
pudo huir la vida....
Ni el más leve signo
de existencia había;
¡cerrados los ojos!
¡y las manos frías!.....

Velaba en las andas,
los cirios vertían
de la niña en torno
sus lágrimas frías;
y aún en mi duelo
creía mentira,
;mentira que muera
tan pronto una vida!....
Me acerqué a la caja, -
parecióme tibia!-
quise destaparla,
¡qué dura se hacía!....
Apoyé el oído
a las tablas frías,
por si un ruido leve
revelase vida....
Golpée con la mano
la caja fatídica,
por ver si al llamarla
Ella respondía....
Sólo contestóme,
en vez de la niña,
el mudo silencio
que deja la vida!....



III

ELLA

Fue hermosa, fue pura,
la niña fue buena;
un capullo a la luz de la luna,
luna mía, que vió mis tristezas;
era un rayo de luz en el agua,
era el agua copiando una estrella;
era el dulce murmullo de una arpa,
era una arpa rimando una pena....

Azahar no abierto,
que la luz no besa,
y escondido en las hojas ya sabe
perfumar la tierra.

Lucero de una alma
que, ansiosa de verla,
desde que Ella murió, por hallarla,
ve al cielo con pena.

Sueño de una vida
ardiente y enferma;
pero enferma de amor, vida dulce
quién no te quisiera!....

Brisa que pasaba
tañendo las cuerdas
de mi lira, que nunca en mis manos
vibraban sin ella.

Amor en mi pecho,
luz en mis tinieblas;
en mis ojos un cielo, en mis labios
el mejor poema.

Así fue la niña,
así fue la estrella
que, apagada, ya más en mis ojos
su lumbré no ríela....





IV

MEMORIAS

Memorias? para qué... Callarse deben
los sueños de otra edad;
y hablarlas con el alma y con los ojos,
llorándolas no más.

Sueño que nace y al nacer se muere,
la vida no sintió;
nadie podrá llorarlo sino el pecho
que le tuviera amor....

Nada: para evocar esos recuerdos
de amor que se extinguió,
es preciso llorar cada memoria
con todo un corazón....

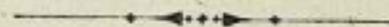
Amor, que arriba estás, a do nó pueden
mis pupilas llegar,
y de pena, empapadas en el llanto,
peor no te hallarán;

Amor, comprenderás por este anhelo
de hallarte por doquier,
la pena de estos ojos que en los tuyos
há tiempo no se ven....

Y así, me callo, ni tu nombre digo
ni intento publicar
secretos del amor, que mi tristeza
no los dirá jamás.

Tú, desde arriba, como blanca aurora,
rocía por favor
mis ojos, a que el llanto no se acabe,
ya a veces me faltó!....

Y alúmbralos de tarde, como estrella,
con una tibia luz;
están tristes, muy tristes, que ya en ellos
no te retratas tú.....





V

HOY

Hoy eres mi pena,
y aunque pena, amada;
y como ella mi triste y constante
compañera, prendida en el alma.

Rumor en mis cantos,
cuando trino el arpa;
doloroso rumor que llorando
parece que canta.

Plegaria de pena,
de ansiedad plegaria,
que por triste quizás a los cielos
no la lleva el aura.

Eso eres ahora,
amor, para esta alma,
que hasta hoy tu ausencia
de llorar no acaba.

Sombra que mis ojos
de dolor empaña;
un murmullo que mueve mis labios
y no dice nada.

Suspiro que vuela
empapado en alma;
noche fría, cubierta de pena,
que en mi torno vaga.

Doloroso y triste
latido en mi entraña,
y una fuente de llanto en mis ojos
que constante mana!.....





VI

SOLEDAZ

Vaga por mi estancia
un rumor de preces;
en frío de hielo
me arropa el ambiente
y a cada momento
mi cuerpo estremece....
Otras veces, nada,
silencio de muerte;
quietud infinita
mi morada envuelve....
Dolor en el alma
dolor que a mis sienas
las fatiga, y descanso me piden
y al dolor se aduermen....
Palpitar del pecho
que la pluma mueve,
cuando queda suspensa en las manos
y escribir no puede....

Qué tristes las noches
cuando al aire treme
mi lámpara muda
de reflejos tenues,
que al sentir el frío

se apaga y se enciende.
Zumbando, unas moscas,
tras la luz se vienen,
ya jugando incautas
con la luz, se mueren,
ya de mí se alejan....
justo es que no lleguen!
hoguera apagada
que el amor no enciende,
y en quien han quedado
prendidas, inertes,
mariposas de ensueño que un tiempo
vinieron a verle....
apagaron la lumbre sus alas,
revivir no puede!....





VII .

ADIOS

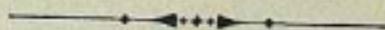
Aún no puedo volver de la pena....
aún no puedo decir lo que siento....
desatad de mi pecho unas redes
que me impiden hablar,.... desfallezco....
Si Ella es muerta, a lo menos que pueda
entregar mi dolor a los vientos
el rumor de la queja.... quitadme
estas redes que atajan mi aliento....
Desatada mi lengua podría
me devuelvan, pedir a los cielos,
este Amor que robaron a mi alma,
casto Amor, de una vida el primero!....

.....
Pero no....que es delirio tan sólo....
que se calme esta fiebre de duelo;
inclinado a la cruz de su tumba
lloraré mi dolor en silencio....
Mientras tanto, mi adiós quiero darte,
Sueño mío, de aquí, desde lejos,
donde apenas me es dado sentirte
viva aún, aleteando en mi pecho....
Adiós, casta ilusión, para esta alma
empapada en dolor por el cielo,
y que a un rayo de luz de tus ojos

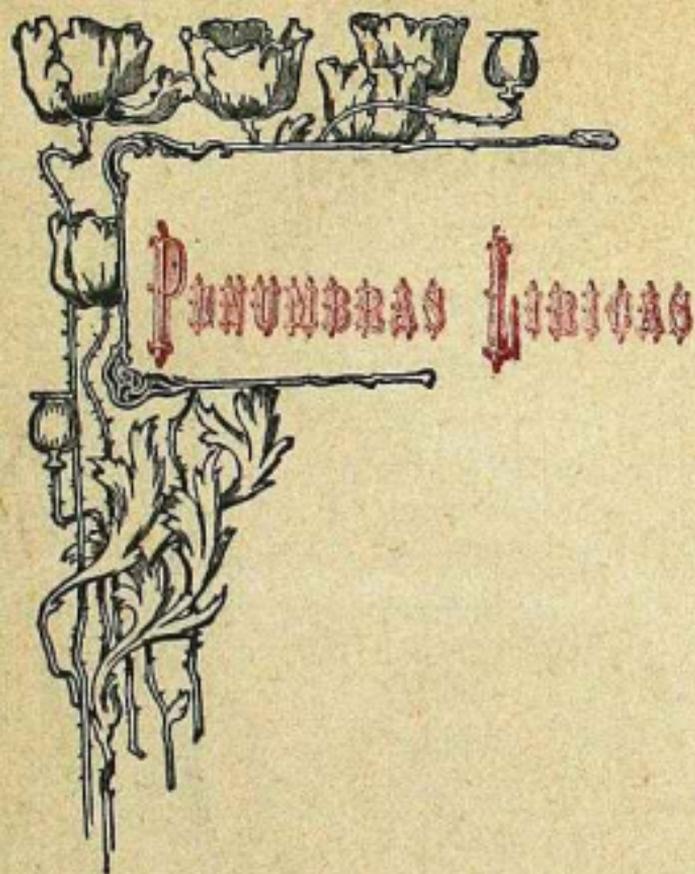
sentir pudo el amor del ensueño.
Adiós musa, por quien en la lira
pude hablar lo que el labio en silencio
temeroso, a tu oído callaba,
tú lo sabes....de amor y de miedo!....
Adiós!....cierra la noche en el alma:
ya te pierdes, Amor, yo me alejo
enjugando, enjugando mis ojos,
para verte mejor en el cielo!.....

J. R. BURBANO V.

1910.



Ricardo Márquez &

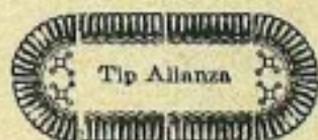


PABLO H. CHACON

Erratas notables

PAGINA	DICE:	DEBE DECIR:
Prólogo	castilla	castillo
3	del	de
3	perezosos	perezosas
4	vestigios	vestiglos
4	desde l	desde la
6	fin finito	infinito
9	hilvamando	hilvanando
9	inmense	inmenso
10	mundo	mudo
10	blancas	blancos
10	muchas	muchos
12	tomar	tornar

A pesar del esmero en las correcciones, se han deslizado los errores que anotamos.



PROLOGO

*Ébeme aquí, al dintel de la terraza,
con mi grimpola azul de mariposas;
soy lejano adalid de la áurea caza. . . .
en la selva invisible de las cosas.*

*En su fondo di muerte a áquel vestiglo,
que guardara dormida a la princesa,
con un sueño que dice ha mas de un siglo,
mientras teje mis versos la tristeza*

*Me los dió la princesa y os enseño,
desde el linde callado y silencioso
de las blancas crisálidas del sueño.*

*No las mate al cruzar un cruel granizo...
que el foso del castilla es anchuroso,
y no tiene, ni puente levadizo.*

PABLO HUMBERTO CHACON

A MARIO ALEJANDRO VINTIMILLA

PENUMBRAS LIRICAS

I

MIRA un cometa el Continente Griego,
presagio ignoto del Señor del mundo.
Y el Macedon como estelar, de fuego,
envuelve al Asia en un pavor profundo.

Y crujen a sus pies los hemisferios;
y vibra como un dios en Babilonia;
volando de cimientos los imperios,
Alejandro el Ciclón de Macedonia.

Y dice viendo hacia el confin brumoso:
ya no hay imperios, solo un mundo el mio;
provoca al cielo que lindó su brio,

piensa en su Rey!... pero exclamó el Coloso:
¡tú, eres el grande en la región del cielo!
¡yo, soy el grande en la región del suelo!

II

MAMBALEAN las viejas monarquías,
se estremecen los tronos y los reyes
porque aclama otro imperio, y otras leyes;
el Pacto, de funestas homilias

! es clamor y anatema y algo amargo,
porque aterra y desquicia a los tiranos;
y es la voz que lanzaran los arcanos,
a los pueblos sumidos en letargo

Es el loco, que el genio le ha mostrado,
todo el orbe brillando trasmutado,
con el estro de luz de sus razones

! a destruir, creando un nuevo mundo,
se adelanta Rousseau meditabundo,
ante el pasmo, de todas las naciones!

III

Es el tiempo que pasa por el río,
murmurando monólogos eternos;
y de día y de noche por el río
va diciendo monólogos el tiempo

Yo una noche el monólogo le oía:
vengo lejos, muy lejos, de muy lejos,
traigo acopio de ciencia como anciano,
mas que el mundo y el sol, yo soy mas viejo

Traigo el polvo de imperios y naciones,
y en mis mantos de abismos llevo envueltos;
el pasado, el presente y el futuro,
luego: el tiempo, decía: todo tengo.

I le oyeron las dos eternidades;
la una blanca, que ríe allá en el cielo
junto al astro que es gloria y es idea;
la otra negra que gime en el infierno

I la blanca le dijo lentamente:
nada tienes cual yo que todo tengo;
ella enciende universos con su lumbre,
ella es todo, es la dicha, que es el cielo

I la negra le dijo lentamente:
nada tienes cual yo que todo tengo;
él, apaga universos con su soplo,
el es todo, el dolor, que es el infierno

I asombrado detiene su carrera;
retrocede mirándolas el tiempo;
ante el mar, de las dos eternidades,
que es el cielo, abrazándose al infierno

Yo al mirar que asombrado se detuvo,
muy sombrío, cobarde y mudo el tiempo;
ante el mar de las dos eternidades,
que es el cielo abrazándose al infierno:

Yo les dije a las dos eternidades:
nada tienen cual yo que todo tengo,
son luceros que estallan en mi mente,
y les dije yo tengo el pensamiento

I una loca saltando de la sombra;
 nada tienen cual yo que todo tengo,
 y es un sol que me abraza las entrañas!
 tengo amor! exclamó tornado en fuego!.

IV

SALTÓ el umbral del templo, y en la sombría nave
 se sumergió el Bohemio. La sombra apenas hiere,
 y la llama azul de un cirio, con la tristeza suave
 de esa luz del fatiga, cuando una vida muere

En la penumbra opaca de palidez de raso,
 con el ajuar de novia, una mujer oraba;
 el livido Bohemio, caminando muy paso
 llegó hasta ella y le dijo: acaba!..yá!..pronto!. acaba!.

La sutil luz del cirio, cual cambiante boceto,
 del albor de la novia alumbró un esqueleto,
 que abrazó al Bohemio, con presiones de acero,
 y en ese mismo instante doblaba un campanario,
 bendiciendo el macabro connubio funerario,
 ante un padrino torvo: ante el sepulturero

V

DESENTORNÉ mis puertas,
 perezosos de lumbre y de neblina
 y en el silencio azul de la alborada,
 la aurora pensativa,
 desenvuelve en la alfombra del oriente
 unos blancos senderos de neblina

Los azules balcones de esas horas,
 se han abierto a la blanca perspectiva;
 yo me asomo;
 para ver un misterio de neblina

Allá adentro en el fondo;
 ilumina un espejo en las neblinas,
 retratando misterios azules,
 primaveras meciéndose en las brisas;
 y al llegar cerca de él, se desvanece,

en un claro temblor de la neblina
temblando como el agua.

Esta vez yo me fui por la neblina,
como sombra de un sueño;
y el espejo esta vez permanecía
sin moverse en silencio,
temblando en sus estancias cristalinas,
una imagen de amor
risueña, como el día;
suspiré, y al instante aquel encanto,
se alejó en un temblor de la neblina,
temblando como el agua.

VI

EN las penumbras del fulgente mundo,
surgió un arcángel con su trompa de oro;
y alzó al espacio un clangór profundo,
como el concierto de un inmenso coro

El mensajero celestial traía,
bellos los ojos con fulgor de arcano;
con los fulgores que la nube fría,
tiñe los rayos del ciclón lejano

Desde l sombra un telón lanzaba,
mostrando al tiempo como un mar dormido;
donde la muerta Humanidad estaba,
como un cadáver colosal hundido

Va el ángel bello circundado en soles,
con manto de astros y en sitial de estrellas;
y en los abismos las tendidas moles,
estremecidas ven cruzar sus huellas.

Y los sepulcros cual vibrantes fosas,
avientan muertos de su seno frío;
cantando el alma que animó las cosas,
la negra cita al Josafat sombrío.

Se desperezan los dormidos siglos,
alzan los años la cabeza cana;
y se divisan centellar vestigios
en los escombros de la ruina humana.

Calló el arcángel y un vacío inmenso,
se hizo en el tiempo, eternidad y cielo;
el espectáculo quedó en suspenso;
las almas llenas de ansiedad y duelo

.....

Y se abrió por los negros firmamentos,
la efemérides fatal de las conciencias,
donde pasan cual vástos monumentos
en sus hojas escritas las sentencias:

Y se ha escrito que aquellos que pensaron
en el tiempo, al pensar, se han condenado;
se ha dispuesto también que se salvaron
los que nunca en el tiempo habían pensado.

Luego grupos inmensos de los suelos,
van subiendo ante el ámbito asombrado;
por escalas de estrellas a los cielos,
porque nunca en el tiempo habían pensado.

Y otros grupos de inmenso paroxismo,
van bajando ante el ámbito asombrado
por escalas de sombras al abismo;
porque siempre en el tiempo habían pensado.

.....

Al fin el ángel por mandato eterno,
destruyó el tiempo y la postrera lumbre;
los siglos y años sumergió al averno,
y alzó la eternidad, de cumbre en cumbre.

VII

PENSANDO ante la esfinge, bañada en luz de estrella
cual jardín tembloroso que indeciso se aleja
en un crepúsculo azul; me halló la noche aquella
la vi y estaba triste como una flór de queja

Y desde el linde mustio de mi existencia oscura
mi sepulcral amiga me habló de los amores;
me habló con lenta calma con luto y amargura,
me dijo, calla y piensa y escucha esos rumores

La noche de mi alma me dijo si he escuchado,
el són de unos suspiros que las frondas cruzaron:

eran ecos de pena, era un clamor guardado por las piadosas frondas, de los que tanto amaron

Me dijo esas estrellas que temblorosas rielan durmiendose en el seno de mi sombrío manto; esas son las lágrimas que hacia los cielos vuelan, como eternas protestas, de los que amaron tanto

Los paisajes velados por penumbras azules, se estremecen silentes porque ya los violaron; unas sombras pálidas en un vaiven de tules de las almas de aquellos, de los que tanto amaron

Muy silenciosa y triste la dueña de los mundos; prendió Urania la Luna, con una luz de encanto; para alumbrar a solas los dolores profundos, para alumbrar las almas de los que amaron tanto

Inclinado hacia el pozo que copia los luceros, miré unos ojos tristes que fijos me miraron; como ansiosas pupilas cual gritos lastimeros que ven el fin finito; de esos que tanto amaron

Y oi a los arroyos, con eternos rumores, de ignoto miserere, mezcla de salmo y canto; clamando a la eternidad, el fin de los amores el fin de los tormentos, de esos que amaron tanto

Los lampos de la luna regados en la sombra son ataúdes de nieve que los genios formaron, para enterrar cada alma, cuando el hado las nombra de los amores muertos, de esos que tanto amaron

En las oscuras aguas cuya quietud me espanta, las lágrimas, la pena y el luto se estancaron; aquel intenso luto que una ave negra canta, junto a las hondas muertas, de los que tanto amaron

Va el angel de la noche dejando en cada tumba, lloroso y pensativo, dolientes azucenas, coronas de olvidos, de flores de ultratumba, con cruces de desdenes, con lápidas de penas

Todo este misterio vió, con miedo el alma mía toda esta gran súplica, al Dios temido y santo; y pienso con asombro, que adoran todavía detras de sus sepulcros, esos que amaron tanto.

VIII

UNA noche de Junio nebuloso,
tintineaba el cristal de mis balcones,
con el ritmo, pesado y cavernoso,
del llorar de la lluvia y la fontana

Derramando en su fáz como de cera,
la infinita tiniebla de sus ojos;
la locura mi negra carcelera,
me miraba en la cárcel de mi noche.

Cabe el sól de mi lámpara silente,
yo esperaba que pronto se durmiera
arrullada en el ritmo de la lluvia,
la locura mi negra carcelera.

Yo tenia una cita misteriosa,
desde el caos nebuloso de mis sueños,
que me enviaron temblando silenciosa
en un nimbo de polvo de leyenda.

Y en la cita ofrecian enseñarme,
la divina mujer que yo he amado,
cuando mi alma animó distinto cuerpo,
cuando yo era otro ser intrasmutado.

Se durmió la locura y yo al instante,
cabalgaba al escape por la senda,
blanquecina de niebla que conduce,
al polvoso jardín de la leyenda.

Mi gigante corcel ya no pisaba
ni el espacio de un mundo a otro mundo,
por un salto que daba en la carrera;
sino más; cien mil mundos en un mundo.

Ya tocaba al jardín de la leyenda,
esperando la cita con espanto. . .
cuando el mudo telón de unas tinieblas,
me pasaba rosando con su manto,

Yo en vértigo triunfal de la carrera,
me tendí como flecha en el espacio,
y al rasgar aquel manto de tinieblas,
una voz me decia: mas despacio

Refrenando el ciclón de mi carrera
yo tornaba la vista hacia las cumbres;
y cual sombra que copia la pradera,
vi una inmensa bandada de murciélagos.

Y en la voz que en el ámbito gritaba,
conoci, a mi negra carcelera,
que rugiente y sombría cabalgaba
en la oscura bandada de murciélagos.

Me persigues más no es aquí tu cárcel,
yo le dije a mi negra carcelera;
y la oscura bandada de murciélagos
me elevó con sopor de borrachera.

I me dijo mi negra carcelera;
vamos pronto a la noche que es tu cárcel,
y en un vasto sopor de barrachera,
me llevo la bandada de murciélagos.

Desde entonces cantándome un reproche,
no se duerme jamás mi carcelera
la locura, cuidándome en la noche,
y en la noche mirándome la muerte

IX

IN las suaves penumbras de la estancia,
de un castillo dormido entre la niebla;
una blanca princesa daba citas,
al galán de sus sueños de azucena

I en el fondo callado de sus horas,
cuando él se iba miraba la princesa,
siempre un gnomo tejiendo lentamente,
una opaca neblina de tristeza

I en el fondo callado de sus horas,
si él venia miraba la princesa;
una blanca paloma destejiendo
esa opaca neblina de tristeza

Así fueron pasando los inviernos;
si él venia miraba la princesa,
a la blanca paloma destejiendo
cuando el gnomo tejía la tristeza

I soñando entre lágrimas de invierno,
con su amor se pasaba la princesa;
él viniendo a las citas, en las tardes
amorosas de niebla y de tristeza

Una noche de nieve solitaria,
ya no vió como siempre la princesa,
a la blanca paloma destejiendo
esa opaca neblina de tristeza

I esa noche no vino ya el amante;
sintió miedo y el frío de la pena,
y al llamarlo...se oyó en los corredores,
el andar taciturno de una vieja.

I la vieja al entrar en el recinto,
le enseñaba riendo a la princesa:
en el fondo sombrío de sus horas,
solo al gnomo tejiendo la tristeza

Se pasaron las noches y las noches,
sin que nunca el amante ya volviera;
y ella viendo en sus horas solo al gnomo
hilvando su manto de tristeza

Una vez para siempre con espanto,
vió a la luz de la luna la princesa;
a la blanca paloma eternamente,
en un nido de nieve adormecida

I en el fondo sombrío de sus horas,
desde entonces miraba la princesa:
la esperanza dormida para siempre,
y el olvido, tejiendo su tristeza

X

No habrá noche en el tiempo que yo sepa,
que se acerque callada hasta mi calma;
y tan inmensa de páz que en ella quepa,
este inmenso crepúsculo de mi alma

La noche de esta tarde misteriosa,
es el cuadro que copia los mutismos,
de los sueños de la onda silenciosa,
y el oscuro sopor de los abismos

En un vasto flotar de opacos velos,
ha extendido sus alas por mi calma,
como gran mariposa de los cielos
este inmenso crepúsculo de mi alma

Hace un siglo que miro esa colina,
siempre sola, sombría y muy callada;
esperando esa noche que camina
por el mudo sendero de la nada

¡Cuanto tarda esa noche! por espiarle
caminaron las ondas en el río;
las estrellas se cansan de esperarle,
y el ocaso se muere por el frío!

Se ha olvidado esa noche que yo viva,
bajo el sol de esta tarde desolada;
y talvez se ha dormido incompasiva
en el mundo sendero de la nada

¡Cuanto tarda esa noche!... se ha llenado
el vaso del silencio!... en que yo vierto,
el inmenso suspiro que ha mezclado,
con la tarde una aurora de desierto

Solo al caos corazón de eternidades,
llegará por las lágrimas deshecho,
caminando a travez de otras edades
este inmenso suspiro de mi pecho

XI

La bella colegiala; dejaba en las mañanas,
llenos de agreste aroma unos, silvestres lirios;
ante la blanca imagen de una velada Virgen,
poniendo fervorosa una alma en cada lirio

Era piadosa y buena con timidez de estrella;
y en las rosadas tardes de los abriles tibios,
llebava blancas lirios a la velada Virgen
poniendo fervorosa una alma en cada lirio

Pasaron los estios con silencioso encanto,
mecidos en sus brisas muchas recuerdos frios;
desde la tarde aquella en que dejó el colegio,
la bella colegiala la de los blancos lirios

I cuando hoy le obsequian aquellos grandes ramos,
de aristócratas lirios con aromas divinos,
de aquellos otros lirios recuerda pensativa,
y en estos nuevos halla un muerto en cada lirio

XII

Mengo una abeja de diamante y oro,
en la colmena de mis blancos sueños,
que liba el néctar de un jardín de estrellas,
y hace de lumbre una miel de ensueño

Cuando descenden silenciosas tristes,
las vespertinas de un amor que ha muerto;
quedando mudas como un haz de sombras,
en este cielo de mi azul silencio:

Riego la lumbre de la abeja de oro,
y al ir regando por el limpio cielo,
quedan risueñas con color de auroras
las vespertinas de ese amor que ha muerto

Cuando se fijan silenciosas tristes,
las mariposas de unos puntos negros,
en las cortinas de neblina y oro,
de este silencio en que vivo y sueño:

Por estos puntos que se llaman penas,
en cada punto voy poniendo el riego,
de un haz de lumbre de la abeja de oro,
y hago en la sombra parpadear luceros

Si algún invierno, nebuloso y triste,
trajo un paisaje de brumoso ceño,
a los dinteles de la estancia umbria;
de este castillo en que vivo y sueño

Me da la abeja la divina lumbre,
y por mi estancia voy chorreando el fuego;
cuyo iris cambia con fulgor de amores,
en primavera, el opaco invierno

Si alguna tarde con jardín de llanto,
riega tristezas en mi blanco ensueño;
con lenta calma, con gotear de lluvia,
por los canales de un sombrío alero:

Yo riego lumbre de mi aveja de oro,
por las estancias de mi blanco ensueño:
y hago mañanas con jardín de risas,
con auras de oro y con azul de cielo

Si alguna noche con la mueca horrible,
que hace la muerte al tomar al cieno;
viene a posarse con dolor y frío
en los umbrales de mi blanco ensueño:

Le arrojo lumbre de la aveja de oro
al rostro oscuro cavernoso y terco;
y en vez de noche se hace un claro día
con color de oro y con un sol risueño.

FIN



Invierno de MCMXX

ABDON CALDERON.

ROMANCERO EN HONRA SUYA,

COMPUESTO POR POETAS DE SU PAÍS,

para el 31 de Julio de 1904, primer
centenario del nacimiento de este
prócer admirable.



CUENCA.

Imp. de la Universidad.

ANTECEDENTES

jar desde luego en la consecución de nuestra independencia.

Lo cierto es que en el año de 1811 lo encontramos figurando ya entre los jefes más distinguidos del ejército patriota, á las órdenes de la Junta de Gobierno independiente organizada en Quito, después de la dimisión del Conde Ruiz de Castilla. Dos partidos se disputaban entonces la preponderancia, dividiendo malamente á los defensores de la emancipación: eran el del Marqués de Selva Alegre y el del Marqués de Villa Orellana. Sostenía al primero el Coronel Don Carlos Montúfar y al segundo el Teniente Coronel Don Francisco Calderón, que indudablemente había militado ya por considerable tiempo en servicio de la causa patriótica. Como esta perniciosa división separase en dos bandos á todos los patriotas, se procuró conjurarla, mediante alguna variación en la forma del gobierno, á cuyo fin se convocó un Congreso, el cual se instaló en 10 de Enero de 1812, y expidió la primera de nuestras leyes fundamentales; pero ni con este acto cesó la desavenencia y los partidarios de Don José Sánchez, Marqués de Villa Orellana, dispusieron que Don Francisco Calderón, jefe de un cuerpo acantonado en Alausí, replegase sin demo-

ra á Quito, como lo verificó realmente, expidiendo una fogosa proclama contra los montufaristas, cosa sensible, en verdad, cuando era tan necesaria la concordia entre todos los sostenedores de la causa de la Patria.

Cedieron, intimidados, los montufaristas, y fué Don Francisco Calderón quien les impuso las condiciones de una transacción, la cual no tuvo tampoco el buen éxito que se deseaba.

Corría ya el año de 1812, y los patriotas resolvieron expedicionar sobre esta plaza de Cuenca, ocupada por el presidente realista Don Joaquín Molina, á quien iba á reemplazar Don Toribio Montes; y, como el partido sanchista seguía predominante aún, puso al ya Coronel Calderón á la cabeza del ejército, posponiendo al Coronel Montúfar, cuya facción quedó, naturalmente, descontenta.

Sobre la prenda de un ardiente patriotismo, tenía Calderón las de reconocido valor y bien probada pericia; pero había de serle muy desfavorable la funesta disención entre las dos banderías competidoras, que estaban representadas en los cuerpos mismos del ejército. Salió, no obstante, de Quito el 10 de Abril de

1812, con una fuerza de 1.500 soldados, la que, engrosada en las ciudades y demás poblaciones del tránsito, llegó á la cifra de 3.000 plazas, ó poco menos, suficientemente provista de recursos.

En Achupallas se dividió esta fuerza en tres columnas, á las órdenes del mismo Coronel Calderón, del Teniente Coronel Don Feliciano Checa y del Sargento Mayor Don Manuel Aguilar. Después de un choque de poca importancia, habido en Paredones, entre la vanguardia de este ejército y un destacamento realista situado en esa localidad, choque en que fué desbandado el último, acampó la fuerza en Culebrillas, se informó de cuanto pasaba en el campo enemigo y vino á dar en las alturas setentrionales de nuestro pueblo de Biblián. Al día siguiente, se presentó el enemigo en la eminencia de Verde-loma, y el Coronel Calderón, de carácter resuelto y valeroso, quiso atacarlo inmediatamente; pero se le opusieron Checa, Aguilar y otros jefes y subalternos, no tanto por patriótica previsión ó por cautela militar, dice la historia, sino por interés de partido. El pretexto que alegaron fué el del mal estado de los caminos del país. Esta odiosa divergencia de opiniones hizo que se perdiesen tres días

en Biblián y que, con oportunidad bien lamentable, llegase de Quito un montafarista, Don Mauricio Echanique, quien, con el carácter ostensible de Comisario de guerra, traía el oculto designio de entenderse con todos los de su bandería, para comprometerlos á estorbar de cualquier modo un combate y aun á provocar una retirada.

A pesar de estas vituperables intrigas, se dió el día 23 de Junio la orden general de prepararse para el combate, poniéndose al frente del enemigo, cuyo jefe, el Teniente Coronel Don Manuel María del Valle, tenía su cuartel general en Azogues; pero todavía continuaron las péfidas maniobras de oposición; pues Checa, Echanique, Aguilar, Pineda, Benites y otros, acaudillados por un Terán, se constituyeron en oficioso consejo de guerra y resolvieron que convenía moverse en retirada. Hubo momentos, dice el ilustre fundador de nuestra historia, en que exasperado Calderón y contando con las fuerzas de Ambato y Latacunga, que le eran leales, pensó en deshacerse de aquel grupo de intrigantes, disolviéndolo á balazos, cosa que hubiera sido muy acertada; pero reprimió todavía sus justos ímpetus, hasta que al segundo día, 24, se notó que el enemigo había interceptado la retaguardia de los

patriotas, flanqueándolos diestramente y situando fuerzas en las sobredichas alturas del norte; de modo que ya no les quedaba á los patriotas disidentes otro recurso que batirse. Así lo hicieron, en verdad; pero, sea por lo poco veteranizado de ambas fuerzas contendoras, sea porque de suyo se redujesen los varios encuentros á cortas escaramuzas, quizá por lo desigual y escabroso del terreno, que es una pendiente entre el río de Biblián y Verdeloma, lo cierto es que la función de armas fué poco sangrienta; pues no llegaron á ciento los muertos de ambas partes; y lo más notable fué que tanto la una como la otra se creyeron triunfantes, aunque la victoria, de poca importancia, ciertamente, fuese de los patriotas, que, por su falta de unión y disciplina, no supieron aprovechar de élla. Calderón los trató con dureza á los montufaristas, en los momentos del triunfo, y esto dió margen á que conspirasen con más ahinco, promoviendo la retirada, con olvido de todo interés patriótico.

Así, poco después del triunfo, abandonaron el campo todos los montufaristas, tomando el camino de Quito, sin cuidarse de prisioneros, cañones, equipajes, ni de cosa alguna que no fuese darle las espaldas al Coronel Calderón, precisamente cuando

él pensaba en marchar sobre esta ciudad de Cuenca, donde se le esperaba con los brazos abiertos. Se ocupaba en recorrer el campo, y, sin que él lo notase, se vaciaba éste por el norte. Cuando llegó á comprender lo que pasaba, fué ya tarde; pues, aunque los siguió á notable distancia y alcanzó á muchos de ellos, nada pudieron sus reflexiones, sus amenazas ni sus ruegos; porque persistieron tenazmente en la vergonzosa retirada y ya no le quedó más arbitrio que rendirse á los caprichos de su mala fortuna.

Quedó Cuenca bajo la dominación realista de Don Melchor Aymenrich, que, poniéndose de acuerdo con el nuevo Presidente Don Toribio Montes, quien había llegado en Guayaquil, preparó una formal expedición sobre Quito, prevalido de la confianza que había infundido en el ánimo de los realistas la funesta retirada de los patriotas.

Se realizó, efectivamente, esa expedición en 1812. El jefe de las fuerzas patrióticas defensoras de Quito fué el Coronel Don Carlos Montúfar, competidor de Calderón, y es bien sabido que el General Montes, derrotando á los patriotas en Mocha, burlando, por el paso de la Viudita, las fortificaciones de Jalupana, y arrojando sus fuerzas al flanco meridional del

Panecillo, con cuya precaución las sustrajo á los fuegos de la inútil batería de la cumbre, triunfó, por fin, después de tres horas de combate, con menos víctimas aún que en el de Verdeloma; pues aquí no pasaron de cuarenta y seis.

Los vencidos, casi con sus fuerzas intactas, se retiraron al norte; pero, desbandándose muchos en el camino, fueron pocos los que llegaron en Otavalo y en Ibarra, donde fueron presentándose, después, algunos dispersos, hasta que se formó un cuerpo de 600 plazas. Otras tantas tenía en esa provincia nuestro Coronel Calderón, que había sido destinado por el Gobierno á las plazas del norte, para evitar, sin duda, un nuevo cisma en un campamento común de partidos opuestos. Pero, desgraciadamente, aún en Ibarra volvió á estallar la discordia, al tratarse del mando de las tropas, otra vez reunidas, por la pérdida de Quito. Montúfar no quería someterse á su antiguo subalterno Calderón, y éste no aceptaba por jefe á un Coronel recientemente derrotado; por manera que no fué posible el acuerdo y quedó cada uno de jefe de sus fuerzas, no sin que un pariente de Montúfar hubiese intentado asaltar, por la noche, el cuartel de Calderón, quien tuvo aviso de ello y se aper-

cibió á la defensa; aunque las cosas no pasaron de allí.

Don Toribio Montes ocupó sin resistencia alguna á Quito, el día 8 de Noviembre de dicho año de 1812 y al siguiente día destacó al feroz Coronel Don Juan Sámano, con 600 hombres, en persecución de los derrotados. Sámano ocupó, al tercero ó cuarto día, el pueblo de Atuntaqui; y entonces fué cuando los patriotas llegaron á comprender que iba á perderlos su discordia, y se reconciliaron y unieron, para la defensa. Sámano, que sólo venía á perseguir, capturar y asesinar fugitivos, se sorprendió de tener á su frente fuerzas algo numerosas y resueltas, y esto cuando se le habían atrasado sus pertrechos. En semejante conflicto, propúsose el infame engañar á los patriotas. Mandó flamear bandera blanca; provocó y obtuvo una conferencia; hizo en ella lujos de aparente humanidad, expresando que todos eran hijos de una misma madre, y alucinó completamente al Coronel Montúfar y á otros jefes, que se le habían acercado al pérfido, quien les ofreció mediar con el Presidente Montes, para que todo fuese *perdón y olvido* en la provincia ocupada, garantizando desde luego este resultado con el hecho de consignarse él y su tropa, encuartelándose dentro de Ibarra.

Confiando en la formalidad del pacto, caminaron juntos los dos ejércitos hasta el pueblo de San Antonio; pero Sámano pidió que se le dejara allí hasta el día siguiente, para que descansase algo su tropa, con la que en la mañana posterior se constituiría en Ibarra. La vituperable astucia de Sámano tenía por objeto observar las fuerzas del enemigo y esperar la llegada de su atrasado parque, para combatir de modo conveniente. Luego que se alejaron los patriotas, en cuyas tropas vió mucha gente colecticia, incapaz de batirse con fuerza veterana, principió á fortificar su campamento, cerrando las bocacalles de la población, montando cañones, fabricando nuevos cartuchos y apurando, por medio de postas, la llegada de los pertrechos. Por estos preparativos, comprendió el cura de San Antonio la felonía de que se trataba, y dirigió pronto aviso al Coronel Montúfar, á quien, como á los demás republicanos, le pareció casi imposible que un jefe de la categoría de Sámano fraguase tal iniquidad; pero los avisos se repitieron por varios conductos, y ya no les quedó á los patriotas duda de la inicua deslealtad.

Determinaron, pues, acometer á Sámano, con cuatro columnas, mandadas por Montúfar, por Calderón, por Gullón, Comandante francés al servi-

cio de la Patria, y por Pólit. Arremetieron con bravura, por varias direcciones, y muy pronto fueron dueños de los cañones apostados en la plaza, matando á varios de los artilleros y obligando á los demás á refugiarse en la iglesia de la parroquia. En este santuario se hicieron fuertes Sámano y sus soldados, y desde las ventanas y claraboyas de él hacían disparos certeros sobre las filas republicanas, profiriendo estúpidas blasfemias, al hacer fuego con cartuchos en que habían empleado el papel de los misales del templo. Aun así, fué tal la bizarria de los patriotas que, después de muchas horas de combate, el jefe español, escaso de municiones, convocó ya un consejo de guerra entre los suyos, para rendirse á discreción; pero hubo la fatalidad de que entre las fuerzas republicanas se difundiese, por la noche, la falsa noticia de que venían nuevas tropas en auxilio de Sámano, y esto bastó para que dichas fuerzas se retirasen á Ibarra, con el desaliento que era natural; por manera que el jefe sitiado tuvo la grata sorpresa de verse repentinamente sin adversarios, y tuvo, además, la de que le llegasen nuevos cajones de pertrechos que habían sido interceptados por unos indios de San Pablo. Alentado con estos sucesos, pasó, sin demora á Ibarra, en don-

de, notando los Señores Sánchez, Montúfar y Matheu lo desventajoso de la situación, por la desmoralización de la tropa y la falta de pertrechos, determinaron proponerle una capitulación y le dirigieron en este sentido una nota antes de que entrase en Ibarra; pero él no concedió cosa alguna, y, como se acercase á la ciudad, tuvieron todos los patriotas que fugar en absoluto desorden, dejándole dueño de la ciudad y su provincia.

Tan luego como este bárbaro jefe realista se vió exento de todo peligro, persiguió de un modo inexorable á todos los republicanos, y habiendo conseguido capturar al Coronel Calderón y al Comandante Aguilar, los fusiló en Ibarra el 1.^o Diciembre de 1812, junto con el Capitán francés Gullón, que había caído herido en el combate.

Tal fué el trágico fin de uno de los patriotas que mayores servicios prestaron á la Patria, en los primeros años del sangriento martirologio de élla.

Y es muy justo que, con estas reminiscencias, honremos su imperecedera memoria, en el día en que la República toda se levanta con fervoroso entusiasmo, á celebrar la apoteosis del heroico hijo del Coronel Don Francisco Calderón.

PARTIDAS BAPTISMALES DE SUS HIJOS

En el año del Señor, de mil ochocientos cuatro, en treinta y uno de Julio, siendo yo el Dor. Mariano Isidro Crespo Cura Rector de esta santa Iglesia, bautisé solemnemente á ABDON Y SENEN, hijo legítimo del Contador Oficial Real Don Francisco Calderón y de Doña Manuela Garicoa: fué su padrino el Prevendado Dr. Don. Mauricio Salasar: testigo Dn. Pablo Tomes y Manuel Montúfar, y lo firmo—MARIANO CRESPO.

En el año del Señor, de mil ochocientos seis, en siete de Enero, siendo el Dor. Don Mariano Isidro Crespo Cura Rector de esta Santa Iglesia Catedral, bautisé solemnemente á Baltazara Josefa, hija legítima del Contador Oficial Real Don Francisco Calderón y de Doña Manuela Garicoa: fué su padrino el Prevendado D. D. Juan Manuel Días de Aveillas, siendo testigos Don Pedro Heredia y Domingo Bustos, y lo firmo—D. TOMAS BORRERO.

PARTE

DE LA BATALLA DE PICHINCHA

**República de Colombia.—Ejército Libertador.—
Comandancia General de la División del Sur.**

*Cuartel General en Quito, á 28 de mayo
de 1822—12.*

Señor Ministro:

Después de la pequeña victoria de nuestros granaderos y dragones sobre to-

da la caballería enemiga, en Riobamba, ninguna cosa había ocurrido de particular. Los cuerpos de la división se movieron el 28, y llegaron á Latacunga el 2. Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Viudita. Fué necesario excusarlos, haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo; y moviéndonos el 13, llegamos el 17 al valle de Chillo (cuatro leguas de la capital), habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación, y ocupó á Quito el mismo día 16 por la noche.

La colina de Puengasí, que divide el valle de Chillo de esta ciudad, es de difícil acceso; pero pudimos burlar los puntos del enemigo y pasarla el 20. El 21 bajamos al llano de Turubamba (que es el ejido de la Capital) y presentamos batalla, que creíamos aceptarían los españoles, por la ventaja del terreno en su favor: pero ellos ocupaban posiciones impenetrables; y después de algunas maniobras, fué preciso situar la división en el pueblo de Chillogallo, una milla distante del enemigo. El 22 y 23 los provocamos nuevamente á combate, y desesperados de conseguirlo, resolvimos marchar por la noche á colocarnos en el ejido del norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre Quito y Pasto, adelantando, al efecto, el señor coronel Córdoba con dos compañías del batallón Magdalena. Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero á las ocho de la mañana del 24 llegamos á las alturas del Pichincha, que

dominan á Quito, dejando muy atrás nuestro parque, cubierto con el batallón Albión. Mientras las tropas reposaban, la compañía de cazadores de Paya fué destinada á reconocer las avenidas: seguía luego el batallón Trujillo (del Perú) dirigido por el señor coronel Santacruz, comandante general de la división del Perú. A las nueve y media, dió la compañía de cazadores con toda la división española, que marchaba por nuestra derecha á la posición que teníamos; y roto el fuego se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón Trujillo, y se comprometió el combate: muy inmediatamente las dos compañías de Yaguachi reforzaron este batallón conducido por el señor coronel Morales, en persona. El resto de nuestra infantería, á las órdenes del señor general Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías de Magdalena, con que el señor coronel Córdoba marchó á situarse por la espalda del enemigo; pero, encontrando obstáculos invencibles, tuvo que volverse. El batallón Paya pudo estar formado, pero consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento. El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dió orden á Paya que marchase á bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió que los españoles aún se sostuviesen. El ene-

migo destacó tres compañías de Aragón, á flanquearnos por la izquierda: y á favor de la espesura del bosque conseguía estar ya sobre la cima, cuando llegaron las compañías de Albión (que se habían atrasado con el parque) y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido á este cuerpo, puso en completa derrota á los de Aragón. Entretanto, el señor coronel Córdoba tuvo la orden de relevar á Paya con las dos compañías del Magdalena; y este jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable; y desordenando al enemigo y derrotándolo, la victoria coronó, á las doce del día, á los soldados de la libertad. Reforzado este jefe con los cazadores de Paya, con una compañía de Yaguachi y con las tres de Albión, persiguió á los españoles, entrándose hasta la capital, y obligando á sus restos á encerrarse en el fuerte del Panecillo.

Aprovechando de este momento, pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte y la defensa que permitía aún la ciudad, é intimé verbalmente al general Aymerich, por medio del edecán O'Leary, para que se rindiese; y en tanto me puse en marcha con los cuerpos, y me situé en los arrabales, destinando antes al señor coronel Ibarra (que había acompañado en el combate á la infantería) que fuese con nuestra caballería á perseguir á la del enemigo, que observaba se dirigía á Pasto. El general Aymerich ofreció entregarse por una capitulación, que fué convenida y ratificada al siguiente día, en los términos que verá

V. S. en la copia que tengo el honor de someter á la aprobación de S. E.

Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el departamento, y la toma de 1,100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1,700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español.

Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han regado con su sangre el campo de batalla: además, tenemos 190 heridos de los españoles y 140 de los nuestros. Entre los primeros, contamos al teniente Molina y al subteniente Mendoza; y entre los segundos, á los capitanes Cabal, Castro y Alzuro; á los tenientes Calderón y Ramírez, y á los subtenientes Borrero y Arango.

Los cuerpos todos han cumplido su deber: jefes, oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El Boletín que dará el Estado Mayor recomendará á los jefes y subalternos que se han distinguido; y yo cumpliré con el deber de ponerlos en consideración del Gobierno; en tanto, hago una particular memoria de la conducta del teniente *Calderón*, que, habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá compensar á su familia los servicios de este oficial heroico (1).

(1) El teniente Calderón sólo alcanzó á vivir unas pocas horas después de la victoria;

La caballería española va dispersa y perseguida por el cuerpo del comandante Cestaris, que antes había yo interpuesto entre Quito y Pasto. El 26 han salido comisionados de ambos Gobiernos, para intimar la rendición á Pasto, que creo será realizada por el Libertador: otros oficiales marchan para Esmeraldas y Barbacoas; de manera que, en breve, el reposo y la paz serán los primeros bienes de que gozarán estos países, después que la República les ha dado independencia y libertad.

La división del sur ha dedicado sus trofeos y laureles al Libertador de Colombia.

Dios guarde á U.S. muchos años.

A. J. DE SUCRE.

murió lleno de dolores al amanecer del día siguiente.

El General Sucre, fiel á su palabra, al celebrarse las honras del héroe, le ascendió á Capitán. Y, finalmente, el Libertador, siempre grande y justiciero, puso sello de oro á los honores póstumos, con las disposiciones que se encuentran en una orden del día expedida en Junio de 1822.

UN EPISODIO

DE LA BATALLA DE PICHINCHA.

La mañana del 24 de Mayo de 1822 anunciaba uno de aquellos días plácidos y serenos, que, no siendo comunes bajo la línea ecuatorial, soñ ó parecen ser más radiantes y bellos con el fuego de animación que recibe toda la naturaleza en el seno fecundo de la zona tórrida. Levantábase el sol sobre el Oriente, iluminando las faldas del Pichincha y dilatando sus rayos encima de la chata cumbre del pequeño monte del Panecillo, cuando el ejército realista, dirigido por el General Don Melchor Aymerich, marchaba ligera y silenciosamente, trepando la falda de aquel elevado antemural de Quito, que se alza al occidente de la ciudad, y de cuyo volcánico cráter se levanta una densa columna de humo, que, combatida por el viento, imita el vistoso plumaje que ondea sobre la cimera de un guerrero gigante.

El ejército republicano, comandado por el General Sucre, descansaba al descenso de la loma, á tiempo que nuestros batidores anunciaron la aproximación de las tropas españolas. Serían las diez de la mañana, cuando el que más tarde debía llevar el título de Gran Mariscal de Ayacucho, dió sus órdenes para movilizar el ejército y salir al encuentro del enemigo. La bizarra división del Perú, mandada por el Coronel Don Andrés de Santa Cruz (después Gran Mariscal del Perú), ocupaba la

derecha de nuestra línea de batalla; en el centro, entre otras fuerzas, se encontraba el batallón *Yaguachi*, respaldado por el de *Paya*, y á la izquierda, la columna mandada por el intrépido Coronel José María Córdoba (Después General), protegida luego por el batallón *Albión*, último cuerpo que llegó al campo de batalla, cuyas fuerzas estaban bajo las inmediatas órdenes del valiente General José Mires (español de nacimiento).

Al empezarse el combate por el centro, el Teniente *Abdón Calderón*, que mandaba la primera compañía del *Yaguachi*, recibió un balazo en el brazo derecho, que le inhabilitó para tomar la espada con aquella mano, y la tomó con la izquierda; continuó, sin embargo, combatiendo con imperturbable serenidad, cuando á pocos momentos recibió otro balazo en aquel brazo, afectándole un tendón y fracturándole el hueso del antebrazo, lo que le obligó á soltar la espada. Un sargento la recogió del suelo, se la colocó en la vaina, á la cintura, y le ligó el brazo con un pañuelo, colgándose del cuello. El joven guerrero, con el estoico valor de un espartano, siguió á la cabeza de su compañía, y arreciando el combate con la indomable resistencia de los españoles, al forzar su posición, recibió otro balazo en el muslo izquierdo, un poco más arriba de la rodilla, que le desastilló el hueso. En aquel momento supremo los enemigos empeñaron su reserva: ese era el instante supremo y decisivo. Calderón cargó con su compañía, haciendo un esfuerzo superior á su estado desfalleciente, y al alcanzar la victoria, recibió otro balazo en

el muslo de la pierna derecha, que le rompió completamente el hueso, cayendo en tierra postrado, exangüe y sin poder moverse. Sus soldados le condujeron en una ruana al campamento, le colocaron en la sala de una casita, sobre unas frazadas en el suelo; porque no se halló una cama donde acostarle. Su estado de postración requería auxilios eficaces, para al menos calmar su devorante sed y darle algún alimento. Un amigo se encargó de prestarle aquellos servicios; porque el desdichado joven no podía hacer uso de sus brazos, ni mover las piernas. Como la última herida recibida era mortal y no se prestaba á la amputación, murió al amanecer del día siguiente.

El General Sucre lo ascendió á capitán, para tributarle los honores fúnebres.

El Libertador, que llegó á Quito el 16 de Junio, informado del bizarro comportamiento de aquel valiente oficial, expidió un decreto honrando su memoria, por el cual se disponía:

“1º Que á la primera compañía el Yaguachi no se le pusiera otro Capitán.

2º Que siempre pasara revista en ella como vivo, y que en las revistas de Comisario, cuando fuera llamado por su nombre el Capitán *Calderón*, toda la Compañía respondiera: “Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones.”

3º Que á su madre, la Señora N. Garaicoa, de Guayaquil, matrona respetable y muy republicana, se le pagara mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo.”

Era un espectáculo tan conmovedor como solemne, el ver á los soldados de aque-

lla Compañía, en los días de revista de Comisario, al proferirse el nombre del Capitán *Calderón*, llevar el fusil al hombro, con ademán de orgullo marcial, y responder, con una especie de religioso respeto: "Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones." Aquella ovación, que era una verdadera apoteosis para el joven héroe, se cumplía en el Ecuador hasta el año de 1829. No sé si habrá continuado después.

Este episodio revela el genio de Bolívar y cómo sabía aprovechar las circunstancias oportunas, para mover los nobles resortes del corazón de sus guerreros, excitando el entusiasmo y patriotismo con gloriosas recompensas, que inspiraban el desprecio de las fatigas, del hambre, de los riesgos y aún de la propia vida, por el deseo de alcanzar prez y fama póstuma. Así fué cómo aparecieron millares de héroes, que hoy debían recordarse con orgullo; porque ennoblecen las páginas de la brillante historia de nuestra sangrienta lucha por la independencia.

Bogotá, Mayo 24 de 1872.

(Aniversario de Pichincha).

MANUEL A. LÓPEZ.

POESIAS

CUENCA

PATRIA DE CALDERÓN.

No de Arcadia en los vergeles,
Tomebamba, en tu ribera
rompo una silvestre caña
y en indiana flébil QUENA,
romancero humilde, canto
á la Patria!

¡Hermosa Cuenca!

¿Qué añadir en tu alabanza?
¿Dónde la cláusula nueva
para ti, jardín de rosas,
tierra libre, hermosa tierra,
si hasta el cielo ya te alzaron
ayer egregios poetas?

¿Cantaré acaso á tus hijas
musas del amor, esbeltas,
tan heroicas, cuando esposas,
y cuando madres, tan tiernas?
Que otros ensaleen, dichosos,
su virtud, sus nobles prendas,
que ya á mi lira la muerte
arrancó de amor la cuerda!...

¿Cantaré á tu estudiantina?
¡Qué precoz su inteligencia!
Ya en los bancos del colegio
ensaya amantes endechas;
y un año y otro, en alegres
caravanas se dispersa,
y de la ciudad al campo,
trovadora, trae y lleva
idilios de amor, canciones
de virginal inocencia.

¡Qué gallardos los mancebos
de esa amorosa bohemia!
Siempre soñando en la gloria,
el alma siempre de fiesta,
solicitos y afanados,

¡con qué donaire, penetran
ya en los hondos laberintos
de las artes y las ciencias,
ya en los amantes secretos
del corazón, ya en las selvas
del ritmo y la poesía!

¡Qué bien canta, cuál se eleva
hacia la cumbre, el bulleante
canoro enjambre de abejas!

¡Qué genial la estudiantina
de esta venturosa tierra!
Ya de familiar guitarra
ya de la lira casera,
hoy en líricos torneos,
mañana al pie de una reja,
chispeantes brotan sus cantos
sobre el yunque de la idea.
Patria mía, ¿será acaso
que quien de azuayo se precia,
á trueque de la fortuna,
tiene el ritmo por herencia?....

Pero no siempre se aduerme
en deleitosas cadencias;
si le enamora el idilio,
también le encanta la guerra,
y en Patria y Libertad cifra
el timbre de su grandeza;
y cuando ellas lo demandan,
arma al hombro, al campo vuela;
y, del asalto á los toques,
acude alegre y serena,
y en lo recio del combate
valiente, viril, severa,
cual los bravos del Aragua,
mantiene en alto la enseña
que *Calderón* le ha legado,
con la patria independenciam:
allá, dígalo el Pichincha,
y aquí, del *Balsay* las quiebras....
¡*Calderón*! el héroe azuayo,
niño con alma de atleta,

á quien la muerte cien golpes
hubo de asestarle fiera,
para derribarlo exánime
y después, llorarlo hasta élla.
¡Calderón, Hércules niño!
Aun vaga su sombra excelsa,
ensangrentada, imponente,
avanzado centinela
de las patrias libertades,
sobre las andinas crestas,
siempre en alto el oriflama
y siempre exclamando, *¡Alerta!....*
Y no sola, que ya un grupo
de azuayos niños le cerca,
héroes como Abdón, caídos
en la desigual pelea;
primicias de amor que al cielo
feliz la Patria ofreciera,
por su fe, y sus libertades,
en legendaria contienda.

¡Juventud azuaya, libre!....
Si *Calderón* te contempla,
que te inspire su civismo
y su bravura te encienda;
y, jura sobre su espada,
por Dios y Patria, que Cuenca
ni se rinde á los tiranos,
ni soporta las cadenas!....

MIGUEL MORENO.

GUAYAQUIL

CUNA DE SU DIGNA MADRE

(Romance improvisado)

¿Cuál el hijo de los Andes
que, si sube á estas murallas
inmensas, y ve remotas
peregrinas lontananzas,
donde juntos mar y cielo,
su azul imperio dilatan,
no se siente cautivado
por una atracción extraña,
que el misterioso horizonte
le ha despertado en el alma?

¿Y quién se resiste al ímpetu
de bajar por las montañas
y aproximarse á la hoguera
que en el ocaso se inflama,
cuando el sol, agonizante,
se extremece sobre el agua,
vierte lívido la lumbre
de la última llamarada,
quema las nubes en torno,
salta, zabelle y se apaga?....

Bastantes hechizos fueran
estos, simpático Guayas,
para que sus cumbres deje
la prole de tus hermanas
y en los hermosos paisajes
se disperse de tus playas,
donde con las altas seibas
compiten gigantes cañas
y entre opulentos manglares,
reinas se mecen las palmas;
donde el café sus jazmines
sobre el follaje derrama;
donde en aceradas urnas
el coco su leche cuaja,

el teobroma sus almendras
sazona en pulidas ánforas,
y el algodón sus capullos
deshace en madejas cándidas;
donde... ¡oh Virgilio de América,
tu culta frase me falta!....

¡Guayaquil! tú, de la zona
tórrida la soberana,
floresta en que ha derrochado
naturaleza sus galas,
¡á qué joven no seduces
con el calor de tus auras?

Parece que aun los arroyos
que en la sierra se desatan
y retozando descienden
desde la estepa á la playa,
para confundir sus linfas
con las del soberbio Guayas,
nos van convidando á todos
con su festiva algazara....

Era ABDÓN un tierno niño
que con las flores jugaba,
aquí, donde cuna tuvo
de claveles circundada;
mas trajo su noble madre
á Guayaquil en el alma,
y ella y el niño se fueron
de las campiñas azuayas,
cuando ya tenues vislumbres
en el oriente rayaban,
como débiles preludios
de la aurora de la Patria.

Con ellos, el digno padre
y la ternezuela hermana,
hora envidiable de Cuenca,
á par que timbre del Guayas,
su adiós le dieron al valle
risueño del Tomebamba.

Y el hidalgo Don Francisco,
Dejando á su prole amada
en el cariñoso seno
de la Reina de las palmas,

voló á los campos, vencido
de su amor á las batallas;
porque América se erguía,
y era América su patria;
pues tuvo por madre á Cuba,
la última de las esclavas.

¡Ay del Coronel heroico!
sólo sangrientas desgracias
son los patrióticos gajes
de las primeras campañas.

A las víctimas de Agosto,
bárbaramente inmoladas,
feroces verdugos deben
juntar otras.... ¡Pobre España!
madre fuiste, bien lo vemos;
pero fieras inhumanas
lanzaste contra tus hijos,
que á ser libres aspiraban,
fieras que les aumentaron
de no ser tuyos el ansia.

¡Qué conseguiste?—Aun te duelen,
no lo niegues, las tiranas
inmolaciones de aquella
admirable Policarpa,
de ese romano Camilo,
de ese esclarecido Caldas,
de Calderón, cuyo vástago
crece con riego de lágrimas....
Y aun después, ¡vano holocausto,
fuente de eterna venganza!
caerán Plácido y Zenea
y Rizal.... ¡Oh madre España,
qué daño el que te causaron
las infernales hazañas
de tus Sámanos, tus Boves,
tus Payoles y Viscarras!

Vale más que ya no cuentes
con posesiones lejanas,
para que jamás te manche
la sangre de tus esclavas....

Ya el sol que quiebra sus rayos
en los cristales del Guayas

y enardece corazones
para empresas temerarias,
ese sol que enciende el fuego
de ojos que parecen ascuas,
ha inflamado el combustible
que el patriotismo acopiaba,
emulando las proezas
del Gigante de Caracas
y las campales victorias
del Libertador del Plata.

Ya de Boyacá y de Maipo
las esplendidas jornadas
un Nueve de Octubre piden....
Y el Nueve de Octubre estalla!

Y en la patriótica hoguera
que sus próceres inflaman,
hoguera que ardientes chispas
va á lanzar á las montañas,
ABDÓN el fuego acrecienta
que le ha prendido en el alma,
desde que ante ella, sangriento,
cada noche se levanta
el espectro del cadalso
de su padre y de su patria....

¿Piérdese en Huachi? No importa!
flameando viene la espada
que ha de tomar en Yaguachi
la más cumplida venganza;
Yaguachi donde un *Ariza*,
de fortaleza espartana,
será precursor del héroe
de la postrera batalla;
Yaguachi, que prisionero
ha de entregar á la Patria
á *Tamariz*, cuyas luces
no han de cesar de alumbrarla,
desde que la ame, cual hijo,
sin olvidar á su España....

Antes, la infame perfidia,
siempre de Sucre adversaria,
comprando al voltario López,
al campo opuesto lo manda;

mas de las fuerzas que lleva,
al patriotismo robadas,
permite él que, desprendidos,
vuelvan al heroico Guayas
Abdón y un noble pariente,
de estirpe republicana....

¡Nuevo Huachi!.... ¡Oh qué destino
el de esa llanura aciaga,
cementerio de los libres
en toda marcial jornada!....

Pero Guayaquil se enciende
y al son de alegres dianas,
en somatén la noticia
convierte de su desgracia.

Mil bravos á los cuarteles
corren, blandiendo las armas
y entre vitores reciben
á Sucre y sus camaradas,
que el definitivo golpe
con brío mayor preparan;
porque saben que el triunfo
será siempre de la osada
legión que hasta las derrotas
festeja como ganancias.

¡Ea ABDÓN! ¡Ea valientes
que de Colombia la Magna
llegasteis, para el rescate
de la tierra ecuatoriana!
¡Ea denodados hijos
de la Señora del Guayas!
vuestros hermanos del Ande
para la victoria os llaman:
¡Hurra á Sucre! hurra á Bolívar!
¡Armas al hombro! y en marcha!....

L. C.

Luis Cordero

EN CAMPAÑA

—Al sur, esfuma la noche
las indecisas siluetas
de las montañas andinas
que el valle abrazan de Cuenca.
Tan lejos están los campos
donde mi niñez risueña,
ave en un nido de flores,
el vuelo ensayaba apenas
bajo las nubes del cielo,
bajo las alas maternas.
Tan lejos está mi madre
¡ay tan lejos! y aquí restas,
mi espada, la que á mi cinto
mi madre dejó suspensa:
en tu pomo un beso suyo,
y de su beso en las huellas
mi alma cautiva á la Patria:
¡Las madres benditas sean! . . .
¡Madre, voy con tu mandato;
con tu ley avanzo, Cuenca!
tierra de los retamales,
en donde, si madres besan
y si espada al cinto ponen
del hijo que va á la guerra,
saben que besos maternos
en un heroísmo alternan
virginales sentimientos
entre la Patria y entre ellas.
Tierra de los retamales,
por siempre bendita seas,
la que de la vida tomas
perfumes que al cielo ondean;
la que me enviarás aliento,
si desfallezco en la senda;
la que haces sueño en la gloria
quien de la Patria se acuerda.—

Así va hablando ese niño
por las escabrosas quiebras
que del Chimborazo abajo
la vía al Pichincha llevan.
Y al amparo de la noche
marcha el ejército á tientas,
y va ahogando el aliento,
por si el enemigo alerta
el avanzar de la gloria
entre las sombras sorprenda.

En la soledad del alma,
virgen de amores, que cuelgan
flores entre los laureles
que hasta los cielos se elevan,
Calderón, tierno mancebo,
nunca sueña, nunca sueña
sino allá en madre lejana,
sino aquí sólo en la guerra.

Y diálogo amoroso
van siguiendo, por la senda
que hacia Pichincha se extiende
entre la ardua cordillera,
la espada ceñida al cinto,
que el pomo hacia el pecho eleva,
y el garzón, que en ese pomo
hacia el cielo juramenta.

La espada:—Dí, dueño mío,
¿hacia donde tú me llevas?
El caballero:—Hacia donde
me lo pida mi bandera.
—¿Y sabes que estos mis besos
son besos que se ensangrientan?
—Bésame! y la sangre mía
entre tus besos se embeba.

Y la espada sube al pecho,
empuñada por la diestra
del mancebo, que á sus labios
la arrastra y callado besa.

Y al sur, esfuma la noche
las indecisas siluetas
de las montañas andinas,
tras cuyas cumbres excelsas
sueña la madre en el joven
á cuyo cinto resuena
la espada que le ha ceñido,
espada con quien le cela:
con razón....madre celosa,
ó tú sola, ó sola élla....

Y en tanto, al paso de marcha
de las huestes, en la inmensa
soledad de las alturas
de la andina cordillera,
entre el crujir de los cascos
del bridón sobre las piedras
y el tembletear con que al viento
van cantando las banderas,
va el mancebo, altos los ojos,
por las celestes esferas,
donde el alma al cielo viaja
mientras la luna ríela;
va el guerrero, constriñendo
á su pecho con la diestra
la espada, que, con la luna,
trémula relampaguea.

¿Qué sombra, rompiendo el aire,
súbita la luna vela?
¿qué voz grita en las alturas
y va regando cadencias?
Cóndores son desvelados,
dueños de las cordilleras,
que al Pichincha van, gloriosos
heraldos de la contienda,
mientras desde el cielo oscuro
constelaciones de estrellas
á cóndores y á guerreros
por ver mejor parpadean.

Y la diestra va á la espada
y unidas ellas se estrechan

á ese pecho, donde alterno
virginal corazón tiembla
entre la madre y la Patria,
madres que ya no se celan,
y en un latido fundidas
un mismo vigor alientan.—
¡Maternidad que así vives,
gloria á Dios! bendita seas!....

HONORATO VÁZQUEZ

PICHINCHA

Hijos de la noble Quito,
¿qué recuerdo os martiriza?....
¡Oh! lo comprendo: el amargo
de aquella matanza inicua
en que feroces verdugos
vertieron sangre patricia,
sangre que os parece estéril,
porque hasta hoy no fructifica.
¡Valor, heroicos quiteños!
no es inmortal la perfidia.
¡Valor! ya se acerca Sucre
con el *rayo* de Bolívar!

Ya los fatídicos *Huachis*
de las pasadas desdichas
ha traspuesto y, como el cóndor,
por las cumbres se aproxima.
¿Qué importa que, á rechazarlo,
salgan hordas enemigas
y desfiladeros busquen
donde al adalid resistan,
improvisando baluartes
entre las quiebras andinas?

No habrá obstáculo que altere,
ni estrategia que corrija
los bien combinados planes
de su militar pericia.

En vulgares campamentos
no han de vivaquear sus filas.
Del Cotopaxi á los flancos
ascenderán atrevidas,
como á demandarle fuego,
para el golpe que meditan.

Y, si las burladas huestes
repliegan y se encastillan
en la oriental eminencia
que á la capital domina;
Sucre vendrá cauteloso,

por sendas desguarnecidas,
á retar en campo abierto,
palestra de bravos digna,
á los que fuertes alzaban
y en riscos se guarecían.

¡Elude Aymerich el reto
y á la ciudad se retira?
Pues bien, ya esta retirada
Suere la tuvo prevista:
él sabrá con qué sorpresa
lo saca de la guarida.

Quien, escalando volcanes,
vino á las amplias campiñas
donde airoso te levantas,
¡oh *Yavirá* de los Incas!
y contendores no tuvo
con quienes trabar la lidia,
subirá, por tus escarpas,
á otra volcánica cima.....

Lóbrega y triste es la noche;
densos copos de neblina
te arropan, mientras el cielo
vierte incesante llovizna;
y, en tanto, por tus espaldas
de verticales aristas,
el campeón y sus valientes,
con temeraria osadía,
se alzarán, nuevos titanes,
á campear en el Pichincha.....

Imposibles superados,
penalidades sufridas,
en esta terrible noche
de esfuerzos y de fatigas,
no ha de saberlos la historia:
quien vence, todo lo olvida.

Ya repunta en el oriente
el alba del magno día;
ya el Veinticuatro de Mayo
las montañas ilumina,
bañando en róseos albores

las faldas del Ichimbía.

¡Despierta, gallarda Quito,
entre zozobras dormida!
El monte en cuyo regazo
temblorosa te reclinas
es emporio de adalides
que, de regiones distintas,
como á palenque de nobles,
se dieron hidalga cita.....

Y Quito los ve y se asombra,
y el temor y la alegría
son opuestas emociones
que la turban ó la excitan;
pues tras el acerbo cáliz
de una angustia repentina,
le asaltan de patriotismo
fervorosas avenidas.

¿Qué suerte será la suya?
Tal vez, de nuevo rendida,
á otro holocausto sangriento
la condene otro Castilla!
Tal vez;....pero es imposible
que la ciudad oprimida
no rebose en muchedumbre,
que, con la mirada fija
en las fuerzas que han llegado
y han de llegar todavía,
en terrados no se agolpe
y en persianas no se oprima,
como solícito enjambre
de alborotadas hormigas.

¡Con qué ansiedad las contempla!
¡Con qué inquietud las atisba!....
¿Qué es lo que pretende Sucre?....
¿Por qué al norte se desvía?....
¡Pasa!....¡Pero á dónde pasa,
si aquí están las enemigas
hordas, que oprimen á Quito,
la ensangrentada cautiva?.....

Pasaba, es cierto: á sus planes
este rumbo convenía;
pues son las breñas de Pasto

el palenque de Bolívar;
mas los adversos cuarteles,
en conmoción repentina,
sus veteranas columnas
contra los nuestros envían,
y es fuerza lidiar, pues suben,
suben los liberticidas.

Aragón y Cataluña

y otros cuerpos que suscitan
el detestable recuerdo
del aciago *Real de Lima*,
á estorbar vienen el paso
de las patrióticas filas.

Pero allí están *Magdalena*
y *Paya*, tropas invictas,
que el gran Córdoba comanda,
y baste que ello se diga....

Allí el auxiliar Trujillo,
con el hijo de *Huarina*,
preclaro representante
de esa raza escarnecida
que ha de dar Juárez excelsos,
contra absurdas reconquistas.

Allí el vencedor *YAHUACHI*,
de gloriosa nombradía,
que á Morales obedece,
Morales que en las campiñas
azuayas hogar fecundo
pondrá de noble familia.

Con él viene *ABDÓN*.... ¡Silencio,
Musa, que la hora propicia
no llega aun del holocausto
sublime, que inmortaliza!.....

¡Alto, Patriotas, y fuego!
fuego! Ya las enemigas
balas, que á mataros parten,
razgando los aires, silban.

¡Vayan, en cambio, las vuestras
y en las adversas guerrillas
muerte y estrago difundan!.....
¡Qué vale un millar de vidas,

si las exige la Patria,
por que la suya subsista?.....

¡Oh espectáculo tremendo!
con las armas encendidas,
una contra otra se estrellan
las falanjes que subían
y las que á su encuentro bajan
por las quebradas del Pichincha.

¿Dónde hay pincel que bosqueje,
dónde pluma que describa
los embates, las repulsas,
las cargas que, enfurecidas,
se dan las contrarias huestes,
ciegas de venganza y de ira?....

Como tempestuoso nimbo
que, de las crestas andinas,
cae y, sobre los sembrados
rugiendo se arremolina,
el humo de la tormenta
cubre el campo de la liza,
lanzando truenos y rayos
en las faldas que cobija,
y son humanas las mieses
que la explosión aniquila.

Pavorosos estampidos;
tristes ayes de agonía;
gritos de alarma; blasfemias;
retos; insultos y ¡vivas!
rumor de cuerpos que caen;
peñascos que se desquician
y de salto en salto ruedan
sobre gentes aturcidas;
tropel de los que arremeten
ó aterrados se retiran;
voces de mando estentóreas;
trompas que las multiplican;
ecos que clamando vuelven
desde las rocas vecinas;
corceles que huyen bufando,
despedazadas las bridas....
Todo confusión y estruendo

y horrenda carnicería,
que cuarenta mil patriotas,
helados de espanto, miran....

Parece que el viejo cráter,
que luengos años dormía,
muerta, entre negras escorias,
toda volcánica chispa,
ha despertado iracundo
y, con erupción fulmínea
de *roja* lava y de fuego
y de candente ceniza,
los flancos del monte inflama
y á Quito se precipita....

Mas ¡ay! por instantes cesa
el fuego de nuestras filas,
y, como el silencio notan,
los de Aymerich imaginan
que ya las fuerzas de Sucre
se le desbandan vencidas;

Y engañados las persiguen;
pero es para su desdicha;
pues la pólvora que falta
con el valor se equilibra....

Como llaneros de Páez,
los nuestros el arma enristran
y acuchillados rechazan
á los que alegres subían:
desgarrar puede el acero
lo que el plomo no trucidá.

Y ¡qué mucho que legiones
de colombiana milicia,
donde proyectiles faltan,
se disparen á sí mismas?

Una y otra vez el fuego
cesó; pero ya venían
combustibles que inflamasen
del patriotismo la pira.

Al fin, valerosos llegan
los hijos de Albión, la antigua,
la protectora de pueblos,

no la que los asesina....
Y son huracán que barre
el campo de los realistas.

Aun pugnan y se sostienen,
con pasmosa valentía
los que herederos se muestran
de los tercios de Castilla;
pero seicientos cadáveres
al más osado horrorizan....

Ya se acobardan; ya sueltan
las armas, en sangre tintas,
al sufrir la última carga
de aquel portentoso Atrida
que, á *paso de vencedores*,
la inmortalidad conquista....

Calla el volcánico trueno
y estallan inmensos ¡*Vivas!*
á Sucre, á Córdoba, á Mires,
y á cuantos bravos escrita
dejan, en la magna historia,
la página de Pichincha.

Pero el mayor de los ¡*Hurras!*
es el que endiosa á Bolívar.

Hurras que, loca, la gente
de la ciudad redimida
oye, repite y dilata,
con emoción infinita.....

Dianas el aire atruenan;
trompas á formar invitan;
los vencedores se agrupan;
corren las turbas vencidas;
se extingue, al fin, la algazara;
vientos el humo disipan,
y desde el cenit la lumbre
del sol radiante ilumina
á las legiones formadas,
para la marcial revista,
y en el centro de los bravos
el émulo de Bolívar
Sucre, cuya ardiente espada
á par del astro rutila....

Más allá, ¡fiero contraste!
una escasa compañía,
bajo pabellón sangriento,
está mirando afligida
á un adolescente hermoso,
que, destrozado, agoniza.

Hijo de un soldado ilustre
de la nacional milicia,
á quien mató del infame
Sámano la felonía,
ansioso corrió á las armas
en el albor de la vida.

La Primera del Yahuachi
es la noble compañía
que, en torno al ínclito joven,
cogitabunda suspira,
lamentando una victoria
que tal Teniente le quita.

Cruzaba entre mil disparos,
dando cargas atrevidas,
y perdió la noble diestra
con que la espada blandía.

Pero, impávido y sereno,
vendada apenas la herida,
alzó en la siniestra mano
la ensangrentada cuchilla,
y dió con mayor denuedo
soberbias arremetidas.

¡Fatalidad! otra bala
del brazo izquierdo le priva,
y cae al polvo el acero
que temerario esgrimía.

Compasivos sus soldados,
le abrazan y le suplican
que algún tanto se retire
del fuego que lo asesina;
pero el mancebo admirable,
cambiando el dolor en ira,
con voz imperiosa manda
que le cuelguen á la cinta
esa arma de sus proezas,
que está en el polvo caída,

y da, león mutilado,
cargas de Colombia dignas,....

Zumba la tercera bala
que le hiere, y todavía,
bañado en sangre, es el héroe
de las cargas decisivas.

¡VICTORIA! claman los nuestros;
mas ¡oh suprema desdicha!
como postrera venganza
de la muerta tiranía,
por cuarta vez silba el plomo
que lo postra y sacrifica....

Y los labios de ese mártir,
cuyo corazón palpita,
ya no se sabe si á impulsos
del valor ó de la vida,
balbuten estas palabras,
que la epopeya eterniza:—

“¡Hemos vencido! se puede
morir en paz, Patria mía!”....

En pobre manta lo alejan
á una cabaña vecina,
y tras mortales angustias
de prolongada agonía,
en que reprime sus ayes,
porque no amarguen los ¡vivas!
á Quito vuelve los ojos,
repite ¡Patria! y expira....

¡Oh que lástima, qué asombro,
qué gratitud las que inspiran
aquellos dilacerados
restos de la tierna víctima!

¡Isaac, á quien, sobre el Moriah
de la Patria redimida,
por un pacto con el Cielo,
la Libertad sacrificada!....

Baja el Angel de la gloria;
le besa la frente lívida;
á eterno vivir en gratos

corazones le destina,
por soberano decreto
del eminente Bolívar,
y lo yergue, bajo el fris
de la vencedora insignia,
sobre el pedestal grandioso
de aquella montaña misma.....

Allí el astro de los libres,
desde el norte, lo ilumina,
con haz de rayos que pasan
y en las azuayas campiñas
proyectan la épica sombra
del CALDERON de Pichincha.

LUIS CORDERO.

LA ESTATUA DE ABDÓN CALDERÓN

(EN SU CENTENARIO)

*¡No ha muerto! que en nuestros pechos
vive eterna su memoria,
aunque en las filas vacías
no asome en la lid heroica....*

*¡No ha muerto! A un siglo de fama,
se alza su gallarda sombra,
que desde el viejo Pichincha
se inclina, en nimbo de gloria,
sobre la nativa Cuenca,
blando nido de palomas,
donde—entre palomas—supo
el cóndor la ala sonora
ensayar en las tormentas
de la lucha y la victoria.*

*Después de un siglo, la Patria
ríndale culto. La diosa
inspiración brote y luzca
con fulgor como de aurora.
El alma que diviniza
la yerta materia tosca,
desde el mundo de la idea
baje al mundo de la forma.
De la estatua encuentre el seno
en la arcilla creadora.
Inflamado el bronce, estalle,
estalle en la ardiente boca
del horno, que al fuego se hincha
en relampagueantes ondas.
¡Es la tierra, que en suprema
ansiedad engendradora,
al soplo de un genio excelso,
que el fragil barro destroza,
rompe el molde en convulsiones
de invencible fuerza loca!
Es el arte, que á la nada
arranca vida y contorna*

en lo ideal de lo bello
la perfección de la *forma*.
El mancebo surja entonces
de ese barro en las *escorias*,
con la olímpica realeza
de las artes y la gloria.
¡Bronce hermoso que ha nacido
de la fuerza engendradora,
al aliento fecundante
de los genios de la historia!

¡El no ha muerto! En nuestros pechos
otra vez presente mora.
Ved su imagen! Es el mismo
de la de ayer lucha heroica.
El mancebo aquel riente
que en el nido de palomas,
supo aprender de las águilas
cómo vueían á la gloria.
Del flanco de la montaña
sobre un pedazo de roca,
con el roto brazo estrecha
la patria bandera rota;
en el otro brazo se alza
luciente la espada heroica.
Mutilado, de rodillas,
palpitante se desploma;
pero está su pecho erguido;
y de su entreabierta boca,
entre olas de sangre hirviente,
hacia los cielos arroja,
con el alma, al grito herido
de la audacia, de la cólera,
las notas, ya intermitentes,
del canto de la victoria.

¡Presto te miren mis ojos
así, generosa sombra,
resucitado, al aliento
del arte! Blancas palomas
saluden el magno día
del gran culto de tu gloria!
Presto mis ojos te vean,
sobre la artística roca

de ese granito en que el casco
de tu corcel halló alfombra,
sobre mármoles erguido,
los que tu ciudad decoran,
mirando el sol de Pichincha,
que en el septentrión asoma,
para iluminar las *pampas*
de Tomebamba famosa,
por donde de *Huaynacápac*
vaga aún la augusta sombra,
aguardando te levantes
con la *diestra vengadora*.

¡Recuerdo de esas edades
de epopeyas portentosas!
de bronce y piedra el poema
la Patria alce á tu memoria.
Desde allí, de Tarqui mires,
al sur las azules lomas,
dónde—sol de última tarde—
el sol lució de Colombia.
Allí los muertos guerreros
aún olvidados lloran,
¡ay! lloran porque su sangre
no dió frutos de victoria....
¡Pobres mártires, que un día,
para ti las blancas rocas
guardaron de esa montaña,
donde insepultos reposan;
rocas que empapó la sangre
de aquellas huestes famosas
que sin mancha guardaron
el mármol para tu gloria.

Lento el siglo cayó al fondo
del abismo de la fosa.—
¡Generoso adolescente,
ya no hay huestes españolas;
mas hay lides en tu patria:
no dió fruto tu victoria!....
¡Libertad, recién nacida,
no la cantan, ya la lloran!
¡Los tiranos? Aun quedaron
en las tierras españolas,

cüando España entregó el cetro
de Colombia, tu Colombia.
¡Ay la Patria! ay fantasías
de perdidas grandes cosas!
Las estatuas levantadas—
mudos ídolos que adoran
multitudes que se arrastran
en la noche....sin aurora;
y las rudas alegrías,
por leyendas ya remotas,
van cantando los poetas
en las ruinas de la historia.

¡Mas no has muerto! Álzate luego
sobre el pedestal: su roca
sea el trono do fulmines
el rayo de tu alma heroica.
Libertad luego renazca
limpia, hidalga, vengadora,
de los últimos tiranos
sobre la menguada fosa.
Atalaya silencioso,
detén la extranjera tropa,
que otra vez mancillar quiere
esta tumba de Colombia,
tan grande como llorada,
si más muerta, más hermosa.

Y de tus fauces de bronce
por siempre brote sonora
la voz—¡Libertad ó muerte!—
y el grito—¡A la Patria gloria!—

REMIGIO CRESPO T.

LUCIA

POEMA



POR

Remigio Tamariz Crespo

CUENCA — ECUADOR

1916

LUCIA



RECUERDO

I

Así cual la doliente golondrina
que, de ignotas riberas, peregrina,
retorna al valle de su bien testigo,
y todo encuentra en soledad y duelo;
mustios los campos, enlutado el cielo
y en ruinas el alar que dióle abrigo.

II

Y ve, en su torno, a las demás, hurañas,
aves dichosas, a su pena extrañas,
no oyen su trino, que piedad implora;
vuelan ante ella en rumoroso bando,
y la hallan sola, su dolor llorando,
la tarde triste y la risueña aurora:

III

¡Tal el Recuerdo de la cruel historia,
que fuera un tiempo de mi amor la gloria:
vuelve a los campos de mi edén perdido,
y todo encuentra desolado y mudo;
de hojas y flores el jardín desnudo,
y horror de tumba....donde fué su nido!....

IV

Y a nadie apena su dolor; lo ignoran
las frías auras que en el huerto lloran;
la linfa de los viejos surtidores
que, en la paz del jardín, suspira y ruega;
la noche bruna, y el albor que llega
con su guirnalda de sangrientas flores....

V

En torno de él, recuerdos venturosos
pasan cantando, en giros armoniosos,
y él, sin consuelos, glorias ni futuro,
puebla los vientos de ayes y querellas,
al trémulo fulgor de las estrellas,
desde el silencio del ramaje oscuro....

VI

Él, cual mi amor y mi dolor, eterno,
me arrastra al carmen que asoló el invierno,
¡y me entrega al afán del bien perdido,
de la herida conciencia a la venganza,
al martirio de amar sin esperanza
y hacer ventura lo que ya es olvido!....

VII

¡Quiero dejar en cántiga sentida
todo lo acerbo y santo de mi vida,
a que en el ritmo del dolor perdure
siquiera un lampo de mi ensueño de oro,
y acaso viva la pasión que lloro
cuanto en el tiempo mi tormento dure!...

VIII

—¡Aves dolientes; linfas melodiosas,
que hoy discurrís por su heredad llorosas;
brisa que agitas, como un arpa, el huerto;
undoso Paute de corriente pura:
vuestras voces prestad a mi amargura,
a que pueda llorar mi ensueño muerto!....

IX

Podría así cantar de mi alborada
la ventura fugaz, cuanto adorada,
y, evocándola al ritmo de mi canto,
hallar la gloria que a mi amor le inspira:
¡adormirme en su tumba, con la lira
bañada aún en mi postrero llanto!....





LA HEREDAD

X

En el confín de pintoresco valle,
do acaba de un sauzal la umbrosa calle,
se levanta el hogar, de limo y piedra,
en cuyos grises e imponentes muros
prenden sus mantos de esmeralda oscuros
la pasionaria y la amorosa yedra.

XI

Mansión primaveral, llena de encanto,
donde es mansa la pena, el amor santo,
huésped eterno Dios, las dichas ciertas,
y en cuyas tibias, plácidas estancias,
percibe el alma no sé qué fragancias,
quizá perfumes de venturas muertas....

XII

Bajo las frondas de árboles añosos
se esquivan de los rayos ardorosos
de los estivos meses;
y desde los antiguos *ventanales*,
contémplanse los huertos de frutales,
la sierra, el río y las ondeantes mieses.

XIII

El patio extenso, por allá, limitan
las mansiones vetustas donde habitan
del amo patriarcal los servidores;
y por acá, el *Melado*, donde, al yugo
dócil, la yunta exprime el dulce jugo
de la caña, entre hierros chirriadores.

XIV

Cerca, luce el jardín su gala eterna;
allí, la nieve del jazmín alterna
con la viviente grana de las rosas,
y de la luz cautivan los encantos
amancayes, claveles y amarantos,
lirios de argento y castas tuberosas.

XV

¡Aún florece el rosal, prez de mi ensueño,
pasión y encanto de mi ausente dueño!....
¡Canta en sus frondas fúnebres arrullos
el aura de las tardes campesinas,
y siento dentro el alma las espinas
que defienden sus mágicos capullos!....

XVI

—¡Oh rosas de su culto!, en mudo idioma,
un himno cruel me canta vuestro aroma!....
Lucisteis en su frente sin mancilla,
i y os eclipsaron las mejillas de Ella,
que acaso mora en la primer estrella,
que, desde que Ella huyó, más pura brilla!.... —

XVII

Cruzan el huerto plácidos senderos,
que bordean duraznos y limeros,
chirimoyos, perales y granados
y—de Ceres gentil dulce tesoro—
los naranjos de oro,
de nupciales guirnaldas coronados.

XVIII

Los *cañaros*, con flores como llamas,
los *aguacates* de opulentas ramas
y los magnolios de hojas siempre erguidas,
cuyas flores de espléndida blancura
semejan, del follaje en la verdura,
bandada de palomas adormidas.

XIX

En la cumbre de próxima colina,
brilla el estanque de agua diamantina,
que, cuando llega el abrasante otoño,
derrama su caudal en las praderas,
brindando a las marchitas sementeras
la esmeralda y frescura del retoño.

XX

--¡Oh lago de ilusión, cuyas riberas
decoran madre selvas y moreras;
márgenes do me rindo a la agonía
de amar el muerto bien, y vago a solas,
ansiando ver su imagen en las olas,
como en el alba de la gloria mía!...--

XXI

Partiendo el valle, senda dilatada,
por sauces y eucaliptos sombreada,
conduce en sesgo curso al hondo río,
que rompe en rudos cánticos triunfales,
reverberando en fúlgidos cristales
las pompas de los cielos del estío.

XXII

Arriba, las dehesas verdeantes,
do rueda el agua en trémulos diamantes
y el paisaje se enferma de tristeza,
y donde las vacadas mugidoras
alegran las auroras
con gritos de pasión y fortaleza.

XXIII

Abajo, de la pampa el atractivo,
donde, en lagos sonantes de oro vivo,
se yergue altiva la dorada caña,
preciado dón de la fecunda tierra,
que en áureas copas, generosa, encierra
toda la miel de su materna entraña.

XXIV

Los campos de guisantes florecidos;
los maizales erguidos;
el alfalfar oscuro, y los trigales,
cuyas blondas espigas,
del bien del hombre y del Señor amigas,
aprisionan los oros estivales.

XXV

Y bajo el alisar de opacas frondas,
el Pauté azul, de turbulentas ondas,
que azota de la margen los taludes
y avanza por el valle dilatado,
cual un grifo de espumas coronado,
entre coros de armónicos laúdes.

XXVI

Capulíes de verdes y áureas hojas,
lucen doquier racimos de uvas rojas,
dulce codicia de aves y pastores;
y en baldíos, vallados y colinas,
los ágaves de entrañas nectarinas
al viento baten su pendón de flores.

XXVII

Desde lo alto de ³peñas y barrancas
el agreste moral de flores blancas
la tierra con sus pétalos alfombra;
y, en pomposas hileras, los olivos,
desbordando sus vástagos altivos,
convidan a soñar bajo su sombra.

XXVIII

Los molles, que ornan la arenosa senda,
dan al suelo sus frutos en ofrenda,
que en él semejan un sangriento rastro;
y en farallones y riscosas faldas,
ostenta la *aguacolla* sus guirnaldas
de cálices de aromas y alabastro....

XXIX

—¡Dulce valle de ensueños y ventura:
en tu seno se aduerme la Hermosura;
en su lira de flores, Primavera
te canta; el ave, en su argentino idioma,
y en vario acento, el agua que se aroma
en el hierbabuenal de la pradera!—

XXX

Los *chirotes*, alondras serraniegas,
que pueblan de himnos las azuayas vegas,
del alverjal en flor y del barbecho,
en parábola airosa se levantan
y en el ambiente azul alegres cantan,
luciendo al sol la púrpura del pecho.

XXXI

Junto al nido, que esconde la espesura,
plañe en golpes de arrullo su amargura
la tórtola infeliz, cuya existencia
acechan por doquier los cazadores;
ly por ello, aun si canta sus amores,
preludia su orfandad, o eterna ausencia!



ELLA

XXXIX

No era la rosa que beldad pregona,
y altiva impone su gentil corona,
y la gloria del búcaro reclama:
era la azul, humilde sensitiva,
que cierra el cáliz a la luz estiva
y el casto ensueño y las estrellas ama.

XL

Lejos del vano mundanal ruido,
tejió en las frondas del jardín su nido.
Le hablaron de ilusión los ruiseñores;
embriagóse del campo en los aromas;
arrullaron sus sueños las palomas,
y le enseñaron a querer las flores.

XLI

Sus negros rizos, en cascada undosa,
la blancura ceñían y la rosa
de su púdica faz, do los sonrojos
formaban como un nimbo a su belleza,
a la que daba una ideal tristeza
la noche luminosa de sus ojos.

XLII

Suscitaba nostalgias celestiales
la eurytmia de sus formas virginales.
Tímida ¡hasta la luz! besó su frente,
y había de su voz en el encanto
algo de trino, de oración y canto,
que adormía las almas dulcemente.

XLIII

De la ciencia de amor, sólo sabía
que toda dicha nos la da María,
y que el amor a su piedad confiado
halla eterna y feliz noche de bodas;
¡y por ello, en su altar lucieron todas
las flores de oro del rosal amado!

XLIV

En ese altar sencillo,
al que el sol de su fe dábele brillo,
estaba su Madona Dolorosa:—
el dulce rostro en lágrimas bañado;
el corazón, de hierros traspasado....
¡Siempre que ella la vió, la vió llorosa!....

XLV

En la vida feliz de la alquería,
era como su sombra la alegría.
Siempre lucía veste nívea y bella,
porque una vez le dije:—La blanca
idealiza a mis ojos la hermosura
de la flor, de la virgen y la estrella.—

XLVI

Tenía un rubio ternezuelo hermano,
del que era su cariño soberano;
y cuando aquél fingíale desvío,
le besaba, mirándome a los ojos,
cual si quisiera así causarme enojos,
dando a ese ángel el beso....que era mío.

XLVII

Juzgando ofrenda que ella codiciaba,
implumes pajarillos le brindaba
de los rapaces la caterva impía.
Cuidaba ella a las aves con anhelo,
y cuando ya les era dable el vuelo
al bien del albedrío las volvía.

XLVIII

Confidente de tímidas zagalas,
las ornaba en las fiestas con sus galas
y las rosas y lirios de su huerto.
¡Era el Ángel de Asís de los aldeanos,
que hallaban caridades en sus manos
y a la piedad su corazón abierto!

XLIX

Placíanle: la siega de trigales;
el deshoje gentil de los maizales;
de las éras la alegre algarabía;
la ruidosa *molienda*, y la besana;
¡y, ante ella, siempre la caterva indiana
duplicaba su esfuerzo y osadía!

L

¡Cómo alegraba la labor casera;
la gira familiar por la pradera,
y la grata irrupción a los frutales,
en la que ella, entre almendros y granados,
tenía, ante mis ojos extasiados,
de Ceres los encantos inmortales!

LI

Ignorante del mundo y sus venturas,
sólo el cáliz del bien le dió dulzuras.
Ni la más leve sombra había nublado
la limpidez de su conciencia en calma,
ni el jardín de azucenas de su alma,
¡y hasta que supo amar.... no había llorado!...

LII

¡Cómo pude encontrarla en mi camino
y unir a mi dolor su amor divino?...
—¡Del ritmo y la pasión la áurea saeta
hirió el estambre de la casta rosa!....
¡Por ley bendita, guarda toda hermosa
su más dulce ilusión para un poeta!....

LIII

La ví una tarde de oro, en *La Florida*,
 aldea entre los riscos escondida.
 Fué para mí la codiciada estrella;
 el bien siempre distante y suspirado;
 la realidad de cuanto había soñado,
 y el corazón me dijo: —¡Ámala! . . . ¡Es Ella!—

LIV

Sin las artes de Amor, a amor ajenas,
 rindióse del ensueño a las cadenas.
 De mi pasión al férvido reclamo,
 en ritmo virginal, cual un murmullo
 que fuése a un tiempo súplica y arrullo,
 toda rubor la faz, díjome: —¡Te amo!—

LV

¡Te amo! . . . ¡Y oírle pude a mi hechicera,
 sin que al punto mi vida concluyera! . . .
 ¡Morir entonces!, ¡cuán gloriosa palma
 hubiese sido para esta alma herida:
 hoy no estuviera en soledad mi vida,
 ni Ella . . . ¡tán lejos!, ni en martirio mi alma!





PRIMAVERA

LVI

Era el dichoso mes: el dulce Mayo,
De su fecundo sol el vivo rayo
teñía de oro y púrpura las flores;
caudas de luz prendía en las colinas,
y atizaba en las almas las divinas
nostalgias del Amor de los Amores.

LVII

La vida en la alquería
era una eterna fiesta de alegría.
La bendición del Cielo suya era:—
las mieses como lagos de verdura;
los huertos y el jardín en hermosura,
¡y nuestro amor en santa primavera!

LVIII

La piedad del hogar, ¡cuán grande entonces!
La familia, al reclamo de los bronces,
al Oratorio próximo acudía,
do en un trono de luces y de rosas,
la Reina de las almas dolorosas,
olvidando sus penas, sonreía.



LIX

Allí alternaban, tardes y mañanas,
las preces y las cántigas cristianas,
que ELLA escuchaba, allá, tras de arreboles....
¡Y cómo allí no bendecir al Cielo,
que a las almas da amor, mieses al suelo,
flores al carmen y al espacio soles!....

LX

De Lucía en los ojos descifraba
la oración de su espíritu: ¡imploraba
que fuéese eterno y grande mi cariño!....
¡Y yo también, a la piedad despierto,
mi voz unía al místico concierto,
con las ternuras de mi fe de niño!....

LXI

—¡Impetrábate, oh! Reina de clemencia:
amparo para el bien de mi existencia;
el dulce amor de mi adorado dueño;
la dicha, en la quietud de la montaña;
la sombra tutelar de una cabaña,
y los himnos dolientes del ensueño!—

LXII

¡Recuerdos que el dolor ha consagrado!
Ella, tierna y feliz, siempre a mi lado,
nutría de esperanzas mi alegría.
Jamás las glorias del amor bendijo:
¡porque nunca su labio me lo dijo,
supe que su alma cándida era mía!....

LXIII

Las tardes; cabe límpidos arroyos,
debajo de floridos chirimoyos,
leñale María y Graciela;
¡y cómo suspendía la lectura,
cuando asomaba, en llanto, la ternura
a sus tímidos ojos de gacela!

LXIV

O ya, a la margen del tremante lago,
de las brisas del valle al tibio halago,
le hablaba de la dicha y del ensueño,
de las noches de amor en la alquería,
y, suspirando, triste, me decía:
—¡Así será la dicha con que sueño?—



LXV

Una vez, ví en la linfa tembladora,
como un sol, su belleza seductora,
y le imploré:—De esa agua en que escintila
tu imagen, da a mi labio la dulzura;
¡beberé en ella luz de tu hermosura
para apagar la sed que me aniquila!—

LXVI

Y en su diestra, cual copa de alabastro,
recogió esa agua, llanto de algún astro,
y a la codicia la ofreció de mi alma;
y cuando la agotó mi sed ardiente,
¡oprimieron mis labios dulcemente,
en un beso sin fin, su nívea palma!....

LXVII

Solía, del jardín tras los rosales,
y en el campo, en los áureos retamales
ocultarse—¡inocente devaneo!—,
por asustarme, al paso, con un grito;
¡y cuál reía, oh! Dios, mi ángel bendito
cuando colmaba su infantil deseo!

LXVIII

La divisé una vez; fingí no verla,
para frustrar su intento y sorprenderla.
Cogí las flores de una rama hermosa;
lleguéme cerca de ella, cautamente,
¡y, dando el grito yo, lancé a su frente
una lluvia de pétalos de rosa!

LXIX

Dió un salto de gacela sorprendida,
y miróme entre airada y afligida.
¡Qué gozo al verla así, por vez primera,
esquiva, toda trémula y turbada,
con su divina juventud trocada
en florido rosal de primavera!....

LXX

Fué siempre su pasión digna del Cielo,
 a do, por ley fatal, tendía el vuelo....
 Adoraba la santa Poesía,
 y en fulgores de gloria me inundaba
 cuando su labio virginal cantaba
 los tristes himnos de la lira mía....

LXXI

En veces, sin tener penas ni enojos,
 colmábanse de lágrimas sus ojos....
 Y yo le interrogaba:—¿Qué te hierde?
 ¿Qué secreto tu amor guarda escondido?.....
 —¡Es nada!—me decía en un gemido—:
 ¡Así es el corazón...cuando se quiere!....

LXXII

¿Qué cruel presentimiento
 nublaba el cielo azul de su contento?....
 —¡En la dulce estación, era, oh! Dios mío,
 la ráfaga primer del rudo otoño,
 que ensañase en la gema y el retoño,
 y del cáliz gentil vierte el rocío!....





PRESAGIOS

LXXIII

En plenitud, mi amor resplandecía,
y un secreto dolor me entristecía!.....
¡Ya no era mi existir lago sereno,
sino mar, de las trombas en espera!.....
¡Deidad celosa derramaba, artera,
en mi cáliz de luz, letal veneno!....

LXXIV

¡Cuán honda la inquietud de mi conciencia!
Sentía del Ensueño la dolencia:
me asediaba doquier visión divina,
brindándome su amor y arcanas glorias,
y, al pensar en las dichas ilusorias,
la ventura real me era mezquina!....

LXXV

Al tender al futuro la mirada,
contemplaba una estepa desolada,
y, entre un nimbo brumal, mirábala a Ella,
exangüe y dolorida,
plañendo los martirios de una vida
sin amor, con acentos de querella....

LXXVI

Y pensaba: La dicha más hermosa
es cual una irisada mariposa,
bella....para el afán que no la alcanza;
pues cuando se ^{ca}utiva su tesoro,
de sus alas se esfuma el polvo de oro,
y en dolor se convierte la esperanza.....

LXXVII

--Ay! Lucía, mi trágica locura
colmó tu dulce vida de amargura!....
¡Esquivé de tu aurora los reflejos,
herí de tu ilusión la flor temprana!....
—¡Es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca; azul de lejos!....

LXXVIII

En mi ansiedad—¡perdón, luz de mi vida!—
soñé mirarla por la muerte herida,
a que su amor, en sueño convertido,
viviese en perdurable primavera,
y a que en mi mente su beldad tuviera
el encanto inmortal del bien perdido....!

LXXIX

Una tarde, del lago en las orillas,
de palidez cubiertas las mejillas,
me dijo, con acento de reproche:
—Contempla: ese fulgor como de aurora
va a morir en la sombra aterradora....
¡Yo soy aquella luz; y tú, la noche!....—

LXXX

La última luz doraba el horizonte
y resplandor lunar plateaba el monte:
irieló púrpura y nieve la laguna,
y coronaron de mi amor la frente
las caléndulas de oro del poniente
y los lirios de argento de la luna!....

LXXXI

—¡Quiero una dicha, cual mi ensueño, bella!—
exclamé.—¡Si el Amor fuera una estrella,
una ilusión no más; si nunca fuese
propicio de las almas al delirio,
como a las quejas de la fuente el lirio;
si al llamarle, jamás nos respondiese:

LXXXII

Sería menos cruel el mal que lloro,
y más grande el amor con que te adoro....!
Lo distante, lo que huye nos encanta....
Cautiva, la ventura que se anhela,
es triste filomela
que sueña en otro edén... ¡y que no canta!....

LXXXIII

Gozar de excelso bien, mi amor ansía,
 en un bosque de luz, todo armonía,
 donde esplendan, perennes, las auroras,
 do no siga al placer la desventura
 y canten nuestra idílica ventura,
 cual un coro de Oceánides, las Horas!—

LXXXIV

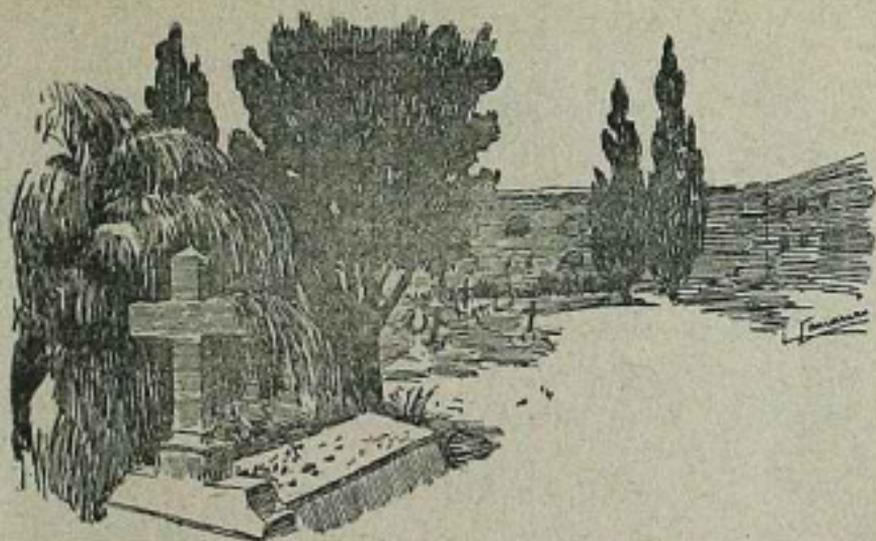
¿Qué podía saber de aquella extraña
 pasión,—Ella, la flor de la montaña?
 —Ah!, sí, pudo saber que ya el encanto
 de nuestro amor y nuestra gloria, huía,
 y mi inclemencia insana maldecía
 en el idioma seductor del llanto....!

LXXXV

¡Jamás como en esa hora de martirio
 herí su corazón con mi delirio!....
 Al ver su hermosa faz humedecida
 por un raudal de lágrimas callado,
 ¡con qué inmenso placer no hubiese dado,
 por su bien y su paz, toda mi vida!....

LXXXVI

Contra mi pecho, la estreché anhelante,
 y díjele, cuitado y suplicante:—
 ¡Que nos consuele, amor, la Poesía;
 erjague su ternura nuestro llanto:
 oye, Lucía, de Musset el Canto
 a su inmortal amada....y a la mía:—



LXXXVII

*Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera.
Amo su dulce, pálida verdura;
de sus frondas el manto funerario,
y en mi lecho de tierra solitario
propicia me será su sombra oscura.

LXXXVIII

Una noche estival, tranquila y bella,
estábamos los dos. Al lado de Ella
me senté. Sobre el piano, su alba frente
inclinó triste, y al marfil sonoro
su blanca mano hirió, y acordes de oro
poblaron de armonías el ambiente.

LXXXIX

La música gemía sollozante,
como brisa distante
que, pausada, los árboles floridos
moviese al ritmo de apacibles ondas,
cual si temiese, en las silentes frondas,
despertar a los pájaros dormidos.

XC

De la plácida noche la dulzura
sutil, disuelta en la fragancia pura
de las flores, las almas embriagaba.
Dulcemente, los álamos umbrosos
movían los ramajes quejumbrosos,
y el nocturno silencio nos cantaba!

XCI

Por los altos postigos entreabiertos,
traía el aura efluvios de los huertos.
El viento estaba mudo; en las praderas
todo, en quietud y en soledad, dormía;
y en nuestros corazones esplendía
la aurora de las quince primaveras!

XCII

A Lucía miré, pálida y bella—
no era más gaya la primer estrella!
—Su faz arrebolaban los sonrojos;
miró los astros con doliente anhelo,
y, mejor que las aguas, copió al cielo
el azul fulgurante de sus ojos!

XCIII

¡Iluminó mi vida su hermosura!
La amaba a ella lo más, con pasión pura
y—como ensueño virginal—serena.
¡Con qué santa ternura la quería!
Amarla como a hermana presumía:
¡era tan dulce, tan hermosa y buena!

XCIV

En silencio, mis manos ardorosas
oprimieron las tuyas temblorosas.
Los blancos sueños de su vida en calma
ví pasar de sus ojos por el cielo,
¡y aprendí cómo alivia nuestro duelo
la primavera del amor y el alma!....

XCV

Brilló la Luna sobre la alta cumbre
y a Ella envolvióla en un cendal de lumbre.
Y víla presa de ansiedad doliente;
volvió a mirar los ámbitos sombríos;
luego, copiándose en los ojos míos,
con angélica voz, cantó sonriente.

XCVI

—¡Armonía, Armonía!....Hija sagrada
del Dolor y el Ensueño, codiciada
por el Amor. El Numen, generoso,
te ofrendó a Italia, a donde descendiera
de la celeste esfera
por cantar en su idioma melodioso.

XCVII

Eres el santo placentero idioma
 del ruiseñor, del aura y la paloma,
 que las deidades al mortal ofrendan;
 único que de amor muestra los cielos,
 «sin desgarrar sus velos
 ni exponerlo a miradas que le ofendan».

XCVIII

Nadie comprende lo que siente y dice
 púdica virgen que al amor bendice
 de tu voz en los trenos seductores
 y arcanos, cual los ángeles que adoran
 su tierno corazón, en donde lloran
 del Ensueño los tristes ruiseñores.

XCIX

Contemplar sólo pueden nuestros ojos
 sus lágrimas, encantos y sonrojos;
 lo demás queda oculto en las entrañas,
 en la Castalia azul del sentimiento,
 cual en lo ignoto, el cántico del viento,
 de las olas, la noche y las montañas....

C

—Miré a Lucía.... De su voz los sonos
 estremecían nuestros corazones....
 Sobre mi pecho, la gentil cabeza
 inclinó sollozando..... ¿Qué sentía?
 ¿La aflicción de Desdémona la hería,
 o de Olvido el presagio y la tristeza?....

CI

Dejó, serena, que en su labio frío
dé un beso a su dolor el labio mío.....
—Pálida, triste, virginal y hermosa,
oh! de mi alba de amor cándida estrella,
cuál te adoró mi amor la noche aquella,
días después, llevarónte a la fosa!....

CII

¡Y allí—¡crueldad del Cielo!—pude verte
sin que me hiera con tu adiós la Muerte!....
Suave caricia de fulgor de Luna,
dulce como tu vida y casto ensueño,
fué, flor fugaz, tu postrimer beleño,
y devuelta a tu Dios fuiste en la cuna....

CIII

—Santo hogar de mi bien, cielos de armiño,
trovas, sueños de amor, risas del niño,
y tú, gentil, desconocido encanto,
a cuyo influjo el corazón palpita,
y tembló Fausto al ver a Margarita,—
¡ya, en vez de mi ilusión, tenéis mi llanto!....

CIV

—¡Paz, paz profunda a tu alma y tu memoria,
Lucía, flor de mi llorada gloria!....
¡Ya nunca más tu alabastrina mano
revolará sobre el marfil sonoro,
poblando el aire de cadencias de oro
en las diáfanas noches de verano!....

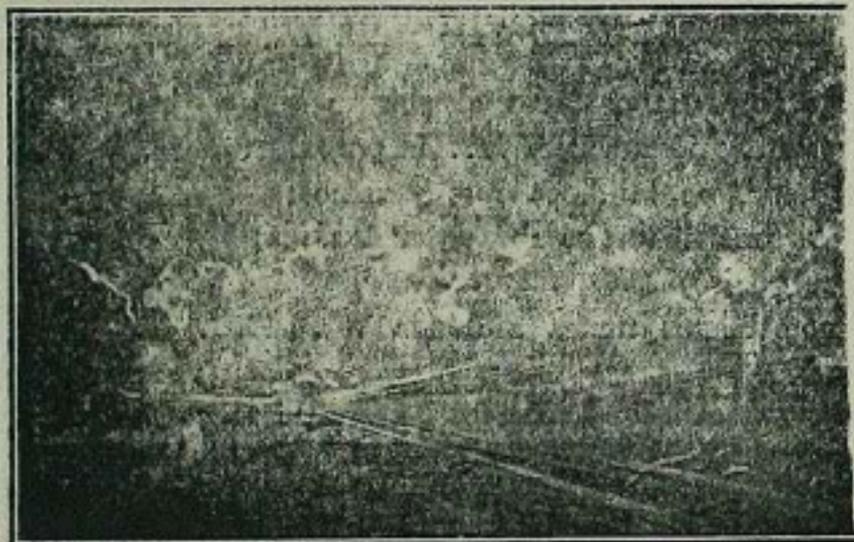
CV

Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera,
Amo su dulce, pálida verdura;
de sus frondas el manto funerario,
y en mi lecho de tierra solitario
propicia me será su sombra oscura». (*)

(*) A fin de que guarde mayor armonía con la índole de nuestro Poema, no hemos traducido, sino parafraseado, quizá muy libremente, la admirable "LUCIA" de Alfredo de Musset. Para ello nos ha servido de auxiliar—en pequeña parte, por cierto—la buena versión en romance heroico, debida al ilustre Florente.

N. de: A.





EL VESTIGLO

CVI

¿Qué debemos, oh! Siglo, a tus grandezas?
Tu vana luz no ahuyenta las tristezas;
es un ensueño de opio la ventura
que brindas a las almas que padecen,
y cuanto más tus pompas resplandecen
la noche del dolor es más oscura....

CVII

En pos de ignotos rumbos, se despeña
la Ciencia....¡y nada enseña!;
llora el Arte el dolor de lo finito
y tras mentida luz nos precipita,
¡y hasta la Fe bendita
nos agrava las almas de infinito!....

CVIII

Llevamos en nosotros el abismo
 que persiguió a Pascal.... Un paroxismo
 del dolor, es la dicha que gozamos;
 la existencia, una sombra atormentada;
 el amor, la *pasión imprecisada*,
 ¡y no sabemos nunca a dónde vamos!....

CIX

Desgarra las conciencias la Anarquía
 moral. La Fantasía,
 ciega y audaz y sin gobierno, trepa,
 por agrias cimas, a región oscura,
 y nos lleva a través de la espesura
 como el corcel que destrozó a Mazzepa.

CX

Viendo todo, en redor, sombrío y vano,
 perseguimos un bien, siempre lejano—
 ¡el bien que nunca puede hallar el hombre!
 —y en ansia cruel y delirar profundo,
 forjámonos un mundo,
 que tiene del real tan sólo el nombre....

CXI

Oh! fatal extravío!

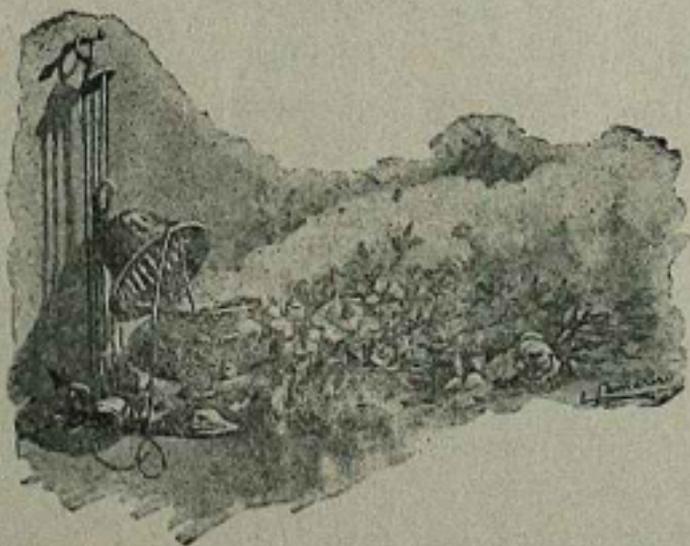
¡Esquivando las penas y el hastío,
 cruzamos el vivir, siempre de prisa,
 y los frutos de Dios, santos y buenos,
 desdeñamos, por ir tras los venenos,
 de fúlgidas manzanas....de ceniza!....

CXII

¡Cuán fatalmente hiere a la Ventura
el tósigo sutil de la cultura!...
La dicha es flor de la conciencia sana
que en gozar lo imposible no se empeña:
¡para el que sólo con la dicha sueña,
la ventura posible...siempre es vana!...

CXIII

--¡Era tu mal, mi mal, oh! insano Siglo:
la moral inquietud!—¡voraz vestiglo,
que las almas devora;
las gardenias de Amor mata en capullo;
trueca en lamento fúnebre el arrullo,
y enluta con sus sombras toda aurora...!





EXILIO

CXIV

¿Qué pudo Ella saber de mi martirio?
—Del jardín de los cielos albo lirio,
inocente y feliz, sólo sabía
la ciencia de la rosa y la azucena:
¡ser hermosa, ser buena,
y perfumar la mano que la hería!....

CXV

Por un resto de amor y de clemencia,
no destrocé de un golpe su existencia:
sólo alejéme a una región soñada,
dejándola cual huérfana paloma:
¡de ella huí, cual la noche, cuando asoma
en su cuadriga de oro la Alborada!....

CXVI

Fuíme a la vasta selva primitiva,
de la Hermosura, celestial cautiva,
se aduerme bajo el palio de las frondas,
en tálamo de flores,
al arrullo de alegres ruiseñores,
y al himno majestuoso de las ondas.

CXVII

De aquellos bosques plácidos en medio,
soñé encontrar a mi dolor remedio,
hermanando mis penas matadoras
a la paz de la gran Naturaleza;
¡viendo radiar en mi alma su belleza,
como en la noche una irrupción de auroras!

CXVIII

El alma siempre a la aflicción despierta,
como René, vagaba en la desierta
selva, ajeno a sus pompas y su encanto....
¡Qué de veces mi queja desgarrada
turbó del bosque la quietud sagrada,
y recogió la Soledad mi llanto!....

CXIX

No hallan su paz las almas dolorosas
en la quietud sin alma de las cosas....
Nada colmaba mi interior abismo
y, en mi insólita angustia, comprendía,
que, para huír de mi dolor, debía....
¡huírme de mí mismo!....

CXX

Me era el bosque un inmenso cementerio;
 un presagio de muerte su misterio;
 una elegía el himno que entonaba;
 su paz, la paz funérea del Calvario;
 y su beldad, un fúlgido sudario
 sobre mi corazón que agonizaba....

CXXI

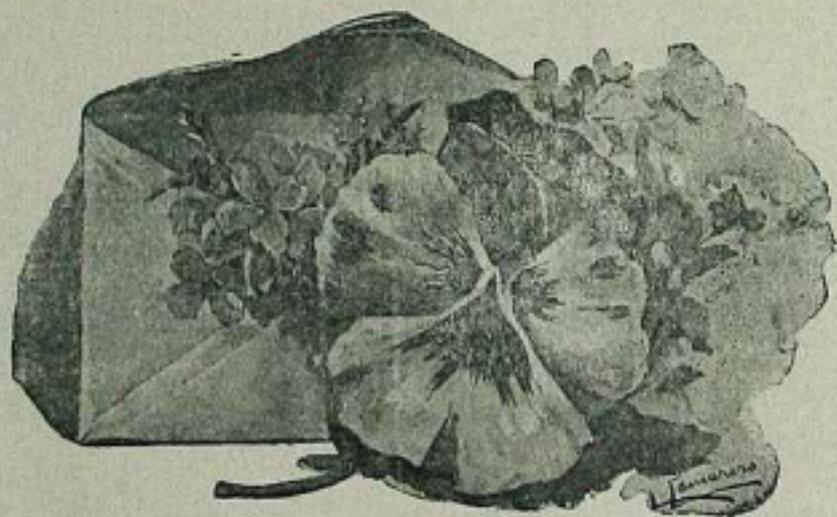
Cruzó entonces la noche de mi vida,
 como un meteoro, la ilusión perdida....
 ¡Y soñé delirante en los reflejos
 de aquella estrella de mi amor lejana!....
 ¡Es como el aire la ventura humana:
 invisible de cerca, azul de lejos!....

CXXII

La ausente luz iluminó mi cielo
 con un albor de paz y de consuelo.
 Sosegóse el turbión de mi amargura,
 ¡y comprendí que hay dichas con dolores,
 más dignas del amor, que los amores
 sin aflicción, de la ideal ventura!....

CXXIII

Su carta entonces me llegó—¡sentida
 queja, oración, lamento y despedida!—
 ¡Lloraba en ella un corazón herido!
 De su alma, en cada signo, hallé un encanto:
 una gota de llanto,
 y de su pecho un virginal latido:



CXXIV

—«Desde que ausente estás, vivo muy triste,
porque me habla de olvido cuanto existe:
el lago azul, a mis ensueños grato;
el huerto, el valle, el río, la alquería....
¡Y a veces, cual la infausta *Rosalía*
del Poema, te digo: ingrato! ingrato!....

CXXV

¿Cómo el amor olvidá lo que adora?....
—Dímelo tú, que sabes lo que ignora
mi alma.... Creía yo que el sentimiento
es siempre viva de las almas buenas;
que quien nos ama, nunca nos da penas,
y que el amor jamás es un tormento....

CXXVI

Ah! si me vieras!... De mi faz llorosa
 ha huído del Abril la tibia rosa;
 con la luz de tu amor, la de mis ojos
 y la de mi alma, hasta tu adiós, serena....
 ¡Imagino que soy una azucena
 olvidada en un búcaro de abrojos!....

CXXVII

Por donde voy, tu sombra me persigue,
 y nunca mi dolor quietud consigue....
 Demando al Cielo mi ilusión perdida,
 ¡y ya el Cielo a mis súplicas no accede!....
 Ay!, ¡cuán tarde!, comprendo que se puede,
 a fuerza de llorar, matar la vida!....

CXXVIII

Se ha trocado mi edén en vasto yermo;
 mi rosal, cual mis dichas, está enfermo:
 ¡ya no me ofrenda sus corolas de oro
 para el altar de mi gentil Madona,
 que acaso, compasiva, te perdona
 cada vez que a sus plantas por tí lloro!....

CXXIX

La vida, de mi espíritu se aleja,
 como el raudal que en el confín se queja....
 No aspiro a ningún bien; ya nada quiero....
 ¡Torna al nido vacío,
 ya que no por amor, dulce amor mío,
 siquiera por piedad!... ¡Sálvame o muero!>

CXXX

— ¡Sentí todo el horror de mi locura;
codicié, como nunca, mi ventura,
y alejéme del bosque en rauda huida,
sintiendo no ir, como Mazzepa, atado
a bridón desbocado,
y en girones al monte dar mi vida!....





CXXXI

¡Torné, ¡cuán tarde!, al nido abandonado!....
Todo hallé en él doliente y enlutado:
cual palio inmenso de crespón, el cielo;
solitarias y mudas las praderas;
las brisas sollozando plañideras,
y en mi pensil de amor, flores de duelo!....

CXXXII

De los cercanos árboles, los vientos
arrancaban rugidos y lamentos;
en el jardín, las linfas temblorosas
plañían en murmurios funerales,
y en ramas otoñales,
silentes, deshojábanse las rosas....

CXXXIII

¡Y allí, en el fondo de una estancia oscura,
también la flor de mi alma y mi ventura
se deshojaba al soplo de la Muerte!....

—¡Rosa de luz del yermo de la vida,
por la inclemencia de mi amor herida,
ay! cómo, sin morir, pude perderte?....—

CXXXIV

La hallé en el lecho del dolor, ¡aún bella!,
cual en cielo otoñal pálida estrella.—

¡Y no me heriste entonces, oh! Extravía!
—¡Pudo aún sonreírme dulcemente,
y fuéme su sonrisa más doliente
y más cruel que una lágrima, Dios mío!....

CXXXV

Ví en su faz esa albura dolorosa
que recuerda lo blanco de la losa....
¡No era ya de la tierra su hermosura!
De aquella primavera en los despojos,
¡sólo vivían los fulgentes ojos,
donde hallaba mi amor su *noche oscura!*....

CXXXVI

¡Con qué ruda ansiedad batallé, oh! Muerte,
por robarla a tus brazos, y vencerte!
¡Fué en vano!.... La Justicia soberana,
por herirme, llevósela a su Cielo,
¡a que tuviera mi demente anhelo
una ilusión azul....siempre lejana!....

CXXXVII

Ví, junto a ella, dolores y extravíos
más grandes y profundos que los míos....
¡Con qué aflicción y espanto
la madre de su amor la contemplaba;
para llorar su adiós, no le bastaba
toda su sangre convertida en llanto!....

CXXXVIII

Su anciano padre, en actitud serena,
se entregaba al embate de la pena....
¡Qué horribles son las cuitas silenciosas!
De hinojos, ante un Cristo agonizante,
oraba sollozante,
con la faz en las manos temblorosas ...

CXXXIX

¡El angelillo blanco era un tormento!
Presentábase allí cada momento
a llamar a su hermana con gemidos;
cual dos alas, los brazos le tendía,
¡y, como no le oía,
estallaba en agudos alaridos!....

CXL

Cual despertando de medroso sueño,
ví todo en mi redor, con loco empeño....
¡Cuán tétrica la estancia funeraria
donde hiera la Muerte a un sér amado;
no es más oscuro y frío y desolado
el fondo de una huesa solitaria!....

CXLI

Ante la santa imagen de María,
cual gota de oro, débil luz ardía;
y saturaban el ambiente oscuro
las extrañas fragancias
que difunden las luces en estancias
donde arden sin cesar, en aire impuro....

CXLII

Todas las faces lívidas, llorosas;
las plantas cautelosas;
algún hondo gemido sofocado;
luego el silencio, la angustiosa calma;
¡el silencio!.... ¡escuchando dentro el alma
rugir un mar airado....!

CXLIII

¡Sentí esa cruel necesidad de llanto
que es un nuevo dolor en el quebranto!....
¡Quise lanzarme en rápida carrera,
y la noche llenar con mis clamores,
y, sin rumbo, cruzar valles y alcores,
gritándole a la muerte que me hiera!....

CXLIV

Alcé la vista al estrellado cielo,
no en demanda de paz y de consuelo,
sino por ver abrirse su áurea puerta
y dar salida a un coro de querubes,
a que conduzcan en sitial de nubes
el alma luminosa de mi muerta....



CXLV

La ví después, en tálamo de lirios,
al inquieto fulgor de blancos cirios,
envuelta en un azul y níveo velo—
¡tu veste sideral, oh! Inmaculada!:
—¡visión de luz de luna, rebujada
en un girón de matutino cielo!

CXLVI

En el lecho postrer de sus dolores,
del huérfano jardín regué las flores;
y al mirar sus bellezas, ya divinas,
de tanta nívea flor entre el encanto,
¡creí ver del de Asís el cuerpo santo
«con el sudario de albas golondrinas!»

CXLVII

—¡Al lucir el albor de mi ventura,
reinó en mi alma, oh! Dolor, tu noche oscura!....
—Doy en vano a los Cielos mi querella:
¡no escucha mi clamor el bien ausente
en la estrella doliente,
que, desde que Ella huyó, más luz destella!....



CXLVIII

En su gris camposanto, *La Florida*,
entre espliegos en flor, guarda escondida
la dicha que mi espíritu soñara....

Leí: *Lucía*, en solitaria losa,
do se inclinaba una silvestre rosa,
cual si tan dulce nombre la llamara....

CXLIX

—¡Duerme en paz, oh! mi dueño:
mi *ruiseñor azul* vela tu sueño!....
Sin matarme, mi amor pudo perderte,
y agostar el jardín de tu existencia;
mas ya, desde tu adiós y eterna ausencia,
ño tengo más amor que el de la Muerte!....



A MI PATRIA

EN LA TRAGICA MUERTE DE SUS TIRANOS

Remigio Tamariz Crespo

POEMA

Cuenca, Julio de 1912.

Tip. "Almiza".

Al que me o am
y sentimental pro
to, Sr. Sr. Du. Pie
do Miróquez 76.
su opus.

P. Yamasie

A MI PATRIA

EN LA TRAGICA MUERTE DE SUS TIRANOS

¡ Estéril ilusión fue mi esperanza !
En éxtasis de amor, soñé que un día
tu lustre y nombre, oh ! Patria, cantaría,
y con el lauro que la lira alcanza
tu majestuosa frente ceñiría.
Rebelde el Numen, inmutable el Cielo,
desdeñan de mi súplica el gemido,
y no hallo el ritmo que fingió mi anhelo,
y estinguese mi voz en el olvido.....
Tu honor y hazañas al cenit levanten
liras felices, que tus glorias canten:
¡ yo estoy aquí, para llorar tus penas,
posar mi labio en tu sangrienta herida
y oprimir contra el pecho tus cadenas !
¡ Yo estoy aquí, para execrar airado
de tu nuevo verdugo el extravío:
el odio que legisla en el tumulto;
la saña vil del populacho estulto..... !
Que no hizo nunca a las maldades coro
esta alma soñadora,
que hoy la inclemencia de tus Hados llora:
altiva ante el Poder, digna ante el oro
y muda en el *injusto regocijo*,
para oponerse al Vencedor protervo,
a la Justicia demandó su verbo,
su rayo a la Verdad, y aunque impotente
para rendir su imperio, ¡ le maldijo !

¿En dónde están los bárbaros señores
que orgullosos, ayer, a Dios retaron,
al patriotismo y a la fe vencieron,
libertades y leyes conculcaron,
dieron a la maldad timbres y honores,
sangre inocente por doquier vertieron
y, sordos de la Patria a los clamores,
de la Patria en el llanto se embriagaron
y a la coyunda del Terror la ataron....?
¡Los insensatos, cuya alevé diestra
volvió contra la Patria los aceros
que ella confió al honor de sus guerreros,
y en menguada palestra,
que purpuraron nobles corazones,
batieron de la Ley a las legiones
y rodaron a su ímpetu vencidos!
¡Grandes sus culpas fueron! ¿sus maldades
extremarían la sanción severa
que por tantos errores e impiedades
el extraviado Pueblo mereciera?
El Pueblo que, afrentando su decoro,
huyó los rumbos del Señor, un día,
de la Fe prefiriendo al yugo de oro
de la Impiedad el tenebroso imperio,
y-¡condigno castigo a su osadía!
abatió su grandeza al cautiverio,
selló el grillete con su propia mano,
insultó a Dios y proclamó al Tirano....

Y, en luengos lustros de abyección y duelo,
vió la Patria sus pompas disiparse;
la Justicia y la Ley vilipendiadas,
del egoísmo y la ambición aliadas,
y en sangriento lagar, su estéril suelo,
tras pavorosa lid, miró trocarse....
Y vió la Cruz de blanco de la Espada;

a Bruto y Casio, compartiendo el solio;
al Invasor, cabe el sagrado muro,
y a Manlio, en el desierto Capitolio,
indiferente al salvador conjuro.....

Y vió caer la flor de sus patriotas,
su juventud preclara,
ya entre el fragor de fraticidas rotas,
ya a los embates de asesino encono.....

¡Y en vano fue que su desliz llorara
y al ofendido Juez piedad clamara!
¿Toda plegaria ascenderá a su trono?....

¡No puede el Cielo prodigar perdones!
Dióle al mortal los necesarios dones
a que en el tiempo su misión cumpliera
y, al mal venciendo en pertinaz combate,
señoreáse su nada lo infinito.....

El dolor es el fruto del delito,
y desdichado, sólo el que se abate
de las pasiones a merced. Quién gime
cuando las zarzas que sembró le hieren,
exige al inmutable Soberano
que ayes tardíos su mandato alteren
y que por norma su justicia tenga
la insana voz del albedrío humano....

Mas, de tu Dios, oh! Patria, llegó la hora,
la hora en que son corderos las panteras
y se vuelven plegarias los rugidos,
no porque ya tu expiación cumplieras,
oh! Nación pecadora,
que no basta a tus culpas un Calvario,
sino porque del Cielo las piedades
colmó la iniquidad de tu Sicario.

¿Y que fue del Impio y su ardimiento?

—Señor, sobre su frente amontonaste,
preñadas de furor, las tempestades;

con tu sagrado aliento,
sus tercios, como briznas, aventaste,
confundiste en el polvo su soberbia,
y, cual a la hoja, centellante pira
que en sus entrañas encadena al viento,
su infernal poderío y su protervia
devoró en un momento
la tremenda voráGINE de tu ira!....

Oh! Poder, oh! Grandezas de la tierra,
¿qué sois? de vuestro imperio ¿qué perdura?

¡Pirámides de cieno
que orgullosa levanta la Locura,
al borde del abismo!.....

La nada es el nivel de lo terreno.
Se da al olvido, hiriéndose así mismo,
el que cifra su fin en el renombre,
porque a los Cielos tienta
cuando alterar intenta
la humana condición, eternizando
la vanidad del hombre.

¡No llega á Dios el brillo de la arcilla!
¡y sólo es grande el que ante Dios se humilla!

Y vedlos ya, vencidos, aherrojados,
a los que ayer, omnímodos señores,
doquier tuvieron súbditos postrados,
y palmas y loores...
Miradles.....y aprended!

La sangre ha huído
del mustio rostro, en lividez teñido;
y a mirar en su torno no se atreven,
¡qué los que ayer rindieron al tormento
son hoy sus vencedores!

Y, entre el motín que asédiales violento,
en balde buscan una faz amiga,

la voz fraterna, que el dolor mitiga:
¡hallan doquier centellas y rugidos!

Aplaca, oh! muchedumbre, la tormenta
del odio y los rencores inhumanos:
heroica, ¿insultarás a los vencidos?
creyente, ¿inmolarás a tus hermanos?
La sangre mancha; el menosprecio afrenta:
¡desdénales! La pena desmedida
torna la Ley en hacha fratricida,
el cadalso en Calvario,
al juez en victimario
y en mártir vengador, al delincuente....
Por piedad, ¡no les hiera tu delirio!
¡vas a trocar el cieno de su frente
por la inmortal aureola del martirio!

Mas, ¿quién a compasión movió a la hiena?
¿quién el ímpetu enfrena
de la humana pasión, si se abandona
a merced del instinto y del pecado?
¡No oye a Dios el malvado!
¡El Crimen no perdona!

Ved a la turba!.... Con feroz alarde,
al que inerme la implora, desafía!
¡Y ayer, ante él, postrábase cobarde!
¡y ayer, ante él, amedrentada huía!....
De hoy más, a su valor, pródigo en glorias,
no le darán por timbre en las historias
el nombre del Monarca de las fieras,
que, cual ella, combaten las panteras
y celebran los tigres sus victorias....

¿Qué inmenso vocerío
cunde del aire en la región serena,
ruge en los valles y en las cumbres truena

y atribula y espanta,
cual si hostil poderío,
en colosal acento,
fundiese de Luzbel en la garganta
todas las voces de la mar y el viento?
¿Qué infernal muchedumbre,
cabe la invicta y redentora Cumbre, (*)
—cual si por Dios herida
fuese la Apocalíptica serpiente—
rebrama enfurecida,
yérguese, ondula, se contrae y ata,
retuércese furente
y en monstruosas espiras se dilata?
Del vecino volcán, se precipita
alud de llamas y encendidas rocas
por sobre el haz de la ciudad maldita?
¿Por esto, sus culpables moradores,
buscando a su terror sitio seguro,
trepan el alto y pavoroso muro
de la Mansión del Crimen? (**)

—El impuro,
tal, al rugir de la ira vengadora,
despavorido huyó de la llanura,
cuando, sobre la tierra pecadora,
vació Jehová los mares de la altura....
—¿Qué deidades siniestras son aquellas
que la urbe corren con tonante rüido,
tras sí dejando en el pasmado suelo
de llanto y sangre perdurables huellas?
¿Las Furias han huido
de la Región arcana,
dó aún más acerban del precito el duelo,

(*) El histórico Pichincha.

(**) El Panóptico de la Capital, cuyas murallas escaló
la muchedumbre para llevar a cabo sus lamentables exesos....

y con la faz surcada de centellas,
y crinadas de sierpes,
halando van, en loca caravana,
lívidos restos, de apariencia humana?
¿Retornan los paganos sacrificios?
¿de la impúdica Roma, los suplicios?
¿Vuelven a ser altares las hogueras,
dó se prodigan a deidad menguada
estéril llanto, quejas lastimeras
y el acre olor de sangre calcinada?....

Vuela, oh ! Musa, del Arno a las riberas,
a la tumba donde ora el Florentino
y se aduermen cantando las edades;
do la Fama y del Pindo las deidades,
ceñidas de crespón las arpas mudas,
la yerta losa aprisionando, lloran
y el cruel adios deploran
del Mortal peregrino,
que hizo eterna la flor de los laureles:
¡ único del que fueron siervas fieles;
después de Dios, el único *divino* !
Y, uniendo tu gemir al sacro coro,
tu llanto ablande la mortuoria roca,
y a la alta Sombra reverente evoca:
¡ Sólo aquel magno Espíritu sonoro
que con sus alas abarcó lo eterno,
volcó los antros, y en acordes de oro,
sobre los siglos, arrojó el Averno !
¡ Sólo él, que al par sublima y enajena,
puede pintar las negras gemonías,
la fatídica escena
pavor y afrenta de mi patrio suelo;
y refundiendo en infinito duelo
las que él creó, supremas agonías,
dar al culpable merecida pena !....

¡Cáin, Cáin, venciste!
¿qué has hecho de tu hermano?
Ya contra tí no moverá su mano;
ya no le temes.... ¡mas tu Juez existe!
Y ruges: ¡Soy el Pueblo, la Justicia!
¡y sacrílego a Dios tu labio nombra!
¡Do está el rayo, que no hunde tu estulticia
en el horror de la infinita sombra!
¡Justicia!-¿alguna vez la tuvo el odio?
¿Cuándo el rencor castiga,
y Euménides, fue Astrea?
-La Justicia es severa, no enemiga;
jamás a la sanción junta el oprobio;
no hiere sin juzgar; nunca se embriaga
en la sangre que humea....
Si reprimir al mal puede el perverso
y ajenas culpas de la propia eximen,
¿a qué la Ley que rige al universo?
El Mal, trocado en juez, supera al crimen.

¡El Pueblo!-por la paz, va al sacrificio;
odia la sangre y aborrece el vicio,
y, de la interna ley rendido al yugo,
al Deber sacrifica la existencia,
y fiel a la conciencia
víctima puede ser, nunca verdugo....
El Pueblo, ama a la Patria, no la hiere;
el Pueblo, la sustenta y la redime,
y antes verla prefiere
de espinas coronada,
que no de lauros que fecunda el cieno....
Y si protervo déspota le oprime,
heroico como bueno,
en liza abierta y en hidalga hazaña,
el rayo de sus cóleras fulmina:

¡ qué el Pueblo lucha, pero no se ensaña !
¡ el Pueblo triunfa, pero no asesina !

¡ Y es tal el Pueblo de mi Patria !

Esa horda

que cual fangoso río se desborda,
inunda el Capitolio,
mancilla en cieno el profanado solio
y en las yermas Ciudades
el pendón del escándalo pasea,
la Ley trocando en neroniana tea:
¡ no ! no es el Pueblo !—¡ es la feroz canalla !
¡ engendro vil de la arrogancia atea ! (*)
Y su insano furor, no es la Justicia,
es el salvaje instinto, la impudicia,
«que hasta el cadalso infaman»,
la Autoridad anulan y el Derecho,
y cual las hienas, en cobarde asecho,
al deshonor, sus víctimas reclaman....

¡ Y no te cubres de ignominia y luto !
Como el estoico Scévola, ¡ tu mano,
tu ensangrentada mano, no incineras,
oh ! Turba !—¡ El Despotismo fue tu fruto,
tu corrupción nutrióle en su veneno,
y, al destrozarle, como el dios pagano,
has devorado el fruto de tu seno !...

Mas, ¿ por qué execro esta inhumana pira,
y en gritos de dolor rompe mi lira ?
¿ No aborrecí, cual nadie, al delincuente ?
¿ para él, al Cielo, no impetré castigos ?
¡ y ora su muerte y su sanción deploro !
Sea !—lo impone el corazón creyente:

(*) «Brutal engendro de la ciencia atea»

les maldije, tiranos y enemigos,
y víctimas, les lloro!....

Mas ay!, Musa, silencio!..¿Quién comprende
los arcanos designios del Eterno?

¿Cómo su augusta omnipotencia extiende,
en lo humano y finito, su gobierno?

Dios, impassible, a seres y naciones,

¿mira hundirse o salvarse?

¿Un fin providencial les tiene dado?

¿del pueden apartarles las pasiones,

u otro, su libertad, puede forjarse?

Del poder increado

el mandato inmutable, y nuestra vida

¿no pugnan, porque marchan paralelos?

y si en el fin mortal deben hallarse,

cuando vamos en contra de los Cielos,

¿triumfa Dios o el hombre?....

Cuanto ha sido,

es, y será, ¿por Dios es conocido?

¿y ello tiene que ser? o, de otro modo,

¿lo que en el tiempo no será—la nada—

conociera?...¿Distinto es en el todo,

—¿ritmo, talvez, del general concierto?—

cuanto, a la luz de la Razón menguada,

pernicioso juzgamos o vacío?....

Y a un fin seguro y cierto

¿ir puede libremente al albedrío?....

¿Y ordenado estaría que el Impío

que proclama el Error y la Licencia,

y rebaños de víctimas preside,

y borra a Dios de la social conciencia,

arme el brazo del Mal, y se suicide?....

¿A dó te lleva, oh! Musa, tu ardimiento,
como a frágil arista, fiero noto?

¡Vas a estrellarte en la sombría valla
do, cual Ícaro, rueda el pensamiento
y la impotente voluntad encalla!..
¿A qué exploras lo ignoto
y con lo arcano tu razón torturas,
cuando la ruina de la Patria es cierta
y ello basta a colmar tus amarguras?
Ven con ella a llorar, cabe la sima
por su extraviado *vengador*, abierta,
¡su *vengador*! que sólo ha conseguido
apresurar el día del Perverso,
y exhibirla de pasto deleitoso
al escándalo cruel del universo....
Ah! la sangre retempla las cadenas:
¡sólo, hasta hoy, la de Dios ha redimido!

No postra al Mal quien hiere al delincuente.
Se ha derribado al árbol carcomido,
mas florecen lozanos sus renuevos,
para vengarle....hiriendo al inocente,
con nueva saña y despotismos nuevos....

¿Véis cuál recoge el bárbaro cuchillo,
herencia de la muerta Tiranía,
el Terror, que resurge en la celada?....
Cual del Azuay el inclito Caudillo, (*)
también sucumbe el *último patriota*
que quiso alzar la Ley sobre la Espada,
volver al Pueblo su bandera rota,
arrancándola a la Hidra engalonada....
Buscó su noble diestra al adversario
y dió su planta con la oculta sierpe:

(*) El intrépido Gral. Antonio Vega M., que fue infame-
mente asesinado el 10 de Diciembre de 1906.

su laurel fue el puñal del victimario....
Oh! Mártir bendecido, (*) quién tuviera
la viva luz de tu alma generosa,
el hierro que en tu diestra centellara
en Huigra y en Yaguachi! ¡Quién me diera!
Trocára entonces en altar tu fosa
y de lauros perennes la cubriera,
y no tu ausencia y mi dolor llorara:
¡del Déspota los triunfos amargara
y otra la suerte de tu Patria fuera!

Sin libertad ni honor, ¿a qué la vida?
—Cual las heroicas vírgenes de Grecia
ante el furor del Águila otomana—
Antes de ver la Patria convertida
en la Polonia indiana,
y en el harem cautiva su hermosura,
los que, por ella, el Cielo concebimos,
los que, sin ella, odiamos la ventura,
y a ser, sin ella, libres y señores,
ser esclavos, con ella, preferimos:
la sien ciñendo con las patrias flores,
al áureo son del himno ecuatoriano,
burlando las injurias de la suerte,
busquemos en el fondo del abismo,
nuestra esperanza y redención: ¡la muerte!

¿Qué digo, oh! Patria? Nó: ¡sella mi labio!
No perecen los pueblos en la cuna
ni es noche sin albor la noche humana.
La sombra más siniestra
precede a la mañana,

(*) El ilustre Gral. Dn. Julio Andrade, que combatió con
cívica entereza por restituir al Pueblo el Derecho de Sufragio, y
que fué traídoramente inmolado en la memorable noche de 5
de Marzo último.....

y a la Gloria, el rigor de la Fortuna.
Atrás, Naciones! Que mi Patria ufana
yérgase del Pichincha en la palestra,
con los lauros de América en la frente,
al cinto, el rayo de su imberbe Aquiles
y el arpa de su Píndaro en la diestra; (*)
y pregunte a los viles
que su honra y lustre mancillar pretenden:
¿Si a la víctima infama el asesino,
y a digna madre, vástago perverso:
q' prez del hombre, no ha manchado el hombre:
qué imperio, qué nación del universo
presa del fango no miró su nombre,
y no se ha herido con su propia mano,
y se ha rendido el yugo de un tirano....?
Patria, pregunta al mundo que te insulta:
¿por qué no insulta al luminar del día
cuando, en eclipse, su esplendor oculta....?
Es que ay! el mundo, sabe tu agonía,
conoce tus afrentas y tu ocaso,
y su injusticia ignora
que eres madre de Alcides y Trasíbulos;
que el Astro excelso de la indiana aurora,
cual ígnea tea, centelló en tu brazo,
y que de Agosto la inmortal Jornada
digna es del bronce y de *homerianos* sones;
que el aliento volcánico de tu ira
aventó, tras el mar, a los Leones
de Lepanto y Bailén; que, en tí, inspirada,
de asombro, al Ande, estremeció, la Lira
que trasplantó los lauros de la Iliada
de tu Golfo gentil a la ribera;

(*) Alusiones, al legendario adolescente, Abdón Calderón, y al inmortal poeta, Dn. José Joaquín Olmedo.

que por tu amor, ante la absorta España,
defendió a un mundo y se cubrió de gloria
el Tulio americano, (*) a cuyo acento
muda postróse la Caliope ibera....
Ignora, sí, que surgen de tu entraña,
por cada hijo que afrenta tu memoria,
pléyades de astros, como Llona y Mera...:
¡qué a todo genio o extranjera hazaña
que émulos buscan....se los da tu Historia....!
Patria, ¡supiera el mundo
que en tu suelo fecundo
el oro hasta los átomos enlaza,
y todo germen se transforma en flores,
y en laurel toda flor; que la Belleza
ha hallado en tí su predilecto nido
y te viste de pompas y esplendores
y, aliada a tu feraz naturaleza,
te hace un trasunto del edén perdido!
Supiese, sí, que a la encantada sombra
de tus grandiosas selvas,
que habita Ceres y el argento alfombra,
hogar, sustento y porvenir seguro
encontrarán las razas del futuro....
Que de tu virgen soledad descende,
cansado de salvajes odiseas,
y el fiero Atlante, majestuoso hiende,
cual mendigando naves europeas,
tu Ponto de cristal: el Amazonas....
Más aún, si supiese
que huye al poniente el Astro de tu fama,
y han deshecho los cuervos tus coronas,
y ha arriado el Despotismo tus pendones,
y eres presa de tigre carnicero

(*) El eminente orador y sabio quiteño, Dn. José Mejía.

porque no puedes contemplar manchado,
en sangre de reptiles, el acero
con que, en lizas heroicas, has postrado
Águilas y Leones....

Mas, ¿qué solemne y mágico murmullo
vibra y se apaga en la región desierta,
como lejano cántico o arrullo?

¿qué extraña luz el horizonte dora
y a la esperanza y a la fe despierta?
¡Présagos son de la soñada aurora!....

—Patria, retornen: tu épico pasado,
de Pichincha y de Tarqui los laureles,
de Colombia el honor no mancillado,
sus tercios, a la Ley y al triunfo fieles,
la Libertad, que generosa diste

a tus hermanas de inmortal renombre,
guardando para tí sólo su nombre!....
Patria, el Calvario es ignominia y duelo,
pero es la cumbre más cercana al Cielo.
Cual el Sol, más gentil, surge de ocaso;
vuelve al Señor, y del Señor espera
la redención, la paz; que dé a tu Pueblo
un solo corazón y un solo brazo
a que levante sólo tu bandera....

Que ya disipe su benigno aliento
la que empaña tu sol, nube ominosa,
que a sus rayos confía tu tormento:

¡la sangre generosa
de Checa y de García....!

En cambio, tú, de ofrendas y de flores
colma el Ara vacía,
y reedifica el Templo
del Rey, por el amor, menesteroso;
y sea ya tu Pueblo redimido
de caridad y de virtud ejemplo:

sin caridad es cruel el poderoso,
y sin virtud, malvado el oprimido.
Y ante el altar postrada,
mientras el ritmo alientes de la vida,
implora, como madre desdichada:
¡piedad, para la víctima inmolada!
¡perdón, para la turba fratricida!



REMIGIO TAMARIZ CRESPO

≡≡≡ APOTEOSIS ≡≡≡



CUENCA — 1916

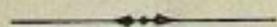
Imp. de VELEZ Hnos.

A quando fueto,
quel Angel Nodeno, ta
justamente exprimido
negando los ritos
Peruana lico.

In apud.
P. Yamarid

Cuenca, 8 de Agosto

APOTEOSIS



*Al ilustre poeta, Sr. Dr.
Dn. Remigio Crespo Toral,
con motivo del proyecto de su
coronación.*

ERA el viejo señor de la montaña,
de regia estirpe y poderoso grito.

Doró sus alas en la luz primera,
clavó en el Astro la pupila huraña,
fué de la cumbre heráldica cimera
y flámula triunfal de lo infinito.

SÓNABA con el Sol, con el imperio
del vasto azul en astros florecido,
do las fuentes del Bien vela el misterio;
con la pompa oriental de las llanuras,
del véspero gentil con las querellas,
de ensueños y de amor con los fulgores,
del bosque con los cantos y las flores,
con la fecunda luz de las alturas
y el idioma sin voz de las estrellas.

SOÑABA con el Sol.... Desde la cumbre,
pedestal de su olímpica realeza,
en pos de excelsitud, ritmos y lumbre,
el ala presta al ímpetu del vuelo
tendió a la inmensidad....

Sañudo viento
quiso abatir del Cóndor la grandeza;
y él, con ala viril y heroico aliento,
arrolló al huracán!....

El soberano,
errante en la amplitud del firmamento,
¡miró esfumarse en el confín el monte,
señoreó la región sin horizonte
y halló en el Sol su luminoso hermano!

¡ASCENDIÓ más!.... Su majestuoso vuelo
tenía ya las Pléyades por rastros:
¡ansiaba el Cóndor cautivar los astros,
cual trofeos de su inclita victoria;
rasgar, potente, el estrellado velo
que el gran enigma de la Vida escuda,
y clavar en el Sol la zarpa ruda
y en la lira del Sol cantar su gloria!....

ATÓNITOS, los astros contemplaron
el soberbio Señor de la montaña;
, en la explosión de su celeste saña,
n vívidos fulgores lo inundaron....

Y ALLÍ, sobre la cumbre de los mundos
el Ave excelsa saludó a la Aurora,
ígneas flor de los ámbitos profundos;
sorprendió el ritmo de supremo canto,
la Castalia inmortal de la Harmonía,
de la Verdad y el Bien el divo encanto,
la codiciada luz que el lauro enflora,
del infinito azul los campos dora,
y da a los mundos por diadema el día!

TORNÓ el Cóndor audaz de su odisea,
como brillante y rápido meteoro,
a su nido de líquenes y flores:
¡trajo en la mente el rayo de la Idea;
en las garras, un haz de resplandores,
y en la lira gentil de sus amores,
el ritmo eterno de los astros de oro!

Y, DE la noche en la quietud medrosa,
el Ave de los dioses solitaria,
bajo la inmensa bóveda radiosa,
desde el peñón de su salvaje trono,
dió a la tierra su canto y su plegaria.
Cantó de Dios la majestad gloriosa,
la doliente hermosura del ensueño,
la casta gloria de la flor y el nido,
y execró la protervia y el encono,
el odio estéril, la ambición sañuda,

el fratricida ardor, la insana duda
y de la Rebelión el vano empeño....
Y dijo, en verbo de virtud henchido,
al soberano pensamiento:—¡asciende!
¡lucha!,—al campeón; al labrador:—¡trabaja!
¡selvas y montes—al titán—descuaja!
¡canta!,—a la alondra, y al condor:—¡asciende!

A LA voz del Monarca de la cumbre,
vibró en el aire un cántico de gloria,
fulgió en el éter misteriosa lumbre;
y, rasgando las sombras de la Historia,
irguiéronse los héroes del pasado....!

¡ERA el Cóndor triunfal genio y profeta!....
Y, para herir al déspota altanero
y al paria con la afrenta resignado,
¡mostró en la zarpa el rayo prisionero!....

LA tierra, estremecida,
oyó aquel canto de esperanza y vida,
y despertó vivaz, cual si en oriente
la luz brillase de soñada aurora....
Y saludaron al Cantor vidente:
con áureas liras, Primavera y Flora;
Pan, con su agreste, y melodiosa caña;
Eolo, suspirando entre las flores;
las Ninfas, con la voz de la corriente;

con arrullos de amor, los ruiseñores;
y con cántico de ecos la montaña....!

ERA una tarde de doliente otoño;
la postrimera lumbre ruborosa
teñía el monte de apacible rosa,
y, en árboles sin flor y sin retoño,
sollozaban los vientos.... La tristeza
del adiós de la luz, nublaba el cielo,
y en las almas enfermas encendía
la santa luz del infinito anhelo....
El Sol agonizaba,
y el bosque, en honda soledad, gemía....

SOBRE el risco salvaje,
entre los áureos velos del celaje,
el Cóndor meditaba,
fijos los mustios, fascinantes ojos,
ya en las inmensas cumbres silenciosas,
de la agostada selva en los despojos
o en las estrellas del confín llorosas....
El Cóndor añoraba:
su albor glorioso, la ascención primera,
el dulce hechizo de lejanas horas,
las pompas de la muerta primavera,
la inspiración azul de las auroras,
la amada gloria del ensueño ausente....
!Y a esos ojos, que el cielo aprisionaron,
nubló una fría lágrima doliente!....

EL Ave de los dioses,
cuyas alas las Pléyades rozaron,—
en el bosque, en la cumbre, en los reflejos
del Astro que moría,
creyó escuchar incógnitos adioses;
y, anhelando partir, allá, muy lejos,
cual sol crepuscular, se despedía.

ENTONCE, el Hada de la selva umbrosa,
el Hada del Ensueño,
que oyó del Cóndor la canción gloriosa
y admiró al soberano
de astros y cumbres y de ritmos dueño,
que de las alas en supremo alarde,
midió los altos cielos, coronado
por los iris del alba y de la tarde,—
voló a la enhiesta cumbre funeraria,
do el Ave de los dioses solitaria,
en cruel olvido y aflicción, yacía.
Y, en himno augusto de celeste acento,
bendijo el Arte, el Ideal que inspira,
la excelsitud sagrada de la Lira
y la prez inmortal del Pensamiento.
¡Y en la frente del rey de los cantores
posó su labio ardiente,
y aprisionó en diadema de fulgores
el oro de la luz sobre su frente!

Remigio Tamariz Crespo

FRANCISCO CHIRIBOGA B.



XXV

ANNO



POEMA

QUITO

Maquinaria tipográfica de Julio Sáenz R.

1905



PASION JUVENIL

POEMA

I

La Quinta



OBRE las faldas de un monte
que su cumbre de granito
yergue esbelta al infinito
limitando el horizonte;

oculta entre la espesura
de un bosque, cuyo ramaje
luce un vistoso follaje
que encanta por su hermosura;

por todas partes rodeada
de arbustos, palmas y flores,
que con su aroma y colores
la ostentan engalanada;

vecina de un lago ameno
que acaricia con sus olas
á los sauces y amapolas
que crecen junto á su seno,

y á donde acuden con prisa
las aves por la mañana,
por mirar cómo se afana
en jugar con la brisa;

DEDICATORIA

A vos, Juventud florida de mi Patria, os dedico este poema; no porque presumo yo que él se halla provisto de mérito—que tal pretensión sería en extremo infundada—, sino por haber sido el brote de un corazón en la primavera de su vida.

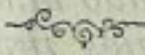
Lo escribí en los momentos de descanso que me dejaban mis deberes de estudiante, y sólo en vía de ensayo y entretenimiento, cuando contaba veinte años de edad; y estas circunstancias influirán, sin duda alguna, para que disimuléis los innumerables defectos que, de seguro, habéis de encontrar en él.

Habrían continuado estas imperfectas estrofas escondidas en mi escritorio, talvez para siempre, si las insinuaciones de algunos de mis amigos, el noble ejemplo que me han dado muchos de ellos publicando sus trabajos juveniles y el entusiasmo literario que se ha despertado desde hace poco tiempo en nuestra República, no me hubieran estimulado y últimamente decidido á darlas á luz, aunque con grande recelo.

No creáis, jóvenes, que váis á encontrar en estas páginas novedad alguna; pues en esta materia, sobre todo, es, en la actualidad, casi imposible. Ellas contienen tan sólo la expresión sencilla y no rebuscada de los sentimientos que despiertan en el alma las ilusiones y encantos de la edad primera, que, como vosotros lo sabéis, tienen caracteres indescritibles; el poema siempre antiguo y siempre nuevo del amor, en el cual todos hemos sido protagonistas y que vemos desarrollarse diariamente en la humanidad; y así, quedaré satisfecho de mi ensayo—que no merece otro nombre que el de mero pasatiempo juvenil—, si consigo proporcionaros, con su lectura, unos breves momentos de solaz.

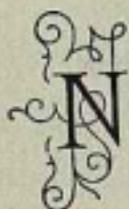
Quito, Junio de 1905.

FRANCISCO CHIRIBOGA B.



IV

Sentimientos varios



NOTÓ Carlos que María
ruborosa y sonrosa la
con expresiva mirada
á su amor correspondía.

Y entonces, entusiasmado,
miró de goces henchida
y encantadora la vida,
por sólo verla á su lado.

Ya en él se estrechan con gozo
el amor con la esperanza,
no hay pesar ni desconfianza
sino tan sólo alborozo.

Pero la ama con delirio,
y, al tener que separarse,
viene en su alma á presentarse
un verdadero martirio.

¡Qué breve es cada momento
de placer y de ventura!
¡que durara lo que dura
en nuestra alma un sufrimiento!

Vuélvese ya: todo mira
cambiado en su derredor
y rebosando de amor
hasta el aire que respira.

Y de la noche interrumpe
ese silencio y reposo
con su voz, pues amoroso
en estas frases prorrumpe:

“¿Cómo pude yo vivir
sin amor y sin pasión?”

hay una Quinta apartada
del mundo y de sus rumores,
y, cual un nido de amores,
de bellezas circundada.

Es un teatro de armonía,
en ella reina el contento,
huye de allí el sufrimiento:
todo es paz, todo alegría.

Mil aves formando coro
elevan su canto al cielo,
y alegra la fuente el suelo
con su murmurar sonoro.

La brisa los bosques mece
blandamente en el estío,
y el alba con su rocío
los reanima y embellece.

El manantial cristalino
entre alfombras se desliza,
y refresca y fertiliza
los campos en su camino;

y sus aguas bulliciosas
llegan presto, placenteras,
de aquel lago á las riberas,
donde mueren silenciosas.

El río que allí se humilla
y alumbra con su reflejo,
les sirve de hermoso espejo
á las flores de la orilla,

las que al mirar sus corolas
por el calor marchitadas,
se inclinan apresuradas
á refrescarse en las olas.

¿Por qué complacida quiso
la insigne Naturaleza
transformar con su belleza
esta Quinta en paraíso?

¿Por qué ostentan sus primores
el bosque de encantos lleno,
el lago, el jardín ameno
y los pájaros cantores,

y es tan fecunda la tierra
que ricas mieses fabrica
y mil frutos multiplica
de cada gérmen que encierra?

¿Por ventura allí escondido
se encuentra un rey destronado,
ó de un hombre acaudalado
aquella un palacio ha sido?.....

No: es la mansión donde vive
una niña tan preciosa,
tan pura, bella y graciosa
cual ni la mente concibe.

Es su nombre el de María,
sus palabras son dulzura,
es emblema de hermosura,
de atractivo y simpatía.

En su celestial sonrisa
y en su risueña mirada
la pureza inmaculada
con claridad se divisa.

La compasión, la clemencia,
son las flores que la esmaltan,
y hasta su rostro resaltan
el candor y la inocencia.

De sus padres el encanto
es á la par que el consuelo;
parece un ángel del cielo
que bajó á enjugar su llanto.

Por ella trinan las aves
y fecundan los torrentes,
por ella saltan las fuentes
y se deslizan tan suaves.

Por ella se oyen rumores
de la brisa en la enramada,
y por ella en la alborada
viene á jugar con las flores.

Por ella son los arrullos
de la tórtola en su nido,
y hasta el rosal escondido
abre sus tiernos capullos.

El Palacio

EN una extensa llanura
 feraz, hermosa, risueña,
 limitada en sus confines
 por selvática arboleda
 en cuyos troncos se enlazan
 frondosas enredaderas,
 que, á más de darle espesura,
 sublimidad y belleza,
 despiden gratos aromas
 que perfuman la pradera;
 se alza un soberbio Palacio,
 el orgullo de esas tierras
 por su lujo y sus primores,
 su estructura y su grandeza.

Adornan sus aposentos
 los cortinajes de seda,
 las arañas, los espejos
 que marcos tallados muestran,
 los paisajes tan amenos
 que en los cuadros se presentan,
 el moblaje y los tapices,
 todo á la moda europea.

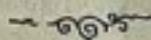
En sus verjeles se miran
 variadas pilas, palmeras,
 saltos de agua que descienden
 sobre lagos, do reflejan
 su frondosidad los parques
 que en su derredor se encuentran;
 estátuas de hombres ilustres,
 de alegorías, de fieras,
 cinceladas por artistas
 en bronce, mármol y piedra.
 Pinos, cipreses y palmas
 circundan sus alamedas;
 y sus jardines bordados
 de raras flores que en bellas
 y caprichosas figuras
 se salpican por la yerba,

ostentan en sus contornos
hermosa y dorada verja.

De su torreón se divisa,
pues que no lejos se encuentra,
aquella Quinta que á todos
encanta, asombra y recrea.

Habita lleno de gozo
en esta mansión esbelta
un joven que sólo ha visto
diez y siete primaveras.
Le sonríe la fortuna
de mil maneras diversas,
y mora allí con sus padres
que son su dicha suprema.

Es de carácter alegre,
de envidiable inteligencia:
pero en su pecho aún no brota
la ilusión: la luz primera
que ilumina y embellece
nuestra fugaz existencia.



III

La entrecuista

ERA una hermosa y apacible tarde:
el sol ya se ocultaba en la montaña,
y el labriego volvía á su cabaña
rendido y fatigado á descansar;
cuando el joven salió, cual de costumbre,
á mirar desde el bosque y la llanura
esa grata tristeza y hermosura
que presenta la tarde al espirar.

Contemplaba tranquilo el horizonte
con sus áureos espléndidos celajes,
y escuchaba el trinar de aves salvajes
que buscaban abrigo al parecer;
incesante el murmurio de las fuentes
con dulzura su oído deleitaba,
y ante aquella beldad que le extasiaba
llenábase de encanto y de placer.

Aunque estaba lejano su aposento,
—cual si fuera llevado del Destino—,
el joven continuó por su camino
hasta que una belleza divisó.

Acercóse á mirarla, (era María
la deidad que á sus ojos se mostraba);
tan hermosa y simpática se hallaba
que de ella con pasión se enamoró.

Quiso hablarla, y no pudo: vió á esa niña,
á ese ideal de hermosura retirarse,
y en su pecho sintió ya presentarse
el encanto del alma: la ilusión.

Y contempló al instante engrandecido
el mundo en que se hallaba y venturoso,
y que el Elén más bello y más precioso,
porque ya amó su joven corazón.

Iluso al par que ar licente y pensativo
regresóse intranquilo del paseo,
sin tener otro afán, otro deseo
que volverla ferviente á contemplar,

para abrirle su pecho enamorado
y, si ella con su amor correspondía,
cariñoso ofrecerle la amara
cuanto el hombre en la tierra puede amar.

Mas, llega ya la noche: va, se acuesta,
y luego quiere conciliar el sueño;
pero imposible es ya, es vano empeño
con tal preocupación querer dormir.

Y en Ella sólo piensa, y la esperanza,
por momentos le deja complacido,
pero, á veces, hallándole affigido,
huye de él, amargando su existir.

Sumido en un letargo, ve que un ángel
hermoso y seductor baja del cielo
y besando su frente con anhelo
deposita en sus manos una flor,

y que ese ángel bellísimo es María,
la niña que su mente ha preocupado,
y que la flor que entonces le ha obsequiado
es el clavel fragante del amor.

Despiértase gozoso y satisfecho
buscando con la vista á su adorada;
mas, ¡oh inmenso dolor!, no mira nada,
que es sueño nada más, no realidad.

Y de ese ardiente pecho apasionado
desbórdase tristísimo un gemido
semejante al del ave que ha perdido
á su esposa en la vasta soledad.

Vuelve otra vez al bosque: no la encuentra;
y su alma, por no verla, está angustiada;
su imagen en su mente está grabada,
pero él cree que se va á desvanecer.
Repite diariamente su paseo,
y en él lucha el dolor con la alegría
lo mismo que la noche con el día,
en que en turno á los dos vemos vencer.

Pocos días pasaron, y, al hundirse
en el ocaso el sol, de ilusión lleno
fuése Carlos al sitio tan ameno
do aquella tarde su pasión brotó;

y tuvo allí la dicha codiciada
de volverse á encontrar con su querida,
y, aunque su alma se hallaba conmovida,
estas frases de amor le dirigió:

“¡Ob miña hermosa! ven, ven que te adoro,
ven que mi pecho por tu amor suspira,
ven que mi alma tenaz por tí delira
y te ama y te idolatra con pasión!

!Ven á calmar la angustia que me agita,
ven á endulzarme una hora de existencia,
ven, María, hacia mí, porque en tu ausencia
puede morir mi amante corazón!

“No me niegues tu amor, porque sería
sumergirme por siempre en la amargura;
no me niegues, pues te amo con locura,
la dicha de extasiarme en tu beldad.

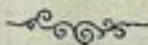
Sin tí no me sintiera satisfecho
con goces mil, con glorias, con riqueza,
sin tí yo me hundiría en la tristeza,
no tendría jamás felicidad.

“¿Podrás mirar con cruel indiferencia
esta ardiente pasión que en mí ha nacido,
y apagar este fuego que ha prendido
tu rostro angelical, con tu desdén?

¿Podrás ingrata ser con quien te mira
como el más grande bien entre los bienes?....
¡Imposible lo creo, porque tienes
un corazón naciente tú también!

“Ámame, pues; no dejes marchitarse
del cariño la flor que es tan preciosa;
ámame, ya que así se hará dichosa
nuestra vida queriéndonos los dos.

Ámame, que el amor fiel, verdadero
hace feliz y endulza nuestra suerte;
ámame como te amo, y ni en la muerte
se darán nuestras almas un adiós.”



IV

Sentimientos varios

NOTÓ Carlos que María
ruborosa y sonrosa la
con expresiva mirada
á su amor correspondía.

Y entonces, entusiasmado,
miró de goces henchida
y encantadora la vida,
por sólo verla á su lado.

Ya en él se estrechan con gozo
el amor con la esperanza,
no hay pesar ni desconfianza
sino tan sólo alborozo.

Pero la ama con delirio,
y, al tener que separarse,
viene en su alma á presentarse
un verdadero martirio.

¡Qué breve es cada momento
de placer y de ventura!
¡que durara lo que dura
en nuestra alma un sufrimiento!

Vuélvese ya: todo mira
cambiado en su derredor
y rebosando de amor
hasta el aire que respira.

Y de la noche interrumpe
ese silencio y reposo
con su voz, pues amoroso
en estas frases prorrumpe:

“¿Cómo pude yo vivir
sin amor y sin pasión?”

¿cómo pudo el corazón
no marchitarse y morir?

“¿Cómo pude imaginar
que una alma apática vive?
¡mi mente ya no concibe
lo que es vivir sin amar!

“¡Ah!, sí: no vive nuestra alma
cuando en el mundo ella mora,
sino cuando ama y adora,
aun cuando pierda la calma!

“Y sin ninguna ilusión
nuestra vida ¿qué sería?
—lucha constante y sombría,
dolor sin compensación.

“Yo la amaré, porque creo
que este cariño en mi vida
será la ofrenda escondida
que el cielo dé á mi deseo.

“Cultivaré en su presencia
ó ausente de Ella este amor:
¡quizás será ésta la flor
que perfume mi existencia!”

A su palacio ha llegado,
pero no encuentra contento;
quiere volverse al momento
al bosque en donde ha gozado.

Para él ya no hay alegría
sin Ella, menos dulzura;
mas, en todo ve hermosura
en estando con María.

Esos prados y jardines,
ese bosque y su enramada,
aquella Quinta hermoçada
con palmeras y jazmines,

esa preciosa laguna,
ese arroyo bullicioso,
ese conjunto armonioso
que no labró la fortuna:

todo esto que, aunque de niño
con grato placer veía,
asegurar se podía
que miraba sin cariño;

hoy que forma la belleza
del nido de su adorada,
mira cual la obra esmerada
de la gran Naturaleza;

mira ya con ese ardor
del que por un sér suspira,
mira ya . . . como se mira
tras el prisma del amor.

Cada vez que espira el día
en los brazos del reposo,
del palacio, presuroso,
sale en busca de María.

Mas ¡oh insufrible tormento!
no encuentra ya al sér amado;
largos días ha pasado
sin verle un solo momento.

“¡Será—exclama—que el olvido
se ha apoderado de su alma,
y que se encuentra Ella en calma
mientras yo inquieto he vivido!

“O talvez se halla abrasada
por el fuego del amor,
y se esquivo por candor
al amar y ser amada!

“¡Oh! qué duda tan tremenda
la que mi pecho marchita!:
¡que es mi pasión infinita
no saber si Ella comprenda!

“¡Tanto tiempo no poder
mirarla como yo anhelo!
¡ay! vivir sin ver el cielo
es un muy cruel padecer!”

Tras un intenso penar
llegó el día venturoso

en que en el bosque frondoso
alcanzóla á divisar;

y embebido en su ilusión,
con el alma complacida
fué hacia la prenda querida,
objeto de su pasión.

Y al llegar nota halagado
que ella tierna y caudorosa
le recibe cariñosa,
y que por ella es amado.

¡Oh momentos de consuelo!
¡oh encantos del mutuo amor!
¡felicidad superior
sólo encontrará en el cielo!

“Vengo, María, á gozar
—le dice— con tu hermosura,
pues ni placer ni dulzura
sin tí he podido encontrar.

“No tengo ya otra ilusión
que vivir siempre á tu lado,
no ansío desesperado
sino tu fiel corazón.

“Cada hora, cada momento
te he buscado junto á mí,
desde el día en que te ví
no tengo otro pensamiento.

“¡Cómo envidio á los claveles
y á las gradiolas lozanas
que te miran las mañanas
cuando vas á tus verjeles!

“¡Ah! cómo envidio á la brisa
que rumorosa y fragante
llega á tus labios, constante,
y te arranca una sonrisa;

“á la flor cuya belleza
sobre la de otras te agrada
y es por tu mano arrancada
para adornar tu cabeza;

“á la fuente cristalina
que refresca tu garganta,

y al ruiseñor que te canta
cuando la tarde declina;

“de este bosque á la espesura
que, al pasar tú, reverente
se inclina tranquilamente
para admirar tu hermosura;

“y al lago, al monte y al río
á donde vas por paseo
para buscarte un recreo,
¡oh amor! ¡oh dulce bien mío!”.....

María que ya le amaba,
al sentir dentro del pecho
que su corazón deshecho
en ese amor palpitaba,

lanzó un suspiro sonoro,
y con voz muy temblorosa,
á su amante, ruborosa
le dijo: “Carlos, te adoro.”

“No puedo oculto tener
el amor que por tí abrigo;
sea este bosque testigo:
te ofrezco, tuya he de ser.”.....

¿Puede una alma enamorada
sentir mayor complacencia
que al hallar correspondencia
en la persona adorada?.....

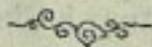
Carlos jamás se sintió
más feliz ni más dichoso,
jamás un dón más precioso
la vida le pareció.

Y ardiente al cielo pedía
que, aunque no lo mereciera,
larga existencia le diera
para vivir con María.

Y exclama: “¡oh luz de mi vida,
único bien que yo ansío,
tú serás, encanto mío,
mi compañera querida.

“Tú quitarás el pesar
que tu esquivez dejó en mi alma,
tú me darás esa calma
de que hoy no puedo gozar.

“Pero unamos nuestra suerte
con lazos firmes de amor,
hagamos que huya el dolor
de nuestra alma hasta la muerte.”



Junto al lago

AL separarse Carlos ya sentía en su alma contrastarse el sufrimiento con la pasión, el gozo y la alegría. Su iluso pensamiento miraba el porvenir, y en su existencia divisaba tan sólo complacencia; contemplaba la senda de la vida de flores y delicias alfombrada, . . . ¡ah! es que sintió, feliz, esos encantos, esa sublimidad, esos ensueños del alma juvenil enamorada.

Poco pasó, y en el espeso bosque volvió á encontrarse Carlos con María, con aquella deidad á quien rendía culto en su pensamiento, pues en ella al pensar le parecía hallarse en su elemento; con ese ángel celeste revestido de humana pero hermosa vertidura, que á esa Quinta apartada ha descendido para hacerla un paraíso de ventura.

“Vamos, María, á contemplar el lago que su rumor envía á tu aposento; quiero allí disfrutar de este contento de platicar contigo, y del halago de mirar tu belleza y de escuchar tu acento unido al de la gran Naturaleza:”
dijole, y sus miradas se encontraron y los dos por el bosque se internaron.

Al pié de una palmera que se yergue del río en la ribera, junto al lugar donde éste se une al lago, sentáronse los dos: de allí miraban un panorama bello y sorprendente, ante el cual sus pupilas se extasiaban.

El bosque con sus cedros corpulentos,
que han mirado pasarse las Edades
cual si fueran brevisimos momentos,
que han vencido á los vientos
y á la furia de sordas tempestades;
el lago encantador en cuyo seno
las selvas se retratan temblorosas,
y cuyas olas ya en vaivén ameno
agitarse gozosas
al besarlas la brisa, ya se pierden
hasta dejarle límpido y sereno;
el río que recorre la llanura
pausado y silencioso,
y que á veces se oculta vergonzoso
al mirar esta espléndida hermosura,
y al acercarse al lago, sorprendido
de su suerte dichosa, se estremece,
hace saltar su espuma y complacido
se precipita en él, y en él perece;
esos prados floridos, do el ganado
tranquilo paca y va con paso lento,
penetrando del piélago en las ondas,
á beber de sus aguas con agrado,
y en los cuales revuelan juguetonas
mil mariposas entre frescas flores
que, como ellas, ostentan sus colores;
el arroyo fecundo adormecido
en ese blando lecho
formado por el trébol y la grama,
cual un joven amante que en el pecho
se aduerme de la virgen á quien ama,
dejando aquel su plácido murmullo
dulcemente escuchar cuando aparece
al borde de praderas desiguales
y salta de brillantes coronado
al ser iluminado
por los rayos del sol, que, entre el follaje,
para ver su belleza han penetrado;
los arbustos, las palmas, los helechos,
las plantas trepadoras
que enlazando los troncos allí crecen,
mostrando hallarse todos satisfechos
de reunir su hermosura á este paisaje
y que de verse en él se enorgullecen,
y en los cuales, al ser entretejidos
por la mano del Tiempo, aves cantoras
colocan con placer sus blandos nidos,
y en voces no imitables por humanas
gargantas, allí entonan
himnos al Creador en las mañanas;

el labrador que se halla en el sembrado
 que cercano se encuentra á su cabaña,
 —de donde el humo asciende
 penetrando de paja la techumbre,—
 las mieses cultivando y la legumbre
 que ha de partir más tarde, enamorado,
 con la zagala fiel que le acompaña;
 y ese su hogar oculto y alejado
 de la pompa del mundo, do se abriga
 una tranquilidad que él no comprende
 pero que raro pecho no ha envidiado,
 y al que se ve rodeado
 de incultas flores, de árboles frondosos,
 de cristalinas fuentes, de rebaños,
 de domésticas aves
 y de huertos alegres y vistosos:
 forman este paisaje que es sublime
 y á cuya vista gime
 el artista, siutiéndose impotente
 para poderlo trasladar al lienzo,
 tan grandioso cual es, tan elocuente.
 Y esta beldad que encierra
 lo que hay de más poético en la tierra,
 es obra del Artista Omnipotente,
 de Aquel que todo labra
 con sólo su querer, y que ha formado
 este cuadro en lugar tan adecuado
 con el solo pincel de su palabra.

¡Oh soledad del campo, apetecida
 por todo pecho ansioso de dulzura!,
 ¿quién no encuentra solaz en tu hermosura
 y bálsamo á las penas de la vida?
 ¿qué corazón que adora
 no anhela aquella paz encantadora
 que tu silencio esconde?... ¡Ah! y si tu abrigas
 entre tu seno á la mujer amada,
 entonces no le es dable
 placer más deleitable
 que estar contigo á el alma enamorada!
 Tus delicias recrean
 al que en tu hogar, ¡oh soledad!, se asila....
 ¡Ah cuanto para mi alma es envidiable,
 cuando ama ó cuando sufre,
 esa vida del campo tan tranquila!

Viéndose Carlos en risueño día
 en aquel sitio ameno,
 por todas partes lleno

de amor y poesía,
y teniendo en sus brazos á María
cuya beldad á todas eclipsaba,
aun á las que extasiado contemplaba,
y cuyo pecho amante
como el suyo se hallaba en ese instante
temblando de pasión, y con su hechizo
atizando de amor la viva llama;
se figuró gozar del Paraíso.

“¿Podré tener momento más dichoso,
María idolatrada,
que éste en que estás, cual yo, llena de gozo
y tu alma, cual la mía, enamorada;
que este instante feliz en que te veo
junto á mi pecho sonriendo amante,
accediendo gustosa á mi deseo
de encontrarte conmigo
en este sitio hermoso, sin testigo;
que éste en que aspiro el sin igual perfume
que de tus labios mana,
y en que mi corazón siento, ardoroso,
que al fuego del cariño se consume?.....”

“¡Oh sin rival momento!, en la carrera
de mi vida serás inolvidable,
vivirás en mi sér hasta que muera!.....”

“Sólo las horas que tu faz contemplo,
virgen preciosa, y que tu voz escucho,
las que se pasan como el rauda viento,
como pasa el oleaje turbulento,
son para mí de gozo y de dulzura:
el resto de mi vida es amargura!....”

—“¿Carlos querido!, inmenso es tu cariño,
¡ay! pero al mío superar no puede;
te amo con la dulzura que ama un niño,
con un amor que á todo amor excede.
¿No sientes cuando te hallas á mi lado
que mi pecho palpita apasionado?
¿No miras cada vez que hacia mí vienes
enrojecerse al punto mis mejillas
ó ya palidecer mi mustia frente?.....
¡ah!, Carlos, bien comprendes que estos brotes
son signos de un amor puro y ardiente!....”

—“¿Sí, lo comprendo bien, por eso lloro
cuando tu rostro angelical no miro,
por eso sin cesar por tí suspiro

y por eso, mi amor, es que te adoro!

“¡Ah!, quien viera mi llanto derramado
cuando dudo, mi bien, que serás mía,
de seguro lo tengo que creería
que en lágrimas mi sangre se ha tornado!

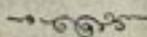
“Mi corazón mostrártelo quisiera
á que leas en él mi amor inmenso;
sí, porque creo que un pesar intenso
ó un amor como el mío, ni siquiera
nos es dado pintar con nuestra lengua:
¡apenas ella bosquejar pudiera!

“¡Amor!, antorcha que mi suerte guía,
¡amor!, por otro amor nunca igualado,
conságrate á este sér que ha cautivado
la mente, el corazón, el alma mía!

“¡No te apartes de este ángel de hermosura
que á brindarme cariño ha descendido!
¡Corazón!, ya que estás correspondido
desecha tu inquietud y tu amargura!”
.....

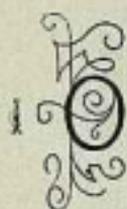
Un abrazo entrañable allí se dieron,
y tras breve silencio, sumergidos
en éxtasis de amor, se despidieron;
y verse en la mañana que seguía
en el bosque frondoso
prometiéronse Carlos y María.

¡Con qué placer el corazón palpita
del joven al llegar á su palacio!,
pues se halla rebosando
de una felicidad casi infinita.
“¡He alcanzado mi fin; María me ama
con inmensa pasión!,—gozoso exclama—.
Hoy me siento feliz. . . . Piadoso cielo,
no te pido otra dicha en esta vida
que vivir con el sér que es mi desvelo!”
Y su alma espera de ilusión henchida
que presto brille la rosada aurora
para estar con el ángel á que adora.



VI

La mañana



H! qué hermoso es contemplar
la animación, la grandeza
y la poética belleza
del mundo al salir el sol!

Absorta el alma se llena
de dulzura y de contento
al trocarse el firmamento
en fantástico arrebol.

En la llanura, en la aldea,
en la selva, en el desierto,
en todas partes concierto
se escucha y grato rumor.

El orbe sus himnos canta
al Autor del nuevo día,
y el mundo es todo alegría,
todo encanto y todo amor.

Apenas la aurora empieza
á presentarse en el cielo,
la niebla levanta el vuelo
ahuyentada por la luz;
y la brisa se despierta
y entre los bosques suspira,
y la noche se retira
disipando su capuz.

Los nuncios de la alborada
cantando con vivo empeño
hacen salir de su sueño
al humilde labrador.

Y él de su albergue querido
sale al trabajo al momento
para ganar el sustento
de los frutos de su amor.

El aura que de las flores
el perfume ha recogido,
va á las aves en su nido
suavemente á despertar.

Y ellas sacuden las alas
y su lecho abandonando
van por los bosques saltando
y comienzan á cantar.

En el Oriente se pintan
celajes encantadores
que con sus vivos colores
alegran el corazón;
pues son la imagen de una alma
llena de vida y frescura
cuando ante un sol de hermosura
brota en ella la ilusión.

Las flores que han recibido
las lágrimas de la aurora,
su esencia perfumadora
despiden con grande afán,
y ansiosas al sol esperan,
pues saben que sus destellos
sobre sus cálices bellos
ese llanto enjugarán.

Ya se iluminan las cumbres
de los montes elevados,
ya se visten los nevados
de un velo de áureo color,
formando con la verdura
que se mira sobre el suelo
y el hermoso azul del cielo
un contraste encantador.

Poco después se presenta
el sol dorando la bruma
que escala el monte, y la espuma
del río y del manantial.

Y los lagos que dormían
tranquilos y silenciosos,
se encuentran ya ruidosos
removiendo su cristal.

Todo en el mundo es grandioso
cuando la aurora aparece,
y, al nacer, todo embellece
el sol con su resplandor.

¡Ah! cuando el día creado
fué por la voz soberana,
parece que en la mañana
esmeróse el Creador!

Fuése ya Carlos al sitio
donde los dos se citaron,
mas sus ojos no encontraron
al idolatrado sér;

pero le esperó, seguro
de que luego llegaría,
rebotando de alegría,
de ilusión y de placer.

Como se ve entre el ramaje
brillar con luz diamantina
á la estrella matutina
en las mañanas de abril;

así Carlos vió á María
por entre el bosque asomando
y en su mirada expresando
una pasión juvenil.

“Ven, le dice, estrella hermosa
de este Edén jamás soñado,
quiero estar siempre alumbrado
con tu radiante esplendor.

Flor aromática y pura
que perfumas mi existencia,
quiero me brindes tu esencia
en el cáliz del amor.

“¿Seré tan feliz que llegue
para mí el dichoso día
en que llamándote mía
contigo pueda vivir;

y así, pasar esta vida
lleno de paz y contento,
hasta que llegue el momento
de entre tus brazos morir.”

—“¡Ab, Carlos!, si quiere el cielo
que juntemos nuestra suerte,
mi mayor bien el quererte
sobre la tierra será.

No sólo compartiremos
dolores, llanto, amarguras,
sino también las dulzuras
que el cariño nos dará.”

—“¡María del alma!, siento
que el corazón se me parte

al oír tu voz! ¡Adorarte
con indetible pasión
en toda mi vida, ansioso
entregarte mi albedrío,
mi mismo sér, ¡amor mío!,
mis dulces ensueños son!

“Tú, á cuya vista mis ojos
permanecen extasiados,
y en quien veo realizados
los sueños de mi niñez,
enjuagarás con caricias
mis congojas, mi quebranto,
serás de mi vida encanto
y consuelo en mi vejez.

“¡Qué contigo no tendría!
hermosa y fiel compañera,
existencia placentera
y en el alma la quietud;
y yo adorándote siempre
con un amor tan sincero,
tan grande y tan verdadero
como ahora en la juventud.

“¡Ah! si el cielo bondadoso
este bien me prodigara,
feliz, feliz me llamara
en mi vida terrenal.
¡Dicha como ésta en el mundo
jamás, mi bien, hallaría;
mayor, tan sólo tendría
en la mansión celestial!”

Y enmudeciendo los dos
sólo sus ojos se hablaban,
y en su interior disfrutaban
de indefinible placer.

A poco se despidieron
los dos jóvenes amantes,
prometiéndose constantes
amarse y volverse á ver.

Carlos al palacio llega
y es por su padre llamade,
el que le dice: “he comprado
un fundo en otra nación.

El centro de mis negocios
no está aquí, y es conveniente
que vayamos brevemente
á efectuar la recepción.

“Mañana de aquí saldremos,
y apresúrate, hijo mío,
en preparar hoy tu avío,
pues allá hemos de vivir.

El viaje es de tal urgencia
que, talvez, ya no podría,
por mis asuntos, ni un día
en este país residir.”

Mustio, tembloroso, yerto,
con la voz casi apagada,
con el alma destrozada
al escucharle quedó.

Y á desahogar su amargura
se retiró á su aposento,
y allí, bañado en lamento,
estas palabras habló:

“¿Cómo podré separarme
de la prenda más querida,
del encanto de mi vida,
de mi mismo corazón?

¿Cómo dejar para siempre
al sér á quien he adorado?
¡ay! quedará sepultado
en una eterna aflicción!

“¡Adiós, mi bien, tu recuerdo
será el que agote mi llanto,
pues te adoro, te amo tanto
que jamás te olvidaré!

¡Huirá de mí todo halago,
todo placer y alegría;
mas, con toda el alma mía
hasta morir te amaré!”.....

Llegó la tarde: espítaba
tan triste, que parecía
que ella también comprendía
que se iban á separar.

Y el firmamento cubrióse
de un negro manto de duelo,
cual si quisiese hasta el cielo
en esas horas llorar.

VII

Las cartas

CARLOS sintiendo en su pecho un pesar desconocido, se hallaba tan abatido que ya sus labios no abrió.

Pero deseando siquiera despedirse de María, lleno de melancolía esta carta le escribió.

“Te conocí y te amé: ví en tu persona la mujer que mi dicha formaría, el ángel que en mi vida endulzaría las horas más acerbas de dolor.

Y te busqué, María, con locura porque anhelaba con vehemencia hablarte, y, en estando contigo, consagrarte esa dulzura del primer amor.

“Desde entonces vivía pensativo, triste, inquieto, afanoso, acongojado, creíame yo un sér muy desgraciado porque no me encontraba junto á ti.

Y hasta en sueños tu rostro yo veía con la pasión del alma enamorada, y buscaba la vida en tu mirada. . . . ¡efectos del cariño que sentí!

“Al fin yo te encontré, y esos tus ojos atractivos, brillantes, hechiceros, mi frente iluminaron cual luceros é inundaron mi pecho en ilusión.

Y, en ese mismo instante, apasionado y lleno de ese amor que me encendía, te entregué cariñoso, ¡oh alma mía!, la ofrenda más hermosa: el corazón.

“¿Cómo podré explicarte lo que mi alma sentía cuando al pié de la palmera

en mis brazos te ví por vez primera
y tus frases de amor logré escuchar?

Parecíame ver al universo
cambiarse en un edén,....mas, no; es en vano:
hay sentimientos que el ingenio humano
nunca ha podido ni podrá explicar.

“Todo en tí me agradó: tu simpatía,
tu gracia, tu atractivo, tu pureza,
tu virtud, tu talento, tu belleza,
augurios de ventura entre los dos.

Revelaba tu frente la inocencia,
como hoy revela tu pasión fogosa;
eras—como eres hoy, virgen preciosa—
hechura propia del Eterno Dios.

“¡Con qué placer latió mi pecho amante
en el bosque, do juntos nos hallamos,
cuando un amor perpétuo nos juramos
para endulzar así nuestro existir!

Mas, ¡todo se acabó!...Sordo á mis ruegos
para siempre el Destino me separa. . . .
¡Ah! una vida tener cual se prepara
para mi alma sin tí ¡será vivir!

“¡No es vivir, es sufrir!, es ver un cielo
arbolado, azul, lleno de encanto
cubrirse para siempre con un manto
y envolvernos en densa oscuridad;

es mirar una fuente cristalina
que invita al pasajero á refrescarse,
y observar el sediento que á llegarse
se opone una insondable inmensidad.

“¡Oh desdicha fatal de los mortales!
¡amarse y prometerse una ventura
que amengüe de nuestra alma la amargura
que, por desgracia, es fiel, ruda y atroz;

prometerse una vida en lo futuro
llena de paz, dichosa, placentera
teniendo á una beldad por compañera,
y todo terminar con un adiós!

“Adiós, María, tu preciosa imagen
me seguirá doquiera que me aleje,
el alma mía, aunque jamás se queje,
con su dolor á solas llorará.

Si pudiera aumentarse mi cariño
hoy creciera, como otros, con la ausencia;

pero es tan grande ya, que en mi existencia
aumento recibir ya no podrá.

“Tu vida, si me quieres cual te quiero,
será triste y cruel como la mía,
no verás ni de lejos la alegría
y hasta volar al cielo sufrirás.

Mas, si el tiempo en tí borra mi recuerdo
y olvidas para siempre nuestra historia,
amantes tendrás tú, placeres, gloria. . . ;
pero amor como el mío no hallarás.

“Adiós, adiós: en tanto que en el mundo
no te vuelva á mirar, ángel amado,
mi pecho que hoy está despedazado
será el hogar del luto y la aflicción.

Mas tú, en cambio, mi bien, como una prueba
de que un ferviente amor por mí has sentido,
ni un momento abandones al olvido
á Carlos, que te quiere con pasión.”

Esta carta con cuidado
envió á su amada al momento,
y esperando en su aposento
la contestación quedó.

Ella la abrió con violencia,
la leyó muy conturbada,
y, al terminarla, bañada
en lágrimas, contestó:

“Era muy niña aún, cuando esa tarde
en el bosque te ví, Carlos querido,
y allí el rubor á la esquivéz unido
hízome, al contemplarte, regresar.

Retorné á mi morada, y en mi pecho
nada sentí, tristeza ni alegría;
insensible se hallaba el alma mía
porque ignoraba aún lo que es amar.

“Pero después, cuando escuché tu acento
y comprendí lo mucho que me amabas,
cuando miré que ardiente me entregabas
tu juvenil sincero corazón,

cuando mi alma sentí ya renovada
con la ilusión que embelleció mi vida,
cuando ya por tu amor me ví rendida;
entonces, sí, te quise con pasión.

“Y tanto te adoré, que aunque parece
que fué humillante insensatez la mía

expresarte el amor que me encendía tan pronto como lo hice, te expresé.

No me arrepiento, nó: el sér que adora con ilusión, con fuego, con dulzura, debe expresarlo á aquel que es su ventura; y de este modo, Carlos, yo te amé.

“Ahora soy la mujer más desgraciada, la tristeza será mi compañera, viviré como flor que en la ribera, seco ya el cauce, está para morir.

Ya no veré tu pensadora frente ni escucharé tus frases cariñosas, ya no tendremos ¡ay! horas gozosas pues nacimos los dos para sufrir.

“Siquiera tú eres hombre, y do te hallares te rodearán mil goces y placeres; pero á mí no, pues somos las mujeres infelices por nuestra condición

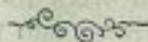
Mas, no pienses jamás, Carlos del alma, que esté mi amor á otro hombre reservado, él ya por tí se encuentra cautivado y á nadie más daré mi corazón.

“Adiós, por siempre adiós! Talvez el cielo probarme quiere con tu cruel ausencia, talvez quiere acabar con mi existencia y sin duda este fin conseguirá.

Mucho gocé contigo, Carlos mío, y en el mundo el placer es compensado; debo, pues, depurar cuanto ha gozado Maria, que jamás te olvidará.”

Al leer Carlos esta carta llena de amor y ternura, sus ojos alzó á la altura y á Dios clemencia pidió.

Se encendió más su cariño, sintió en su pecho quebranto, y un triste, muy triste llanto por sus mejillas corrió.



VIII

La ausencia

ES hora ya de partir:
cúbrese el sol con un velo,
el viento empieza á gemir
y parece que á sufrir
comienza hasta el mismo cielo.

Ya no se oye la armonía
de las aves en la aurora;
sólo se escucha en esa hora
la sin par melancolía
de la tórtola que llora.

Se difunde tal tristeza
en la tierra oscurecida,
que aun se cree que está afligida
toda la naturaleza
y hasta de luto vestida.

Carlos marcha acompañado
de un dolor indefinible,
por ningún otro igualado,
y su corazón sensible
se desborda acongojado:

“Adiós, hermosas praderas,
espeso bosque sombrío,
bello lago, manso río
que has mirado en tus riberas
al sér que es mi desvarío;

“adiós, monte majestuoso,
aves de raros plumajes
que en mis horas de reposo
me habéis llenado de gozo
con vuestros himnos salvajes:

“adiós, adiós. . . Envidiando
voy vuestra suerte dichosa,
porque quedáis contemplando

á esa virgen tan hermosa
á quien viviré adorando.

“Pero ya que mi deseo
de halagar su pecho herido
por mí no ha de ser cumplido,
proporcionadle recreo
y os quedaré agradecido.

“Lucid más vuestros primores,
prestad á su alma alegría,
perfume brindadle ¡oh flores!
y vosotros, trovadores,
himnos cantad á María.”

Caminaba á paso lento,
suspiraba de aflicción,
iba lleno de tormento
fijo en ella el pensamiento
y marchito el corazón.

“¡Cómo—decía—han pasado
esas horas de placer! . . .
¡todo, todo se ha acabado,
y hoy tan sólo me han quedado
motivos de padecer!

“¡Ah! el amor correspondido
nos proporciona contento
si á la esperanza va unido,
pero si ésta ha fenecido
sólo causa sufrimiento.

“Hace á nuestra alma gozar
del sér amado en presencia.
embellece la existencia,
es consuelo en el pesar,
pero dolor en la ausencia.” . . .

Llegó triste á la heredad
do sus padres le llevaron;
sólo encontró soledad,
y la vió con tal frialdad
que ellos también lo notaron.

Y á las cercanas orillas
de un río que, entre un ramaje
cubierto de florecillas,
recorre mil maravillas
que las retrata en su oleaje,

el joven se retiraba
para desahogar su pena,
y porque en ellas hallaba
un *algo* que asemejaba
á esa Quinta tan amena.

Y en cada tórtola hermosa
que veía entre las palmeras,
en la brisa bulliciosa
y en el agua correntosa
encontraba mensajeras.

“Id—les decía—al momento
donde el sér que es mi tesoro,
decidle que hoy más le adoro,
que en nada encuentro contento
y á solas padezco y lloro.

“Que al cielo ruego anhelante
me dé la dicha suprema
de mirarla un solo instante,
y que esta angustia constante
de mi recuerdo es emblema.”

Frecuente Carlos salía
cerca del anochecer
á esta ribera sombría,
porque en esa hora sentía
un misterioso placer.

Y mientras el sol su frente
oculta con lentitud
alumbrando escasamente
al mundo, que, reverente,
está en silencio y quietud;

y con colores vistosos
en nubes enrarecidas
pinta celajes grandiosos,

que se opacan silenciosos
como esperanzas perdidas;

y asoma tras la colina,
entre un velo de tristeza
de vaporosa neblina,
la luna, que, por grandeza,
lenta al cenit se encamina;

y las montañas nevadas
que estaban régias luciendo
sus altas cumbres doradas,
al verse ya circundadas
de sombras, se van cubriendo;

entre tanto se acordaba
de su amada con dolor,
y su guitarra pulsaba
y con tristeza entonaba
bellas canciones de amor.

¡Ah, la Música! . . . sublime
eco del cielo bajado,
que al hombre deja extasiado
cuando goza, ó cuando gime
por hallarse atribulado.

Acompaña en la alegría
y más, quizá, en el pesar,
y con su grata armonía
da fuego á el alma más fría
y hasta le convida á amar.

Ella sola sintetiza
las notas encantadoras
que dan las fuentes sonoras,
los arroyuelos, la brisa
y las mil aves cantoras.

Y el hombre expresa, reunidos,
en musicales acentos,
sus dichas, sus sufrimientos,
sus anhelos, sus gemidos,
sus más horribles sentimientos.

Con ella goza dichoso
de celestiales letargos,
y hasta renueva amoroso

su pa-ado ventaroso,
ó sus recuerdos amargos.

Si, la música y el canto
sirven de halago y consuelo,
y su beldad llega á tanto
que sin su divino encanto
no imaginamos ni el cielo.

Clara, su madre, notó
que estaba intranquilo su hijo
desde que al fundo llegó,
y un día se lo llevó
á su aposento, y le dijo:

“Carlos mío, tu semblante
manifiesta que un dolor
te está royendo constante,
di, pues, á tu madre amante,
qué tienes, di por mi amor.”

—“¡Ay, mamá!: los sinsabores
que mi pecho despeñazan
son recuerdos matadores
que, cual dardos punzadores,
me aniquilan, me traspasan.

“Salí una tarde á paseo,
cuando en el palacio estaba,
á aquel bosque de recreo
obedeciendo al deseo
de hallarme en él, pues gozaba.

“Internéme en su espesura,
y de improviso miré
una celeste criatura,
y ante su rara hermosura
extasiado me quedé.

“Y experimenté al mirarla
un *no sé qué* indefinible,
y empecé entonces á amarla;
porque verla y no adorarla
es, en extremo, imposible.

“No pude hallarme á su lado
porque esquiva se escondía,
pero yo desesperado

la buscaba, apasionado,
por mirar su simpatía.

“Poco pasó: la encontré
en el bosque nuevamente,
cariñoso me acerqué
y allí le manifesté
mi amor sincero y ardiente.

“Y ¡cuál mi dicha sería
—figúrate, ¡oh madre amada!—
al conocer que María
mostraba que me quería
en su expresiva mirada!....

“Como crece el movimiento
del mar con el aquilón
y el fuego en gran combustión,
así el amor tuvo aumento
en mi joven corazón.

“Encontré en ella mi gozo,
mis encantos, mi delirio,
quise ser su amante esposo,
con ella vi todo hermoso,
sin ella,.... todo un martirio.

“Y ese cariño que encierra
su alma, por mí está rendido....
¡Ah! no hay placer parecido
—madre adorada—en la tierra
á un amor correspondido!....

“En esto viene el rigor
del Destino, y me arrebató
mis esperanzas en flor,
y convierte hasta mi amor
en tortura que me mata.

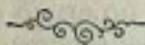
“Sólo un sér que haya adorado
con pasión, con frenesí,
comprenderá mi pasado
y lo que al ser separado
de mi adorada sentí!

“Desde entonces el sufrimiento
habita en mi corazón;
en nada encuentro contento;

y verla, escuchar su acento
es mi sólo aspiración."

—“¡Carlos de mi alma! tu amor
es tan grande, que en la tierra
no puede ya ser mayor;
es más que justo el dolor
que en tus entrañas se encierra.

“Tu felicidad queremos
—hijo mío—y tu alegría,
así que pronto allá iremos
y unida entonces veremos
tu suerte á la de María.”



IX

Suceso imprevisto

COMO entre nubes hechas jirones
surgir la luna se alcanza á ver,
así de Carlos las ilusiones,
entre pesares, reaparecer.

Llegó ese día por él ansiado
de ir bácia el centro de su pasión,
nueva esperanza ya ha disipado
la densa niebla de su aficción.

Cambió su pecho que moribundo
dejado había dardo sutil,
cual cambia hermosa su faz el mundo
con las variadas flores de abril;

como el aspecto del horizonte
al disiparse la tempestad;
como los valles y como el monte
al ver del alba la claridad.

Vuelve al palacio, tan venturoso
como en su vida no creyó ser,
presto desea verse dichoso
y en brazos de *Ella* convalecer.

Apenas llega, ya se encamina
hacia la Quinta con loco afán;
mira sus bosques, pero imagina
que á más distancia que antes están.

Camina ansioso y apresurado,
late violento su corazón,
llega . . . ; mas, mira todo cerrado,
todo en silencio y desolación.

Llama á la puerta . . . , nadie responde:
“¡Dios mío!,—exclama—, ¿do está mi bien?
¿qué ha sucedido? ¿dónde se esconde?
¿talvez ya su alma voló á tu Edén? . . .

“¿Pretendes, Suerte, verme constante sobre la tierra sólo sufrir?
¿crees que sin *Ellu* gozo un instante?...
¡hazme, mil veces, más bien morir!”...

Al oír sus voces y su lamento un hombre anciano que allí quedó, abrió las puertas de su aposento y á los umbrales se presentó.

Y mira á un joven que desmayado, sobre un asiento, parece estar, pues en su rostro tan demacrado se está leyendo su cruel pesar.

Se acerca, le habla...; mas, sólo escucha fuertes latidos del corazón..... vuelve á llamarle, continuo lucha, pues ya está lleno de compasión.

Al fin despierta, como volviendo de un horroroso sueño fatal:
“¿qué es de María?—dice gimiendo—
¿dónde está esa virgen que es celestial?”

Aquel anciano que le asistía lo que pasaba ya comprendió, è inspirado por simpatía aquesta historia le refirió:

“María—dijo—sólo contaba catorce abríles cuando noté que de improviso su alma cambiaba, pero la causa yo la ignoré.

“Miréla entonces tan bella y pura cual del paraíso naciente flor:
¡ahora comprendo que su hermosura tuvo por savia su inmenso amor!

“Era por todos idolatrada y por sus padres aun con pasión, de grandes prendas tan adornada que era ella digna de adoración.

“Se conocía que era dichosa con un oculto grande placer:
¡no cabe duda que mucho goza al verse amada toda mujer!

“Pero seis meses sólo pasaron,
y ya María volvió á cambiar;
sus alegrías se disiparon,
y mucho, á solas, la ví llorar.

“Frecuente al bosque se encaminaba
y ¡ay! afligida siempre volvió,
en él parece que recordaba
alguna dicha que ella perdió.

“Sus padres tristes y acongojados
viendo á María sólo sufrir,
se resolvieron, apresurados,
por largos años de aquí á partir;

“pues cariñosos ellos creyeron
se distraería yendo á viajar;
mas, como á un punto cierto no fueron
no sé hoy en dónde deban estar.”

Escuchó Carlos con gran tristeza
y atento y mustio su relación;
y suspiraba con la ternura
de un solitario, fiel corazón.

Y dijo: “mi alma la ha idolatrado,
pues prendió en ella fuego inmortal;
hoy para siempre soy desgraciado:
no habrá remedio para mi mal.

“Mas, no: ¿qué digo?... con paso firme
mis ilusiones la buscarán.
Pero, ¿á qué punto, ¡oh Dios!, dirigirme?
¿dónde mis ojos la encontrarán?...”

“¡Horrible angustia!... Cruel el Destino
á ignotas tierras la hizo partir.
¿Cómo seguirla?... ¡no es adivino
el sér nacido para sufrir!

“Adiós, mi amigo, su agradecido
hasta la muerte yo le seré.
¡Quinta, que alegre me has parecido,
desde hoy cual tumba te miraré!”...

Y caminando por la espesura
del bosque, al lago se dirigió,
y dando riendas á su amargura
sus sentimientos allí expresó:

“¡Monte sublime, bosque frondoso
en cuya sombra me refresqué,
risueños prados, lago precioso
á cuya vista siempre gocé,

río fecundo, ribera umbría,
paisaje lleno de inspiración,
palmera esbelta que, en otro día,
fuiste testigo de mi pasión:

“¿por qué es que un triste, luctuoso maudo
os cubre á todos hoy ante mí?
¿qué habéis, pues, hecho de aquel encanto
que en otro tiempo miré yo aquí?

“¿por qué á mi vista no ha relucido
hoy, como entonces, vuestro esplendor!
¡ah!, es porque ahora no sois el nido
donde se abriga quien es mi amor!”

Pasó un momento, y él silencioso
á su palacio se regresó,
y allí, á su madre, triste, lloroso,
lo acontecido le refirió.

Y ella le dijo: “Dios te ha mandado,
Carlos querido, tan cruel pesar;
súfre sumiso, que El con cuidado
te sabrá entonces recompensar.

“Es nuestra vida llena de males,
se encuentra en todo contradicción,
y hay muchas veces trabajos tales
que despedazan el corazón.

“A Dios bendice cada momento,
y aunque padezcas, hazlo también;
porque al enviarnos un sufrimiento
El se promete siempre algún bien.

“Si el sér que adoras hoy te ha negado
y te atormenta con la inquietud,
talvez te quiere ver resignado:
busca consuelos en la virtud.”

X

Final

¡QUÉ azarosa fué la vida
de Carlos sin su adorada!
no hallaba contento en nada
su alma en extremo abatida.

Si contemplaba un momento
la Quinta en donde gozó,
recordando al sér que amó
le servía de tormento.

Si veía esa soledad
en que halló siempre belleza,
sólo encontraba tristeza,
silencio, duelo, orfandad.

Y, á veces, cuando sufría
con más intenso dolor,
sintiendo inmortal su amor
estas frases repetía:

“¡Ay! una bella ilusión
que no ha sido realizada;
es aguda y cruel espada
clavada en el corazón;

“y de tal modo prendida
en el sér que ama y adora,
que en él está ponzadora
quizá hasta el fin de su vida!”

“¿Qué me valen las riquezas
de que puedo disfrutar
y en un palacio habitar
lleno de lujo y grandezas?”

“¿Qué el estar en posesión
de aquel fundo tan risueño,

si nada encuentra halagüeño
mi afligido corazón?".....

.....

Cerca de un puro torrente
que entre arboledas corría
y jugueteón se escondía
murmurando suavemente;

escuchando sus acentos,
que á todos causan agrado,
Carlos se hallaba entregado
á sus tristes pensamientos.

Cuando de improviso vió
á un hombre que hacia él venía,
quien, enviado de María,
esta carta le entregó:

"Me encuentro en los umbrales de la tumba,
Carlos querido, ven, que quiero verte;
ven presuroso á mí, que de la Muerte
la voz en mis oídos triste zumba.

"Escucharte por último yo ansío,
y aun antes de volar dichosa al cielo
quiero tener el sin igual consuelo
de morir en tus brazos, ¡amor mío!

"Quiero darte mi eterna despedida;
mas, ¡qué digo!...; nó eterna; nos veremos
quizás muy pronto allá... donde seremos
felices sin las penas de esta vida."

Quería llorar.... no podía;
nombrarla.... pero se ahogaba;
sólo yerto suspiraba
y en gemidos prorrumpía.

Sintiendo en su corazón
un dolor que no se explica,
pues si pretende, claudica
la más potente razón;

convulsivo y vacilante,
por aquel hombre guiado,

marchó hacia el sér adorado
sin detenerse un instante.....

¡Qué luctuosos pensamientos
martirizaban su mente!
¡cuán largo el camino!...., él siente
que son siglos los momentos....

Mas, ¡oh poder del amor
que á el alma alienta y da vida!,
Carlos llega, y.... complacida
María, se halla mejor.

Recobra presto hermosura,
contento y animación;
siente ya su corazón
rebosando de ventura.

Se explican los sinsabores
que han padecido en la ausencia,
y ven feliz su existencia
renovados sus amores.

Vánse á la Quinta donde gozosos
sus ilusiones vieron nacer,
y allí sus suertes unen dichosos
con indecible, raro placer.

Bosques y fuentes, flores y prados,
testigos mudos de su pasión,
mirar parecen regocijados
esa dichosa, feliz unión.

A su cariño los dos se entregan,
indiferentes el mundo ven,
y en mil océanos de amor se aniegan
viviendo juntos en ese Edén.

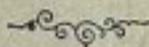
Gustos, anhelos, aspiraciones
estrechan á ambos con más pasión,
y en uno solo sus corazones
fundidos se hallan por la ilusión.

Se unen sus almas cual dos corolas
que arrastra juntas leve huracán;
como del río las mansas olas
que complacidas al mar se van;

cual de las aves los milacentos
que el bosque alegran con su rumor;
como se juntan los sufrimientos
con los encantos que da el amor.

Nada ambicionan: ven ya cumplidas
sus dichas todas en su deidad,
y sus caricias correspondidas
forman su eterna felicidad.

FIN



TRIBUTO DE MAYO
A LA
VIRGEN DE LA UNIVERSIDAD.



1916.

Imp. por Manuel J. Vintimilla

De la descripción que de nuestro patio universitario hace, fuera del terruño, un distinguido literato conterraneo:

“El patio es un pequeño jardín donde se abren las flores a la sombra de copudos árboles. La luz se tamiza, discreta por hojas y pétalos, flota un vago perfume casi místico, y apenas turba el silencio el rumor de pasos y la resonancia de voces de graves muchachos que en las amplias galerías aprenden la lección... ¿Es pues, un colegio o una Academia platónica, o bien la mansión de un poeta? Pero falta alguna decoración... ¿Dónde la obra de arte? La obra de arte está allí, en el centro del jardín, rodeada de árboles y flores: bajo un templete... sobre alto pedestal se yergue una estatua de la Virgen con esta inscripción *Sedes Sapientiæ*, asiento de la sabiduría; es el *palladium* del Colegio, el símbolo, a la vez que el lema.

Nostalgia respira el pasaje, y consueña con la que tenemos los que hemos dejado de ser alumnos de estos claustros universitarios.

Volvemos la vista y, contemplamos ocupando nuestros antiguos puestos por quie

nes no enferman aún de nostalgia, bendecimos esa su edad en que cada Mayo⁶¹ la enfiorece con la piadosa ofrenda de lo único que atesoran,—sentimiento consagrado a MARÍA en la humildad de los primeros ensayos literarios.

La crítica adusta, la que no sabe perdonar a los niños, se burla de ellos: el hogar cristiano recibe siempre benigno las flores de semillas que volaron de él a los jardines universitarios.

Traducíamos a Virgilio hace años. “El monte Ménalo resuena con el concierto de árboles y vientos—Entona zampoña mía, cantos dignos del Ménalo”—plegaria ésta repetida y vuelta a repetir por Damón hasta que, para arrojarse a las olas, se despide del canto:” Adios, zampoña mía, calla las armonías del Ménalo. *Desine Mænalios, iam desine, tibia, versus.* (Egloga VIII)

Si la tarde de la vida no es ya para alegría del canto, quedará a lo menos la contemplación del sol que muere tras el Ménalo y el sentir las brisas de sus florestas. Dulce nostalgia ¡Nostalgia amarga la de quienes, huídos de ellas, ni sienten, ni creen, ni aman, ni esperan como en los días en que la zampoña preludiaba en el sagrado Ménalo!

UN ANTIGUO UNIVERSITARIO.

TODOS LOS AÑOS.

Aquí de nuevo a las plantas de la Virgen de la Universidad, siempre suplicante; porque siempre supe que se enternecía el corazón materno, ante las lágrimas del amor filial.

Ante Ella levanto mi faz y en sus dulces ojos traduzco el intenso anhelo de bendecirme pero son tantas las gracias que quisiera pedirle, que incapaz de hablar, siento que lágrimas me traicionan; y sigo mirándola, y al fijarme de nuevo en sus encantadores ojos, me acuerdo de los de mi madre que parecen sus reflejos y encontrarse con los míos, hácenme sentir dentro del alma, indecibles emociones.

Cuando veo las flores que, dichosas, revientan a sus plantas, me tiento a arrancar un *pequeño* *samiento*, y medito luego que es mejor dejar allí para que al desvanecerse y morir como mi ruego por aquello que más vivamente hace palpitar mi corazón.

Algo embarga mi garganta y no puedo

zar, mejor es contemplarla: son pálidas sus mejillas y en su rostro, divino, se retrata la ternura; oprime contra su pecho al Niño Dios y está de pie y con los labios entreabiertos como para hablar; parece que quisiera decirle a su Divino Hijo: "Salva de nuevo el mundo, que se destruye, agitado en convulsiones de odio y venganza"; parece que le insta, tal vez le manda que vigorice la fe de sus estudiantes y acreciente en la virtud el corazón de los que la honran.

La sombra tembladora, proyectada por los árboles que la rodean meciendo sus ramas, le dan un movimiento imaginario y parece que viviera. Las estrellas que brillan en su cauda me atraen la atención, y los rayos solares que se escurren por las ramas, aclarando el fondo azul de esas estrellas, convierten el manto de la Virgen en un cielo del color del nuestro: en un cielo cuencano.

El vientecillo fresco, que trae débiles oleadas de perfume de violeta, da un aire de paz y de calma, que llena la mansión donde preside la Reina de la Sabiduría.

En mitad del jardín de la Universidad Azuaya la Virgen está sonriente; allí todos los años recibe ramilletes de flores de Mayo, allí tiene un trono de cien corazones que saben amarla.

A sus pies en grandes letras está escrito "Voces Sapientiae", es la plegaria que vibra fermente en los labios universitarios al comenzar la jornada del estudio diario. Quiera Dios que no se desmaye esa plegaria porque, indudablemente, es una oración de fe que se levanta hasta el cielo y al pasar las plantas de María se deshace en lluvia de luminosa inspiración.

234567
897

Inculto musgo reviste su peana, y en sus peddaños búcaros de geranios se desbordan en torno; y las flores y las hierbas y los árboles se inclinan reverentes al beso de la brisa.

Allí estoy de rodillas, y ¿qué le pido a la Reina de la Universidad? ¿Que salve mi Patria que en luchas fraticidas se aniquila? ¿Que las benditas canas de mi madre brillen siempre en aquellas sienas, como en la copa de los árboles que dan sombra la nieve del invierno? ¿Le pediré que la nave de mi vida surque, a próspero viento, en el brumoso, desconocido mar de la vida y que a mi mente bañen claridades del sol? Mas no: calle mi lengua, y hable, ante los pies de la Virgen, mi corazón hecho pedazos....

MANUEL ANTONIO CORRAL J.

Manuel 

ANFORA DE AMOR

A LA DOLIENTE MADRE DEL GOLGOTA SOMBRIO.

*Dieu, caché dans la nuit de cet être souffrant,
Brille et fait resplendir son sourcil transparent,
L' albâtre laisse voir sa lumière immortelle,
Son œil luit. . . .
Qu' importe que la foule ignore ou méconnaisse!*

VICTOR HUGO.

En las luchas rendido de la vida
y midiendo el dolor de mi derrota,
como cóndor que entreabre el ala herida
y tiende el vuelo a la región ignota,

sentí el ansia indecible del suicida:
—rasgando el pecho con mi pluma rota,
dejar quise, cual cándida gaviota,
a mi musa en la cítara dormida!

Y al ver mis sueños transformarse en nada,
de la proterva negación atea
brotó en mis labios el horrendo grito!

Mas, volviendo hacia lo alto la mirada,
—fulgente luz que en la razón clarea,—
vi tu nombre grabado en lo infinito!

(Escrito a los recuerdos de
prístinos dolores, con vuestra luz
muriente, crepúsculos de Mayo.)

César Dávila Córdoba.

RECUERDOS

A LA VIRGEN DE MAYO.

Transcurrieron los años de mi infancia
alegres bulliciosos,
fue la ventura flor cuya fragancia
mi alma inebrió de efluvios deliciosos.

Era mi vida llena de ilusiones,
ellas, según los años,
son para el niño plácidas visiones,
y para el hombre crueles desengaños.

Idas ya mis primeras esperanzas,
mis días halagüeños,
torno a vivir de gratas remembranzas
formando de recuerdos mis ensueños.

Y, al desgarrarse del olvido el velo,
cual floración de estrellas,
brillan en el lejano azul del cielo
mundos de luz, escenas las más bellas.

Hoy dejo en esta página querida,
reliquias del pasado,

los mejores recuerdos de mi vida
que el transcurso del tiempo no ha borrado.

Cuando eran mis cuidados mis delirios
de Mayo en cada día,
del campo reunir rosas y lirios
y embellecer tu altar, Virgen María.

En testimonio de filial cariño
de amor apasionado,
como ama sólo el corazón de un niño
de fé y de esperanza entusiasmado.

Cuando eran mis sencillas oraciones
desbordes de mi anhelo,
reclamos en fervientes peticiones
de compasión y de piedad al cielo.

Y el raudal de consuelo inagotable
en Ti encontraba mi alma,
en horas en que huía inexorable,
del pobre corazón, la ansiada calma.

Que era ardiente la fé que en mí sentía
y plena la confianza,
ni una lejana nube oscurecía
el brillante fulgor de la esperanza.

Alberto Astudillo M.

AL PARTIR

Antes que torne tras la montaña
de Mayo hermoso postrera luz,
traigo a tus plantas, dulce María,
la primer nota de mi laúd.

Cómo han volado los años míos
desde que niño besé tus pies;
los años míos cómo han volado,
desde que flores puse en tu sien.

Con qué ternura de madre buena
dulces miradas fijaste en mí,
cuanto gozaba yo en tus miradas,
cual en las flores el colibrí.

Y si han pasado de amor repletos
los áureos días de juventud,
de esos recuerdos sólo he guardado
el más hermoso, María, Tú!

Y a la hora triste de despedida
cuando no tornes a mi cenit,
sígueme Madre, paso tras paso,
que es hora triste la de partir.

En el sendero por la agria ruta
de incertidumbres que viendo estoy,

en cada orilla, y en cada risco,
mi amparo sea tu bendición.

Son mis plegarias como de un niño
en cuyas manos el alma está,
¿y quién no es niño junto a su madre,
ni otro lenguaje quién ha de usar?

Vida futura llena de sombras
de mis senderos hasta el confin,
como te agrandas, cual un fantasma
que mi ventura va a perseguir.

Para las horas de mis tinieblas,
como el arco iris en tempestad,
lucirá, Madre, de tus miradas
el lampo hermoso de tu piedad.

Nadie ha podido mi desventura
seguir de cerca como tu amor,
él de mis ojos copioso llanto
con mano amiga siempre enjugó.

Hoy como nunca de mi esperanza
luce, María, la bella luz:
conmigo vayas, y cuando muera
estés, oh! Madre, junto a mi cruz.

L. M. Hermida V.



CONFIDENCIA.

Madre mía: no te vengo a cantar; para ello sería preciso que supiera hacerlo, y, cómo he de saberlo, si para que brille el sol es necesario que no le envuelvan nubes y para que se alegre el corazón y cante, que no le opriman penas.

Ha sido y es para mí un enigma la felicidad y, en consecuencia, el canto; mas no así el dolor y la desgracia, que de él y de ella se ha saturado mi alma. Nací, y en mi niñez aún, hube de perder la benefactora sombra de mi amado padre; entonces, un sér como Tú -mi madre- confiando sólo en las fuerzas que son el producto de un amor puro y sincero, prometiόμε la felicidad a trueque de todo sacrificio, y, como fervorosa creyente, te rogó lo recordarás, cuando llevándome a tus plantas, de rodillas te pidió que me adoptaras y le dieras el pan para mis hambres.

¡Cuánto desde entonces debo agradecer yo!...
Y que ingrato he sido, permaneciendo muchas

veces impasible a tu reclamo y contemplando quizá con fría indolencia el balanceo de mi creencia en tí. Hoy que el fatal filosofismo riega en el mundo las fascinadoras ondas de mentida ciencia, no dejes que en la barquilla de mi mente zozobre la verdadera y santa, la confortadora Religión de mis mayores.

De las tranquilas horas de mi infancia no me queda al presente sino un confuso grupo de recuerdos. El primer destello de la luz de mi razón me dió a conocer que debía luchar por la existencia, y desde entonces mis juegos infantiles se redujeron a tareas; tareas que si, por una parte, habían de producir el pan para mi vida, por otra, debían abrirme el sendero por el que hoy he venido a ser el prioste de tu fiesta.

Sin duda tu protección —conseguida mediante las fervientes plegarias de mi madre— hizo que coronara un día la mitad de mi carrera. ¡Fuí bachiller! y qué gozo el mío, porque un título me permitía vivir algunos años en el palacio tuyo, oh Reina de la Universidad, Fuente de Sabiduría!

A Tí, pues, que, como Madre de mi Dios, eres madre mía, y como soberana del plantel, lo sois del estudiante, te referí mis cuitas, y al depositar la primera de mis azucenas a tus piés, puse también bajo tu amparo, hermosa y pura, la flor de mi ilusión. ¡Quién pudo presumir que mi ilusión —como la azucena por el tiempo— había de marchitarse prematuramente por la fría lógica del cálculo....!

Si he rememorado mis dolores, natural es y permitirás que te contemple silencioso en el día de tu fiesta. Mas, porque no te canto, no

creas que soy indiferente a festejarte. Si no escuchas mi voz ahogada por el llanto, comprenderás al menos por las lágrimas que caen a tus pies, cómo la frente de tu hijo se halla ante Tí dichosa y humildemente abatida.

La madre del saboyano, cuando su hijo va a partir, en trabajosa peregrinación, para lejanas tierras, no le falta con el pan que matará sus hambres en las primeras jornadas del camino, y Tú, Reina de la Universidad, a este tu hijo, el abogado; o mejor, el saboyano de mañana, que en breve partirá para el viaje por el mundo y la lucha por la vida, no le niegues Madre mía, el pan de la fortaleza.

C. Dávila Cordero.



SALUS INFIRMORUM.



Las alas bate el nuncio de la aurora,
rompe en gorjeos el caliente nido;
y mi pecho que férvido te adora
a Ti consagra su primer latido.

Esplende el arrebol de la mañana,
el bronce lanza al aire dulce acento;
y entonces, a Ti, dulce Soberana,
te enaltece febril mi pensamiento.

Si despiertan los astros y las flores,
el heraldo de luz si alegre canta;
en mi alma, altar de angustias y temores,
eres Tú la deidad que se levanta.

Cuando tiembla la gota de rocío
al recogerse en la gentil corola,
llenando de mi espíritu el vacío,
brilla tu Imagen majestuosa y sola.



Cuando el sol, desde la mitad del cielo,
manda torrentes de su lumbre pura,
en un incendio de feliz anhelo,
te saludo cual fuente de dulzura.

Vuelve a los bosques la paloma errante,
el vendaval las hojas desparrama;
y al rumor del arroyo sollozante
por Ti palpita el corazón que te ama.

¡Compasión, Madre, para tu hijo amante,
desfallecido en árido desierto:
en las tormentas de la lid gigante
Tú darás vida al corazón que ha muerto!



Entre los cortinajes de oro y rosa,
se aduerme el astro rey en Occidente;
y ^{su} ~~su~~ postrer latido ¡Madre hermosa!
a ti dedica el corazón ferviente.

Por doquiera la sombra, ha muerto el día,
gimen las aves, el torrente llora;
y, en medio de la fúnebre elegía
te canta mi arpa, celestial Señora.

Cuando luce la estrella vespertina
y otra vez la campana arrulla al hombre;
viendo en mi corazón tu faz divina,
pronuncia el labio tu melifluo nombre.

Te llamo cual la flor busca al rocío
cuando Febo sus pétalos marchita;
te llamo, y en ardiente desvarío,
sólo por Ti mi corazón palpita.



La luna muestra la argentada frente,
como cristal donde tu amor destellas;
mientras tu nombre leo refulgente
escrito en el azul con las estrellas.

Cuando el sueño ha huido de mis ojos
y en lúgubre silencio duerme el mundo;
incinerando fúnebres despojos,
te consagro mi afecto sin segundo.

¡Compasión, Madre, para tu hijo amante,
desfallecido en árido desierto:
en las tormentas de la lid gigante
Tú darás vida al corazón que ha muerto!



Así como en la tarde, en la mañana,
así en la noche, como en pleno día,
eres de mis afectos soberana;
eres el ideal: la poesía.

Tuyo, del corazón cada latido,
en Ti del alma todo el pensamiento:
tuyo será el amor más encendido
hasta que exhale mi postrer aliento.



Siento en mi redor pasos de la muerte,
se extingue ya mi lánguida existencia:
Madre, no olvides mi futura suerte
cual nunca ahora imploro tu clemencia.

Al que a Tí viene, humildé y sin tardanza,
si quieres, torna su salud perdida:
Oh! madre de Dulzura y Esperanza,
eres también la fuente de la Vida.

Alberto María Andrade.

MANOJO DE ESPINAS.

¿Quién no vuelve sus ojos al cielo, cuando tiene el alma abatida?

En el dolor, instintivamente, eleva una plegaria el corazón, y el alma quiere desprenderse de la materia, ligadura pesada, para elevarse a las regiones suprasensibles, y comunicarse con los seres superiores: en sus grandes penas, el hombre creyente busca en Dios el consuelo.

Pero, la majestad del Dios Infinito le con turba, la criatura tiembla ante el Criador. En tonces le habla a esa otra criatura, entre toda privilegiada, que está tan cerca de Dios y tan cerca del hombre, María Santísima.

Por la Virgen María impetra el que valga la misericordia del Eterno; a Ella elevan sus plegarias los afligidos, porque Ella es su consuelo, CONSOLATRIX AFLICTORUM.

Oh Madre, soy del número de los que lloran, y por eso, con más derecho que en mis horas de dicha, a Ti acudo.

Entre la dulce melodía de los cantares que a juventud del aula, cultivadora de la gaya ciencia, te dedica, al par que los arpegios de sus rinos los jilguerillos que anidan en las frondas de tu jardín de la Universidad, en ésta que es tuya y de aquellos, de mi parte oirás apenas un sollozo del alma, y un manojo de espinas confundiré, si me permites, con los vistosos jarrones de flores que depositan a tus plantas quienes las han podido recoger en el camino de la vida: mi ofrenda es la de mi sufrimiento.

Pienso en mi orfandad, y fluyen las lágrimas a mis ojos, y mi corazón se estrecha; pero, de allí, de la tumba veneranda sobre la que lloro, una voz me dice: "Adora a Dios y su Providencia; no estás solo: ámale con más ternura, si es posible, a tu madre tan buena, en la tierra, y vuelve tu corazón a la Virgen María, a la que de niño te consagraste en el aula".

Oh! sí, Virgen Pura, ya que cayó una de las columnas de mi entristecido hogar, sostén Tú la otra, por muchos años, porque al rededor de ella nos congregamos nueve huérfanos, y abrazándola nos consolamos en nuestra impenetrable tribulación.

Cuando del alma están las fibras rotas,
del infortunio por un golpe rudo,
y sangra al corazón puñal agudo,
la lira tiene sólo tristes notas;

El espíritu vuela a las ignotas
regiones, y, en lenguaje tierno y mudo,

a Dios ofrenda su dolor sañudo,
y de su llanto las amargas gotas.

Oye el Señor del triste la plegaria,
y la resignación, en la honda herida,
derrama, como bálsamo de vida.

De hinojos en la losa funeraria
que encierra, cruel, los restos de mi padre,
invoco a Dios y a Tí, Divina Madre.

Tarquino Martinez B.



OFRENDA. 271

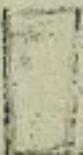
Nevadas rosas de jardín florido
pensé que fueran mi primera ofrenda;
¡vana ilusión! en hora aciaga, horrenda,
deshízolas el viento enfurecido

Salí a los riscos de la esteril breña
si quier buscando sus marchitas flores:
muy pocas encontré, mas las mejores
las traje para Tí, de mi alma Dueña.

Pero, al llevarlas a tu altar, Señora,
moribundas, sedientas de rocío
bebieron el amargo llanto mío
y las mató el dolor que me devora.

Héme a tus pies; mi mano está vacía
pero eres buena, no te cause enojo,
pongo a tus plantas, cual sangriento abrojo,
mi pobre corazón, Virgen María.

Victor Coello H.



A la Virgen del Espido

Reina del Pueblo Cuencano,
al perfume de las flores
y al gemir de mis dolores,
torno al ara de tu amor.

Y a la luz de tus miradas
halla el corazón consuelo,
y calma para su duelo
todo el que siente dolor.

Cual abeja quejumbrosa,
vengo a Ti, ¡Madre adorada!
a dejar en tu morada
la sangre del corazón....

Y al áureo fulgor de Mayo
vengo a Tí, Madre, anhelante,
de ternura palpitante
mis estrofas a cantar.

Oye mi humilde plegaria,
Reina del Pueblo Cuencano,

Quelth *Al*

astro de amor soberano
que brillas en mi dolor.

Y a tus plantas nunca falte
de las flores la ambrosía,
del ave la melodía
y de mi pecho la fé

Y hoy traigo a tu ara bendita,
fresco manojo de rosas,
las más nítidas y hermosas
que ha cultivado mi amor.

Acepta, Madre, mi ofrenda
como sencilla, inocente,
y la plegaria ferviente
que te eleva el corazón.

JOSÉ M. LOZANO S.



PRIVILEGIADA FLOR.

El hombre, al elegir sus símbolos divinos, se ha mostrado siempre más reverente a los halagos de la belleza y gracia femenil, que a las influencias del poder y la grandeza masculinos. El paganismo, aunque en homenaje sensual, elevó con Venus la hermosura a sus altares; y, aún más, hizo de la seductora Juno la diosa de los dioses, temida por sus venganzas, en los pueblos todos.

El Catolicismo, religión que odia la deificación de los instintos humanos, en su necesidad de adaptación a nuestro espíritu, ha elevado también una mujer a sus altares; pero una mujer dechado de todas las virtudes y favorecida con todas las excelsitudes de la gracia: una criatura humilde y hermosa que, en pos de ser Madre del Gran Dios que vino a redimir la tierra, quiso hacerse madre de todos los hombres. Pero madre dulce; pero madre tierna: madre que sabe amar y que perdona; madre que llora por nosotros.

En la senectud del paganismo, reyes y pueblos, atraídos por la sublimidad del dogma ca

tólico, esparcieron por la haz de la tierra grandiosas catedrales, monumentos o apartadas ermitas y retablos. Y disputaron a la avara naturaleza sus joyas más preciadas. Y, así, fueron a las plantas de la santa Madre de Dios junto con las gemas arrancadas al frío regazo del granito, las olorosas resinas de la selvas, las virginales flores de los campos. De ese primer arranque de ingenua devoción, han pasado, hasta hoy, algunos siglos. Y con ellos perecieron imperios, leyes, doctrinas y grandezas; pero, entre ese mar de escombros, cadáveres y ruinas, en todo ese confuso cataclismo de la Babel humana, que levanta dioses y los destruye, enciende soles y los apaga, sólo el nombre de la Madre de Dios ha sido respetado; porque se escuda en la imaculada belleza, y le ampara el encanto de la castidad.

Sólo a tí, María, no te han quitado el trono del altar. Sólo a tí, hoy como ayer, no te faltarán a las plantas nardos, ciclámenes y rosas, la frescura, el perfume y los colores; músicas, plegarias y almas que buscan fe y mendigan esperanzas; dolores que imploran consuelo; corazones enfermos de la locura del vivir y vírgenes que, como alabastrinas flores, llenas de fragancia, exhalan al pie de tus altares el aroma sutil de la inocencia; niños que te cantan; oraciones infantiles que, con la pura entonación de la mañana, inundan de armonías y dulzuras la apacible quietud de tu retiro virginal. ¡Bendito tu candor: dobléguese a tus plantas el soberbio espíritu del hombre!

Cornelio Crespo Vega.

A MARIA.

Para cantarte a tí, Reina y señora,
a mis versos juntar, ¡cómo quisiera
todas las galas de la ardiente esfera,
todo el fulgor y pompa seductora
de una sin par y eterna primavera!

Mas ay!, sólo me es dado cantar triste
con mi laud doliente e insonoro;
acallaré mis quejas y mi lloro,
a que te cante el alma, que en mí existe
su lira de marfil, con cuerdas de oro.

Y si no puede mi alma, Virgen pía,
mis anhelos seguir en tus loores,
en pedazos, amor de mis amores,
te daré el corazón, y ellos, María,
de mi ofrenda serán las pobres flores.

Luis A. Ordóñez V.

LA MÚSICA DE MARÍA

Podía ser este título la tesis de notables artículos de conocedores de la ciencia y el arte de la música.—Se ha escrito tanta música sacrada en honor de la Reina de los cielos, que el repertorio clásico de los coros, en las catedrales y las abadías, la para cada fiesta, en honor de la Virgen, una melodía, un canto o una *rosa*, en consonancia con la advocación que se conmemora o con el misterio que se recuerda.

Para nosotros, que apenas principiamos nuestra carrera en las artes y la pluma, huelgan esos temas magníficos, que seguramente los han tratado ya los escritores de la Virgen María.

La música, cuyos sencillos sonos, o cuyas estrofas familiares y caseras repercuten, más que en nuestro oído, en nuestro corazón, que las escuchamos desde que abrimos los ojos a la plácida luz de la fe, aquellas son que nunca dejan de repetirse despertando en el alma, cada vez, los mismos sentimientos, las mismas fruiciones cada vez.

Hay concientos que no cansan nunca, ruidos y murmullos que producen en el espíritu distintas inspiraciones: los conciertos de la alborada, el susurro del río, el rumor del viento, a pesar de su monotonía, parecen arpas eólicas que hablan al corazón un lenguaje siempre antiguo y siempre nuevo. Así ocurre siempre con la cristiana música de la Virgen: sus *himnos*, sus *avemarias*, su *letanía*, su *salve*, sus *estrofas de Mayo*, sus *cantos de penitencia*, los *motetes* de sus fiestas y procesiones, empapados todos, si es lícito decirlo así, en ternísimos dejos de melancolía; constituyen la eterna música de nuestra piedad, que no la cambiaríamos con las más inspiradas concepciones de los grandes genios del arte. Sin duda, eso sucede por la consonancia que guardan los afectos con la música, y porque la fe y la piedad llevan siempre el sello de la naturaleza, de la índole de los pueblos.

No obstante el cambio que experimentan las costumbres, el fondo del carácter es estable, y el nuestro, llevado a la vaguedad de la melancolía, goza con la apacible tristeza de sus músicas; no solamente se goza, sino que también al pie de los altares de la Virgen, movidos los sentimientos y excitadas las santas pasiones de lo mejor, el alma cristiana se desprende del barro de la vida, y, en un vuelo hacia el infinito, se operan grandes mudanzas y retornos hacia el cielo, en los que el encanto de la música sagrada, como fuera un himno a la Virgen, ha tenido muchísima parte.

Así es el hombre: un rasgo de hermosura, un conjunto de notas musicales, cuántas veces son el móvil, si no la causa, de acciones que

deciden de la vida toda entera.

¡Bendita sea, pues, la dulce armonía que partió de nuestro pecho de niños hacia la Reina de todo lo tierno y todo lo hermoso! Al avanzar en la carrera de la existencia, en distintas ocasiones y circunstancias, vibran en nuestro corazón de adolescentes, aquellas notas de impecederero recuerdo, que las compararíamos, sencilla y genuinamente, a un arrullo maternal: parece que en esas suaves y familiares melodías, la misma Virgen cantara por vuestros labios!

¡Benditos sean también esos olvidados autores de nuestras músicas a María, de quienes el nombre y el recuerdo han desaparecido, y sin embargo ha quedado su alma unificando y vivificando el alma de la piedad cuencana; esparciéndose, como levantada de ultra-tumba, la sagrada sombra de su genio, que no muere nunca y se esfuma de las trompetas majestuosas del órgano, de las delicadas lengüetas del armonium y más todavía de la arpada garganta de los niños, y del pecho varonil de todo un pueblo, que no se cansa de creer en Dios y alabar a su Santa Madre!

¡No muera nunca nuestra música de la Virgen!

JUAN JARAMILLO V.

A LA VIRGEN DE PAUCARBAMBA.

Tienda de amor te ofrecen las montañas,
mientras presides los floridos campos,
y, por tu amor, los cariñosos lampos
del astro tejen solio a las cabañas.

Riega ante Ti sus gérmenes fecundos
florida la campiña de maizales;
sus cetros de oro fúlgidos triguales
a tus plantas inclinan pudibundos.

El surco que abre humilde campesino
para arrancar el néctar de la vida
queda a la sombra de tu amor divino;

Y, en cambio, cuando rinde opimo fruto
la tierra a la fatiga; complacida
ves a tus aras primicial tributo.

ANTONIO BORRERO VEGA.



FINAL.

I

Cerraré vuestro libro de versos, hermoso bú-aro de flores nuevas que ponéis cariñosos a las plantas de la Virgen del Colegio. No podía faltar esta ofrenda para Ella: nacisteis en tierra de los retamales, donde es perfume el aire, primavera el campo, música el río y arpa el corazón; por eso sois poetas, y porque sois poetas de esta tierra de luz y colorido, espigáis en el campo de la lira lo mejor del fruto para la Reina de Mayo. Qué estalle en versos vuestro corazón, abriéndose a la juventud, bajo el fulgor amoroso de esa Estrella que llena de vida la vida!

Antes que pasen las inocentes horas de la plenitud del alma, cantad con la efímera placidez de las primeras notas: a vuestra edad el canto es luz, perfume, amanecer....; de tarde es sombra, adiós, gemido....

II

Cada tarde, en el patio de vuestra Universidad, en cuyo centro está La que os preside e las labores escolares, cada tarde, cuando pasa un hálito de tristeza por sobre el corazón y la vida entre la húmeda fronda de esos jardines ¿no habéis visto cómo una bandada enloquecida de gorriones, salta, vuela y canta juguetona, como de fiesta, en torno de la Madre a quien se ñalasteis un puesto entre el verdor de ese arbolado? Cuán hermoso concierto que a la caída del sol, en despedida á la luz, entona la bandada juguetona!.. Así, vosotros, tenéis también un día de fiesta escolar: el último sábado de Mayo. En despedida a la Virgen, como los gorriones en despedida a la luz, os agrupáis en torno de Ella la postrer tarde de Mayo, entonando, inquietos y bulliciosos, los cantos del *adiós*:

“Lumbre de Mayo, risueña,
la montaña te escondió;
mientras de lejos te alcanzan
los acentos de mi adiós”.

Cantadle: en las nostalgias de la vida que os espera, asomará siempre como una estrella de paz, entre el confuso y dolorido recuerdo de lo que fué, la sombra de la Madre, cariñosos y llena de dulzura para las tormentas del corazón....

III

BUENAS TARDES!

La linfa que corre temblando y no vuelve,
a tarde que muere de pena del sol,
a fronda sombría que en niebla se envuelve,
le frío, a la falta de tibio arrebol;

La voz de la quena que pasa regando
ostalgia en las cumbres que apenas se ven,
el gemir del *Angelus* que se aleja blando
el viento en las alas, al tenue vaivén;

Que acaba tu fiesta, nos dicen, Señora,
por eso mi lira te canta en esta hora
de pena, de sombra, de Tí yendo en pos:
Padre, buenas tardes! la lumbre ya no arde,
nos junten otro año, de Mayo en tu tarde,
canto, la lira, la quena, el adiós!....

J. R. BURBANO V.



CANTO

A LA

INMACULADA CONCEPCIÓN

DE MARÍA

8 DE DICIEMBRE DE 1904.



QUITO

TIPOGRAFIA SALESIANA



CANTO

A LA CONCEPCIÓN INMACULADA
DE MARIA



AUREA mañana en que natura nueva
Vio á su Señor en el Edén dicho
Plácidamente con la virgen Eva
De paz y señorío en el reposo!

Él cuantos seres vio los vio perfectos,
y penetró, con ciencia no aprendida,
al simple ver, las causas, los efectos,
el número, y el peso, y la medida.

La creación divina, aún ilesa,
A Eva ostentaba en su beldad sin velos
La huella del Señor recién impresa
En la tierra, en los aires y en los cielos.

Las cuanto abraza la estrellada esfera
El molde fue tan sólo en que se vacía
Belleza muy más pura: todo era
Hacer para la perla de la gracia.

Ay! el rico tesoro de inocencia
El padre infiel malbarató en derroche,
Y á la prole infeliz dejó en herencia
La muerte al cuerpo, al ánima la noche.

Natura sintió arder las rebeldías
Contra el orden nativo, y desquiciada
Sepultarse debió rota y sin días
En el abismo de la Antigua Nada.

Y pudo consentir el Soberano
El quecedor que, en su mengua y vituperio
El arcángel vencido, de la mano
Se arrebatase el cetro del imperio?

Oh, que *ab aeterno* conoció el engaño,
Y dispuso con pródigo gobierno
El infinito remedio para el daño:
Que en la mente de Dios todo es eterno.

Así que el Hijo de su seno, el Verbo,
No dejar de ser Dios, hombre naciera,
Para que en mortal carne vuelto siervo
Viese el mismo vencido el que venciera.

Engendrado y su alta Engendradora
Son de Dios en la eternal presciencia
Esta final de la obra criadora,
Esta maravilla suma y la excelencia.

Purificate, oh lira, y en voz santa,
Entre un raudal de incienso y melodía,
Brote de ti, cual sol que se levanta,
Resplandeciendo, el nombre de MARIA.

Salte al oírlo de alborozo el mundo;
En vítores prorrumpe el universo,
Vibre el cielo de amor; tiemble el profundo
Postre las alas trémulas mi verso.

Salve, ideal de la Divina Mente,
De cuanto creó puro, santo y bello;
Obra entre todas única, excelente
En que grabó el Artífice su sello.

Nueva ubérrima tierra, Paraíso
Do inocencia más pura, la perdida
Restauró al hombre, Edén en que Dios quis
Él mismo ser el Árbol de la vida.

Joya de oro finísimo que engasta
Integro, sin manecilla y más radiante
Que en otra alguna de la humana casta
De la virginidad vivo el diamante.

Virgen, por quien recibe el Increado
Mayor gloria del hombre delincuente
De aquélla que, sin Tí, le hubiera dado
Una prole de culpas inocente.

Virgen y Madre á un tiempo en quien se adun
Opuesto dón que á tí tan sólo cuadre:
Más Virgen, por ser madre, que otra alguna
Más Madre, por ser virgen, que otra madre

Imperial Reina, que en excelsa cumbre
Sobre lo imaginable estás tan alta,
Que para concebirte, aun en vislumbre,
Idea, mente, idioma...; todo falta!

Eres la fuente viva que se espacia
Brillando al sol en inexhausta vena,
Siempre á torrentes derramando gracia,
Siempre de gracia rebosando llena.

Así el agua del mar que en nubes flota
Vierte al campo el nutricio refrigerio,
Termen de vida, y sin perderse gota,
En ríos vuelve al insondable imperio

Así el sol natural va prodigando
La luz que asocia y vivifica todo:
La pureza refléjala brillando,
Y la obscurece, sin mancharla, el lodo.

En ti juntas de gracias peregrinas
Todo el acopio en grado relevante,
Cual los fulgores de las piedras finas
Lunta y aviva en iris el diamante.

Esfuerzo Tú de omnipotente brazo
Tan alto sobre todo te sublimas
Que, más á humilde otero el Chimborazo,
Empequeneces las celestes cimas.

De tu virtud lo sumo no podemos
Ni concebir; oh Mar, en tu planicie
Que nos cansa la vista, y sólo vemos
De tu profundidad la superficie.

Eres cielo de golfos sin orillas,
Do por más que el cristal la vista ahonde,
Y nos pasme con nuevas maravillas,
La luz suprema en lo invisible esconde.

Tu grandeza el espíritu me rinde:
Si, á lo criado sólo circunscrito,
Un término le busco ¿do la linde
Entre tu inmensidad y lo infinito?

Mas ¿dónde, oh Sacra Virgen, do las fuentes
De tu grandeza están? De qué oceano
Te llueve gracia en múltiples torrentes?
De tanta celsitud ¿cuál el arcano?

¡MADRE DE DIOS...! Oh dignidad que encierra
Mas tesoros de mérito y virtudes
De cuantos tienen nombres en la tierra,
O ensalzan los angélicos laúdes.

Lo que en el cielo empíreo es maravilla
De hermosura y pureza, el gran conjunto
De santidad que deslumbrando brilla
No es de este sol ni imperceptible punto.

Alteza que la mente imaginara
Linde al poder de la divina Esencia,
Si quien da lo infinito no ostentara
En el supremo dón su omnipotencia.

De tu maternidad el privilegio
Junto al trono de Dios te domicilia,
A que tu ruego rija el cetro regio
Cual Reina madre de imperial familia.

No es tuyo el Trono en que la fiel Justicia
Vibra en inaccesible refulgencia:
Luna, Tú reinas, al perdón propicias,
En el dosel sidéreo de Clemencia.

En Dios están la voluntad que manda,
El rayo del poder, la voz que cría;
Mas del materno amor la fuerza blanda,
La ternura del Cielo en ti, María.

No eres sierva, eres Madre á quien conviene
Real decoro y séquito prolijo,
Y que lo excelso que de sí no tiene,
En Ella esté por convenir al Hijo.

Y pudo la gran Reina, la escogida
De la sierpe infernal ser mancillada?
La que nació para vencer... ¡vencida!
La que nació para pisarla... ¡hollada!

Pudo acaso, si el mal que nos abruma
La corriente letal hasta Ella ensancha,
La madre ser de la Pureza suma?...
No: Dios se humilla, pero no se mancha.

El hijo que, á su madre preexistente,
Amante, sabio y poderoso fuera,
Le inundarla de bienes el torrente
No otra medida que el poder tuviera.

Así obró Dios: prodigio de su mano,
Cual para ser su Madre, la hizo bella;
Al verla tal, si se vistió de humano
Redimir al siervo, fue por Ella.

A tí, cielo terreno de Dios hombre,
En la Divinidad toda anegada
¿Cómo te llamaré? ¿Cuál es tu nombre?
Dímelo con tu voz—¡“LA INMACULADA!”

¡LA INMACULADA! oh claro dón que implicó
La integridad del sér sin ningún daño,
Lo único que á la tierra glorifica,
Indemne de la sierpe del engaño.

Muestra dió de poder más portentoso
El Fiat que crióla Inmaculada
Del que en el ciego abismo del reposo
Vibró la luz y fecundó la Nada.

¿Cómo se obró el portento? ¿Quién resis-
De la Sabiduría á los reflejos;
Ni qué podrá indagar el que no asiste
De Dios inescrutable á los consejos?

Sé que la planta, por extraño efecto,
Para pagar al hombre su tributo,
Saca fragante del fangal infecto
Inmaculada flor, y de ella el fruto;

Que el sol, del mar salobre, eleva pura
La nube que hilos de cristal destila;
Que del pétreo carbón en la negrura
Arde el diamante y férvido rutila.

Y Tú, Señor, que puedes lo que quieres
¿No libraste del mal que me inficiona
A la mujer bendita entre mujeres?
¿También con él tu Madre se baldona?

Horrendo de pesar!... ¿Y en sabias mentes
Cupo el dudar? — Quizá; mas ¿no existían
Soles en el espacio refulgentes
Cuando los ojos verlos no podían?

Tal vez de la verdad la refulgencia,
Cuando entre sombras de misterio brilla,
Ofusca más los ojos de la ciencia
Que los de la razón pura y sencilla.

Disipar la tiniebla; hacer visible
El sol de la verdad, antes sombrío;
Imponer que el dudar fuese imposible
Que gloria sólo tuya ; Inmortal Pío!

La sacra Fe que con estudio sabio
Los divinos arcanos averigua
Quiso dictar, por tu infalible labio,
En dogma nuevo la verdad antigua.

Y el instante llegó, siglos ansiado,
En que tú, excelso, entre el purpúreo Coro,
De luz dada á tí solo iluminado,
De áurea pompa é imperial decoro,

Viste de la Deidad en un destello
LA CONCEPCION SIN MANCHA DE MARIA,
Y al ponerle tu voz de la Fe el sello,
El Espíritu en tí resplandecía.

Salve inmortal instante! — ¿Qué entreviste
En él, cuando potencias improvisas
El cielo te arrobaron, y sentiste
El soplo leve de divinas brisas? ...

Tu palabra cual fúlgida centella
Rauda al punto voló de zona en zona,
El esplendor llevando de la Estrella
Que María velaba en su corona.

Brilló como iris de esperanza nueva,
Y con la paz regocijó el Santuario;
Mas luego--antes que el premio está la prueba:
Y la gloria se sella en el Calvario --

Arrebatarte osó, Pastor superno,
Ese que en tu despojo reina y medra
Cuanto puede usurpar furia de averno:
¡Sólo inmota quedó la inmoble Piedra!

Y arrancarán las rocas de su quicio,
Al sol del cielo y á la luna adunca;
Mas la Piedra que, basa á su Edificio,
Sentó Jesús de fundamento ¡nunca!

¡Jamás! La Iglesia santa y una misma,
Mansa, serena, vigilante y pura,
Surca un mar en que la ola que la abisma
Es la que luego la alzaré á la altura

Cuando á tu siglo, oh claro Pío, afrente
Ante ótros por sus crímenes la Historia,
Quizá lo juzgue la futura gente
Redimido de infamia con tu gloria.

Gloria que reluce hoy: cuando más negra
Azotan las tormentas, la mirada
Vuelve á tí el mundo, Estrella que lo alegra
Con la rútila luz de INMACULADA.

Hoy todo el orbe en venerando busto,
Virgen del manto azul; tu imagen yergue:
Reina de gloria en el santuario augusto,
Reina de flores en el pobre albergue.

Vibra un nuevo alborozo, esplende un fausto
Que al magnífico eclipsa de la aurora,
Y hasta mi seco corazón exhausto
Verdece al canto y jubiloso llora.

Lira, pincel, buril en noble lidia
De generoso atleta con atleta
Se disputan la palma sin envidia....
¿Cuál saldrá vencedor donde no hay meta?

¡Si águila arrebatada, delantera
Mi fantasía, en alas del anhelo,
Más amante que todas, se cerniera
A beber luz en el etéreo cielo!

¡Y te llevara á la celeste altura,
Desde esta baja creación tan vasta,
Cuanto hay bello en el alma y en natura,
Cuanto puede ensalzar la lira casta!

Oh Tierra, dame el oro que sepultas,
Y al par la relumbrante pedrería
Que en roca dura á la Codicia ocultas
Para alfombrar las aras de María.

Aire, dame los himnos del bullente
Céfiro que el sembrado anima y riza;
Y por incienso el regalado ambiente
Que á purpúrea mañana aromatiza.

Cielo, dame los astros con que el puro
Ceruleo seno alumbras y brillantas:
Sirio, Antares, Proción, Espiga, Arturo,
Flores de luz, os regaré á sus plantas!

Ven de doquier que estés, Belleza pura
Que el universo de armonías pueblas,
Si bien torne la luz de su hermosura
Tu beldad sombras, tu esplendor tinieblas

Ven, y contigo el estro me dé vida,
Y, generoso vino, se desborde;
Luz ya undulante al fenecer despida
Su postrer lampo en melodioso acorde.

Quizá de amor al cariñoso riego
Cobre la seca flor de poesía,
Si aun puede estremecerla el vital fuego,
Frescos aromas en la tarde umbría.

¡Ay! no sé hilar el oro, ni en preseas
Labrarlo de joyero con fino arte,
Ni forjar el idioma á mis ideas:
¿Basta, oh Diva, el sentir para alabarte?

Nunca avidez de fama y de memoria
Punzóme el corazón con ansia inquieta:
Quise sólo por tí, para tu gloria
Las líricas centellas del poeta;

Que Tú fueses el viento de la vela,
Yo navecilla tímida que zarpa;
Tú el ideal, y yo el que asirlo anhela;
Artista Tú, mi corazón el arpa.

Y no vibrará en él, ni habrá en mi mente
na inmortal centella que me inflame;
n ímpetu que vuele, un rayo ardiente,
lgo en mí que lo bello entienda y ame?

Seré yo de esas almas ilusorias
que del de la verdad áureo tesoro
se apropian solamente las escorias,
como el imán entre arenillas de oro?

Seré mezquino cual la roca calva
que ni de nido al águila se ahueca,
si da gris paja en qué rocíe el alba,
si un hilo de agua á la campiña seca?

Yo: arde en mi sér el ala vibradora
de un relámpago vivo que se expande;
n ansia que da vida y que devora,
n amor imperioso, activo, grande.

Ah, soy capaz de amar! y la divina
voz en mí escucho con palabra interna
del atractivo amor que me avecina
al gozo inmoble de Belleza eterna.

que ignipotente el alma hiera, y abra
con su buril de llama ardientes huellas;
me enseñe la férvida palabra
en que van rehilando sus centellas.

hablará el corazón ese lenguaje
de tierna languidez y ardor sublime,
surmurio de ternezas y oleaje
que lo indecible con lamentos gime.

Si de mí se exhalaran cual de hoguera
Las lenguas aéreas de volante llama
Que se arrancan del pábulo, si fuera
Volcán en que el Amor se tuerce y brama,

Poco sería aún: ¡Ay! es tan pobre
Este amor de la tierra que se anega
En hondo mar de lágrimas salobre:
¡Brotó en botón y á florecer no llega!

Florezca para tí que la infinita
Profundidad cegaste del abismo
Puesto entre Dios y el sér que necesita
Hallar algo en lo amado de sí mismo;

Para tí que hermanaste en el materno
Seno al vil hombre con el Dios humano
Para que ame á su padre en el Eterno,
Y estreche en tu Jesús al dulce hermano.

Eres mi madre, pues: Tú lo quisiste,
Y en herencia, por más que al mundo asombra
Al hombre el de su Dios, y á Dios le diste
El compasivo corazón del hombre.

Mi Madre ¡oh dicha suma!... Cuando rielas
Tus miradas en mi alma, y me regalas,
Hiérvenme esos afectos que no vuelan
De toso verso en las rastreras alas

Guéelos el Amor, y que él dirija
Mi nave al puerto de eternal bonanza,
¡Oh Estrella de mi norte, en quien se fija,
Aguja tembladora, mi esperanza!

a el mundo se me enturbia: lumbre flaca
Da á mis ojos el sol que reverbera,
Entre la niebla que me envuelve opaca
A Eternidad, llamándome, no espera.

Voy ya!... Mas el laúd rónico, insonoro,
Golaz de mi destierro y dulce amigo,
A cobrar melodía y cuerdas de oro,
Estrecho al corazón, irá conmigo.

rá á la Patria do se limpie el llanto
Que le empaña el marfil— ¡Ya raya el día!—
Sea el asunto de su eterno canto
TU INMACULADA CONCEPCION, MARIA!

Belisario Peña.

8 de Diciembre de 1904.



Indice

- Epimera --- J. R. Durban
Penumbras lineas... J. Chacón
Abdón Galván --- Doctas de mi país
Lucia... --- Benigno Hamari C
A mi Patria... --- J. Vera
Apoteosis... --- J. Vera
Cancion Juvenil... --- J. Chiriboga B.
Tributo de Mayo.
La Inmaculada Concepción